



COUNTRY Love

ERIKA MARC

COUNTRY
Love

Derechos

Country Love

©Erika Marc

Diseño de portada y dirección de arte: ©Mariza Queenie

Imágenes de portada: © Dreamstime

Diseño y maquetación interior: ©Mariana Lopez

Edición y corrección: Marta Retamal Martínez mretamal@me.com

Primera edición: Marzo de 2017

Licencia SafeCreative 1702110707471

© TODOS LOS DERECHOS RESERVADOS

Queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de la titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total y/o parcial, adaptación, distribución, en cualquier medio impreso y/o digital, de las obras en este perfil compartidas por cualquier medio o procedimiento.

Historia original, no es adaptación, ni traducción .

A Dios.

Por todo lo que me has regalado.

Gracias, Abba.

Agradecimientos

A Dios. Gracias, Padre bello, ya que sin ti Country Love no existiría. Gracias por bendecir el trabajo de mis manos y darme ideas para continuar. Eres fiel.

A mi familia. Gracias por estar a mi lado en esta etapa de mi vida. Les amo a todos.

A mis amigas de Amores Literarios WhatsApp. Gracias a cada una de ustedes por seguir la historia semana a semana en Wattpad; son una bendición para mí y pertenecen a mi familia.

A Zoe. Bella, gracias por impulsarme a publicar en Wattpad antes de sacar a la luz *Maples en Otoño*. Porque soportaste mi estado de ánimo en ocasiones y me impulsaste a seguir. Por ser mi *beta* y darme tus puntos de vista objetivos. Gracias por odiar a Michael en cierto momento del camino, lo merecía. Gracias por amar la historia y darle tu tiempo al leerla. Eres una gran mujer.

A Esthela. Hermosa, gracias por darme tus bendiciones y buenos deseos. Eres una mujer con gran corazón y bella guerrera. Gracias por tus opiniones y por amar cada personaje que te presento.

A mis hermosas Yolanda Guerrero y Marifer Márquez. Gracias por sus palabras de impulso, sus consejos y el tiempo otorgado a mi persona. Las amo con todo el corazón. Son una bendición en mi vida.

A Yenni Ávila. Gracias por ser mi *beta*, gracias por leer con entusiasmo mis historias; me has apoyado mucho y eres una bendición.

A Francisco Javier Velázquez. Gracias, amigo bello, por sufrir y gozar Country Love; creo que ha movido fibras en tu interior y eso es bueno, ya que creo que estoy logrando el objetivo. Eres un gran ser humano. Sigue adelante con tus sueños. Mereces conseguirlos.

A Francisco Javier Villalobos. Gracias, mi *teacher* de vida; gracias, porque me has enseñado que, en la muerte, encontramos también bendición. Gracias por tus sabias palabras que le han dado voz al abuelo de Marianne. Eres una hermosa luciérnaga. Gracias por tu luz que alumbra en la oscuridad.

A todos los lectores de Wattpad que le dieron la oportunidad a la historia: gracias. Sin ustedes, Michael y Marianne no tendrían vida.

A Mariza Queen, que elaboró la hermosa portada. Gracias, has plasmado la idea magistralmente. A Alejandra Montt, por su apoyo cuando estaba a cargo de Agridulcebooks, se les va a extrañar.

A Marta Retamal Martínez, quien me apoyó a corregir Country Love. Gracias por tu tiempo y enseñanza, te llevo en el corazón. Han valido la pena las horas sentada frente al ordenador. Ha quedado hermosa la historia de Marianne y Michael. Deseo que tengas prosperidad y que nada te falte. Un abrazo y mil bendiciones.

Listado de canciones

1. *I did With You* — Lady Antebellum
2. *Achy Breaky Heart* — Billy Ray Cyrus
3. *Never Say Goodbye* — Michael Bolton
4. *Temporary Home* — Carrie Underwood
5. *Over You* — Miranda Lambert
6. *Boys 'Round Here* — Blake Shelton
7. *If You're Going Through Hell* — Rodney Atkins
8. *Love's to Blame* — King and Country
9. *All We'd Ever Need* — Lady Antebellum
10. *Need You Now* — Lady Antebellum
11. *It's You* — Griffin Peterson
12. *A Fighter* — Gwyneth Paltrow
13. *Some Like You* — Keith Urban
14. *Let's Make Love* — Faith Hill y Tim McGraw
15. *Lullaby* — Dixie Chicks
16. *Dear No One* — Tori Kelly
17. *Country Girl* — Luke Bryan
18. *Move* — Luke Bryan
19. *My First Love Song* — Luke Bryan
20. *One Day You Will* — Lady Antebellum
21. *Every Storm* — Gary Allan
22. *She's Everything* — Brad Paisley

23. *It's Your Love* — Tim McGraw y Faith Hill
24. *All Of The Above* — T. Carter Music
25. *Then* — Brad Paisley
26. *Anyway* — Martina McBride
27. *Only You Can Love Me This Way* — Keith Urban
28. *She's my Kind of Rain* — Tim McGraw
29. *Love's Lookin' Good on You* — Lady Antebellum
30. *In my Dreams* — Josh Turner
31. *As You Turn Anway* — Lady Antebellum
32. *With Out You* — King and Country
33. *When God Made You* — NewSong
34. *This Ring* — T. Carter Music
35. *Dance With Me* — T. Carter Music

Sinopsis

A los catorce años y de forma fortuita, Marianne Phillips y Michael Keeps se conocieron en el rancho Phillips, ubicado en las inmediaciones de la ciudad de Bristol (la llamada «cuna de la música *country*»), en el estado de Tennessee.

La antigua rivalidad entre sus familias los obligó a separarse, pero diez años después, un evento desafortunado los hizo coincidir nuevamente. Lo que acontece en adelante les confirmará que el sentimiento que los unió nunca murió, sino que el tiempo lo fortaleció.

Sin embargo, en el presente nada será sencillo.

¿Podrán vencer los obstáculos y, finalmente, lograrán unir sus vidas?

¿O una terrible verdad oculta los separará definitivamente?

Descubre si Marianne y Michael lo conseguirán, siguiendo esta historia juvenil cargada de amor, música *country* y *country pop*.

Contenido

[Derechos](#)

[Agradecimientos](#)

[Listado de canciones](#)

[Sinopsis](#)

[Contenido](#)

[Prólogo](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Epílogo](#)

Prólogo

Bristol, Tennessee.

Junio 4 de 2007

Es el día de mi decimocuarto cumpleaños. Acabo de terminar el octavo grado del *Middle School* con mención honorífica, así que, por ese par de motivos, mi abuelo me ha regalado una joven potranca purasangre de pelaje color bayo, que tan solo tiene tres años de edad.

El señor Smith no la trajo hasta esta mañana por instrucciones del abuelo al rancho Phillips. Ha querido sorprenderme en este día especial y lo ha conseguido. El expropietario me comentó que es la cría de una de sus yeguas que ha sido campeona estatal en carreras de velocidad, así que sugirió que debo entrenarla para que logre ser como su madre en unos cuantos años.

En realidad, no quiero eso para ella. La cuidaré, jugaré y correremos por el campo, quiero que sea mi amiga y compañera, quizá la dejaré ser madre algún día y, llegado el momento del parto, ayudaré para que nazca su potrillo sin complicaciones. ¡Seré su veterinaria! Eso es lo que quiero ser de grande. Amo los animales porque vivo en un lugar lleno de ganado, caballos y una gran huerta, así que, cuando tenga la edad, me matricularé en el colegio de Medicina Veterinaria del Estado.

—¡Abuelo! ¡Voy a pasear con Tenna! —exclamo eufórica.

—¿Tenna? ¿De dónde ha salido ese nombre? —pregunta mi abuelo, sorprendido por el nombre que he elegido.

—Es una ocurrencia mía: he formado el diminutivo femenino de
Tennessee.

—¡Me gusta! —afirma el abuelo—. No tardes, te llevaré a comer barbacoa para celebrar.

—Descuida, abuelo, no lo haré; solo quiero que esta chica estire las
piernas.

Mi abuelo suelta la carcajada y me ayuda a montar a Tenna. Tomo la rienda y, suavemente, espoleo su lomo para que avance.

En realidad, él ignora a dónde me dirijo en este momento. Me gusta

pasear por las orillas del rancho, cerca de los árboles que colindan con la propiedad Keeps. Siempre me ha pedido que no me acerque, ya que hay lobos merodeando y pueden espantar mi montura, lo que provocaría un accidente. Nunca me he encontrado ninguno.

Llegamos a los límites, donde paseamos por un buen rato; tengo ganas de desmontar la yegua para que descanse y coma un poco de pasto. Estoy a punto de hacerlo cuando un desbocado caballo negro sale de entre los árboles con un joven y asustado jinete; así que, sin pensarlo, me acomodo nuevamente sobre el lomo de Tenna y la espoleo con fuerza. Ella corre como alma que lleva el diablo para dar alcance al chico y ayudarle a detener la montura. Logramos ponernos a su altura en un santiamén. El chico viene aferrado a la crin, así que tomo la rienda suelta de su precioso purasangre; es inconfundible, entiendo de razas.

—Oooh, oooh.

Ambos caballos bajan el ritmo hasta detenerse. Cuando me relajo, levanto el rostro y encuentro ante mí al chico más bello que mis ojos de niña hayan visto jamás. Su hermosa cabellera castaña oscura está despeinada y llena de hojas de árbol por la velocidad con la que galopaba. Lo que, francamente, me roba la atención es la perfección del pequeño rostro que se encuentra colorado por el esfuerzo. Los ojos azules más brillantes que he visto nunca me observan, tal vez de la misma manera en la que yo lo estoy haciendo con él. Contemplo el color de su piel blanca; tiene la nariz recta, proporcionada al tamaño de sus ojos y su boca rosada. Realmente guapo. Él rompe el silencio cuando su respiración se tranquiliza.

—Gracias... Perdí el control de Thunderbolt.

—No tienes que agradecer; lo bueno es que te encontré y dimos alcance a tu caballo.

¡Marianne Phillips! —Sonrío y le extiendo la mano para presentarme.

—Michael Keeps.

Me da su mano para devolverme el saludo y siento, desde ahora, una unión especial con él, quien, por cierto, aparenta ser de mi edad. Repito su nombre en voz baja. El apellido me causa intriga así que, sin más, le cuestiono: —¿Keeps? ¿Eres pariente del señor Lauren Keeps?

—Es mi abuelo. ¿Lo conoces? —inquire emocionado.

—Somos vecinos. Ciertamente, pocas veces nos hemos cruzado; en la iglesia o en el centro de la ciudad, nunca por estos lados. Curioso, ¿no? Por cierto, no te había visto por aquí.

—Mi madre me trae solo en temporada de vacaciones escolares. Vivo en Virginia. Cuando venimos a visitar al abuelo, tengo prohibido acercarme a los límites de la propiedad Keeps, pero esta vez, Thunderbolt me ha jugado una mala pasada.

—Eso lo explica todo. Me gustaría charlar más tiempo contigo pero debo irme, mi abuelo viene por mí.

Señalo a Peter Phillips, quien aparece por el horizonte a todo galope; es el hombre más honorable y tierno que conozco, quien ha velado por mí desde que mis padres murieron en aquel fatídico accidente hace cinco años. Seguro que se ha llevado un susto de muerte porque no he regresado a tiempo, como me pidió. Lo que no sé es cómo averiguó dónde me encontraba.

—¿Te veré otra vez? —pregunta ilusionado.

—Todas las mañanas voy al riachuelo, allá te espero —digo sin dudar y le regalo una sonrisa.

Michael toma las riendas de su purasangre para continuar su camino. En ese instante, el señor Keeps llega a su encuentro junto con una hermosa mujer que tiene el rostro y la cabellera idénticas al niño que acabo de conocer; estoy segura de que es su madre. Es tan hermosa como su hijo. Les saludo con la mano mientras mi abuelo llega a mi lado. Se encuentra molesto, lo sé por el color de sus mejillas que generalmente son pálidas como las mías.

—¡Michael! —grita la mujer encolerizada.

—¡Estoy bien, madre! Marianne me ha salvado.

—¡Diablos, Michael! ¡Te he dicho que no montes ese caballo! —Tercia el señor Keeps, mirándome de arriba abajo. No entiendo por qué lo hace, pero me siento incómoda por un momento. Noto el desprecio del hombre al que solo he visto de lejos algunas veces y que, en realidad, no me conoce.

—Vamos, Marianne —mi abuelo me llama con voz seca. Digo adiós a Michael, quien se encuentra igual de extrañado por la actitud de los adultos; se despide y va al encuentro de su familia.

—¡Nunca! ¡Escúchalo! ¡Nunca volverás a acercarte a esa chiquilla! — afirma la mujer, refiriéndose a mí despectivamente y, a la vez, enojada con su hijo aunque ambos nos encontremos en estas circunstancias por azares del destino.

El corazón se me encoge, lo que escucho me provoca un raro malestar. ¿Qué es lo que ha pasado entre nuestras familias para que sean tan descorteses conmigo? ¿Tendrán razón los compañeros del colegio al decir que los Keeps tuvieron algo que ver con la muerte de mis padres? Me han dicho que la hija del señor Keeps estuvo involucrada en el accidente y su padre la rescató del castigo que merecía, lo que significa que la madre y el abuelo de Michael podrían ser unos delincuentes. Es algo que no he querido preguntar para no entristecer más al abuelo.

En ese instante, mi abuelo gira su montura hacia ellos y, con voz enérgica, les ordena:

—¡Fuera de mi propiedad! A mi nieta nadie la ofende. He sido condescendiente porque el crío no tiene la culpa de nada; ha sido un accidente, me alegra que se encuentre sano y salvo gracias a Marianne. Con ustedes no tendré consideraciones jamás. ¡Largo!

Noto el rostro encolerizado de los tres adultos que se encuentran con nosotros. Ahora es la mujer la que me mira de arriba abajo; Michael tiene los ojos más abiertos que cuando iba asustado a todo galope. Él, como yo, ignora los motivos de las rencillas de nuestras familias.

Ahora que pensé que tendría un amigo con quien jugar y disfrutar del verano, en su familia se comportan como *zopencos*; no sé qué significa, pero algunas veces he escuchado al abuelo decirlo cuando alguien hacía algo mal en el rancho. Espero verle otra vez para que charlemos de lo que ha sucedido. Algo debe saber él. Me gustaría averiguarlo.

A la mañana siguiente salgo temprano para ir al riachuelo que divide el rancho Phillips con el rancho Keeps; llevo a Tenna para que conozca los alrededores.

Una vez que llego al sitio, desmonto y la dejo pastar en la tranquilidad del lugar. Me descalzo las botas vaqueras para meterme al agua, que a esta hora se encuentra helada; aún así, me gusta mojarme los pies. Es agradable la sensación, cuando el agua corre entre mis piernas nada la detiene, es libre y va a donde se le antoja. Escucho unos pasos acercándose, elevo la vista y allí

está. El hermoso caballerito de ojos azules me regala una sonrisa.

—¡Marianne!

—¡Michael!

Corro hacia donde está, sé que pisaré terreno Keeps en este preciso segundo. No me importa; en realidad, lo que me interesa es estar cerca de él para platicar de lo sucedido el día anterior. Al fin y al cabo, el abuelo no se enterará de que le he desobedecido. Él siempre me lo ha prohibido, me ha dicho que es peligroso, pero pensándolo bien, tal vez lo haya hecho para evitarme una situación como la que vivimos ayer.

Estamos frente a frente, mirándonos, emocionados de volvernos a encontrar. Me toma de la mano para ayudarme a dar un paso fuera del agua. Nos sentamos mirando hacia donde está Tenna, ella está contenta en su nuevo hogar. Michael rompe el silencio después de unos breves minutos.

—Lamento lo sucedido. No sé qué es lo que ha pasado para que mi abuelo y mi madre se hayan comportado de esa manera. En lugar de agradecértelo, te hicieron sentir mal; no lo mereces, ya que tú me salvaste. Discúlpalos, por favor.

—No hay nada que disculpar. Ellos creen que me han hecho sentir mal. Yo he elegido todo lo contrario. Más bien me intriga el porqué de su actitud. Ayer, regresando al rancho, le pregunté al abuelo y no me respondió, cosa que me causó extrañeza ya que él me platica todo.

—Yo tampoco lo sé; vine con la esperanza de encontrarte para poder despedirme y obtener una respuesta. Mi madre está empacando.

—¿Te vas? ¿No ibas a quedarte todo el verano? —pregunto un tanto
decepcionada.

—Ayer, cuando regresamos a la casa, ellos discutieron y me encerraron en mi habitación. Hoy por la mañana les escuché decir que nos íbamos. Por eso vine sin que se dieran cuenta, tenía la necesidad de decir adiós antes de irme. Gracias por lo que hiciste por mí, nunca lo olvidaré.

—Es una lástima que hayan pasado las cosas de esta forma. Espero que algún día nos volvamos a ver.

—Yo también. ¿Me permites hacer algo? —inquire mirándome
tiernamente.

—Sí.

He dicho sí sin pensar en lo que va a suceder; me siento tranquila al lado del niño más guapo que he visto en Tennessee. Este se acerca para darme un beso tierno y suave, dando pequeños toques a mis labios; siento su humedad y me agrada. Este niño me gusta. Cuando sea grande le diré al abuelo que me casaré con él. Los colores se me suben a la cara ante estos pensamientos, pero es el primer beso que he recibido en mi vida y no deseo separar el roce de nuestras bocas. Mis amigas siempre me han dicho que es asqueroso besar a un niño. Yo digo que no. Es lo más hermoso que me ha pasado en mi cumpleaños. Quiero a Tenna, pero el mejor regalo ha sido él. Michael es el príncipe azul de un cuento de hadas.

Capítulo 1

Colegio de Medicina Veterinaria del Estado de Tennessee.

Ocho años después.

—Hemos superado una etapa más en nuestras vidas. Hoy somos unos vencedores, lo que no significa que debamos estancarnos mirando el desfile de los triunfadores: nosotros debemos ir por más. Les invito a continuar con sus metas, volar alto y nunca dejar de soñar. Ir a donde nadie jamás ha llegado. Cumplamos con el lema de nuestra institución. Hagamos de este mundo un lugar diferente. Amemos y respetemos a todos los seres vivientes, ya sean animales o humanos. Hago mención a la frase célebre de la Madre Teresa de Calcuta y que mi abuelo siempre refiere: «El que no vive para servir, no sirve para vivir». Seamos servidores de este planeta que nos ha sido obsequiado, para cuidarlo y explotarlo con conciencia. De nosotros depende que seamos mejores seres humanos. Hoy, que nos hemos graduado, quiero agradecer a cada uno de los directivos, maestros, colegas, compañeros de cuarto, a mi abuelo y al cielo, por toda la sabiduría que me han otorgado. En nombre de la generación, les doy las gracias una vez más. ¡No olviden que nos vemos en The Country Club Bar, Grill and More, para celebrar con barbacoa, hamburguesas, cerveza, rock y *country*! ¡Felicidades, compañeros! ¡Lo logramos!

El público comienza a reír ante la invitación espontánea que acabo de reiterar a mis compañeros y maestros. No pude evitarla; me encuentro tan feliz que lo único que deseo es festejar acompañada de mis amigos. Lanzamos al aire los birretes y nos abrazamos para felicitarnos mutuamente.

Ha sido una algarabía planear la fiesta de graduación; por supuesto, pertenezco al comité organizador. Decidimos preparar algo distinto al baile común de los egresados universitarios. Sin vestidos de fiesta, ni parejas de baile obligatorias, a excepción de los que ya son novios o algún que otro amigo que se atrevió a solicitar a alguna chica y se vio recompensado. Los demás vamos solos, ya encontraremos con quien bailar. La temática es «Country y Rock», así que todos asistiremos vestidos de vaqueros o rockeros. Camisa a cuadros, pantalón de mezclilla, botas vaqueras y texana para poder bailar a gusto. Pantalones y playeras negras con logotipos de sus bandas de rock preferidas, chamarras de cuero y alguno que otro maquillado.

El abuelo me ha permitido salir alguna que otra vez, un par de horas con mis compañeros, para que nos divirtamos; en esta ocasión, no tuvo más remedio que consentir que disfrute toda la noche. Dice que me la merezco y estoy segura de ello, me esforcé demasiado para lograr llegar a este día.

Quiero escuchar música, bailar, cantar, tomar un par de cervezas, y ¿por qué no?, ver a algún chico guapo entre los invitados que llegarán en su motocicleta para disfrutar de la música y las bebidas. Bueno, eso es lo que Aeryn me ha contado que sucede en ese lugar.

Ella es mi mejor amiga en el mundo. Como yo, es hija única, pero la diferencia entre nosotras es que a ella le sobreviven sus padres que, al igual que mi abuelo, son cariñosos y comprensivos.

Termina la clausura y voy hacia donde está el hombre al que le debo todo. Con una hermosa sonrisa y sus brillantes ojos azules, me recibe con un cariñoso abrazo.

—Gracias, abuelo, sin ti no lo hubiera conseguido.

—Gracias a ti por ser tan buena nieta. Me has dado grandes satisfacciones. Tus padres están orgullosos de ti desde el cielo.

—Eso espero. Vamos, quiero que me lleves a comer ese bistec que me prometiste antes de ir a la fiesta.

Me toma del brazo y me guía hacia su Lobo Lariat 4x4 color rojo, me ayuda para subir al lugar del copiloto, se cerciora de que me haya colocado el cinturón de seguridad y cierra la puerta, bordea la camioneta y sube en el lado del conductor; hace el mismo procedimiento que yo y enciende el vehículo para dirigirnos a mi restaurante preferido, donde hacen las mejores barbacoas de la zona. Ha sido un día estupendo y cerrará con broche de oro.

Voy camino a The Country Club Bar, Grill and More. Son las ocho de la noche, estoy conduciendo mi *jeep* Wrangler Unlimited Sahara 4x4 en tono negro, regalo de mi abuelo; dice que ahora que voy a ejercer lo necesitaré para visitar los ranchos que tienen terrenos más escabrosos. Le agradezco el gesto con todo el corazón, sentí la misma emoción que cuando me regaló a Tenna, mi fiel amiga, que en dos ocasiones ha sido madre y ya no le he permitido serlo una tercera. El evocar esos recuerdos me traen a la mente aquel beso que un pequeño niño me dio y que recibí con mucho cariño.

Nunca supe más de él. Muchas veces paseé por los bosques y el riachuelo a escondidas del abuelo, con la esperanza de volverle a ver corriendo como un rayo en su precioso purasangre. Los años pasaron y la ilusión se esfumó. Solo queda el recuerdo de algo bello. Solo Aeryn sabe esta historia. Dice que la vida nos trae sorpresas y que quizá algún día le vuelva a ver, en el momento menos esperado, a la hora jamás imaginada. Lo dudo; han pasado muchos años, él debe haber hecho una carrera universitaria y, si no me equivoco, ha de ser un hombre muy apuesto, así que tendrá mujeres a montones.

Llego a la casa de mi amiga y toco el claxon para que sepa que ya estoy fuera, esperándola. Sale a toda velocidad, despidiéndose de sus padres con besos lanzados con la mano; ellos se acercan a la puerta para decirnos adiós afectuosamente. Les regalo una sonrisa y también me despido agitando la mano. Me han demostrado su cariño y confianza, por eso dejan que su hija salga conmigo, saben que cuidaré de que no le pase nada.

El club se encuentra repleto de estudiantes, profesores e invitados. Es un evento particular y, aun así, el lleno es total.

He visto alguna que otra motocicleta estacionada, pero a ningún guapo, como Aeryn me aseguró que habría. Los porteros me permiten entrar inmediatamente, sin hacer filas, ya que saben que soy del comité por las visitas previas que hice al sitio.

Aeryn no se despegaba de mi lado en ningún instante. George llegará más tarde para reunirse con ella y, aunque no ha participado en la organización, no la dejaré fuera y menos con los chicos que andan tras sus huesos en todo momento, no importando que sepan que tiene novio; además, me lo pone más difícil ya que, en lugar de pantalón de mezclilla, trae una provocativa minifalda vaquera con botas y todos los jóvenes voltean a verla para silbarle. A ella le agrada eso, aunque lo niegue. Es vanidosa por naturaleza, sabe que es una hermosa morena, con ojos grandes y castaños, tiene una figura voluptuosa que hace que ellos enloquezcan. Cualquier ropa que se ponga le queda bien.

Por el contrario, yo soy un poco más delgada, demasiado blanca y el tono rubio claro de mi larga cabellera me hace ver más pálida de lo que en realidad soy. He heredado el azul de los ojos de mi padre; mi bella madre los tenía verdes.

No he tenido demasiados pretendientes, cosa que no me preocupa: mi

prioridad ha sido estudiar. Además, ningún chico de la universidad me ha llegado al corazón. El único que me ha acosado, literalmente, ha sido Charlie Fox; era *quarterback* del equipo de fútbol americano Tennessee Volunteers, perteneciente a la universidad de Tennessee, situada en Knoxville. Es la misma universidad a la que pertenece el colegio de Medicina Veterinaria en el que me acabo de graduar. Charlie estudió Negocios y ha recibido una propuesta para unirse a un equipo de la NFL. Bien por él... y mejor para mí.

Lo conocí un día que Aeryn me invitó a un partido en el que su equipo jugaba contra los Tennessee State Tigers de la Universidad Estatal de Tennessee, en Nashville. Su mejor amigo cortejaba a mi mejor amiga, así que la acompañé a regañadientes, ya que no me gustan demasiado las aglomeraciones, pero solo conmigo sus padres le daban permiso para asistir. Obviamente, ella no les dijo que la intención no era ver el partido en realidad, sino estar con George Jackson, con el que sigue saliendo hasta la fecha. Hacen una linda pareja.

Quiero confesar que me gustó el ambiente deportivo y, desde entonces, sigo todos los partidos de la NFL y los universitarios. Obviamente, voy a animar al equipo de mi universidad, aunque no lo expreso frente a Charlie, porque pensaría que lo hago por él.

El encargado del club se me acerca para informarme de que una de las bandas de *country* canceló a última hora, pero que han contratado a otra con la que cuentan para este tipo de inconvenientes. La otra banda era excelente. Espero que esta sea tan buena y amenice el ambiente, ya que quiero bailar *Achy Breaky Heart*.

He pedido a Aeryn que los supervise mientras reviso los últimos detalles. Todo va conforme a lo planeado. Bueno, no todo, en realidad, ya que en este instante ella se acerca para informarme de que el vocalista aún no ha llegado. Me pongo de los nervios porque en unos cuantos minutos abriremos y debemos recibir a la gente con música ambiental. Voy a toda prisa donde se encuentra el encargado para preguntarle si llegará el cantante o no. Él está llamando por teléfono y con la mano me pide que espere un momento. Elevo los ojos, no me queda más remedio que hacer caso, así que me apoyo en la barra mirando hacia la entrada con la esperanza de verlo hacer su arribo. Y así sucede: se abre la puerta y el joven más guapo que mis ojos hayan visto en toda mi vida está frente a mí, viene vestido con su camisa a cuadros rojos y blancos, chaleco de piel negro y pantalón entallado de mezclilla deslavada,

que lo hace ver realmente atractivo. Para complementar su atuendo se ha puesto botas vaqueras y su texana negra. Siento mariposas en el estómago. Es una sensación conocida. Él eleva la mano para saludar al encargado, posa brevemente sus maravillosos ojos azules en los míos y enseguida desvía la mirada hacia donde está el grupo musical, dirigiéndose hacia allá.

—Allí lo tiene, señorita, deje de preocuparse. Su evento saldrá como lo planeó.

Escucho las palabras del hombre, pero no puedo ni quiero dejar de ver al muchacho que muestra su hermosa sonrisa a sus compañeros. Un *flashazo* ha cruzado por mi mente... Michael Keeps.

Ese hermoso joven me ha recordado el día en que vi por primera vez a Michael sobre su montura. Siento un vuelco en el corazón. El mismo color de ojos... Han pasado ocho años de ello, no creo que el millonario Keeps toque en una banda *country*, y menos para un evento escolar... Siempre he creído que se habría matriculado en alguna carrera sobre negocios o administración; seguro que heredará las tierras de su abuelo, ¿qué necesidad tendría de cobrar por tocar música?

Ante la revolución de pensamientos, determino que estoy equivocada negando con la cabeza; me giro hacia el hombre que, en este momento, está metiendo más cervezas en la nevera y digo, amablemente:

—Gracias, señor Johnson. Diez minutos y abrimos.

—De acuerdo.

La fiesta es todo un éxito. Cantamos, bebemos cerveza, comemos barbacoa y alitas de pollo, bailamos y disfrutamos del evento. Aeryn se ha alejado de mí para bailar una pieza lenta con George. Una triste canción, en realidad. Me encuentro sentada tomando una cerveza; no puedo dejar de echarle un vistazo al vocalista mientras la entona. De vez en cuando nuestras miradas se juntan. Me siento como una polilla frente a una bombilla. Cuando termina la melodía, el cantante invita a todos a pasar a la pista para bailar la tan esperada canción que, además, es la última de su presentación; después continúa el grupo de rock contratado. Coloco la cerveza en el mostrador, me pongo mi texana negra y voy inmediatamente para tomar un sitio en la formación. Las notas de *Achy Breaky Heart* comienzan a sonar. Elevo la

mano, girándola, para iniciar los pasos; la música se acelera mientras salto de izquierda a derecha, adelante y atrás. Estoy eufórica. Disfruto mucho este baile. Cuando Aeryn se queda en casa a dormir, la bailamos más de una vez hasta que quedamos rendidas. De pronto, choco contra el cuerpo musculoso de un chico, elevo el rostro y, a mi lado se encuentra, intentando seguirme los pasos, Charlie Fox. ¡Oh, por Dios! Pensé que hoy estaría tranquila; el último día de esta etapa de mi vida y viene el inoportuno con su cara de conquistador.

—¿Qué te parece si, terminando la fiesta, te invito a tomar una copa en otro lugar? — me grita por el estruendo de la música mientras seguimos bailando.

—¿Qué dices?! —exclamo fastidiada.

Se acerca a mi oído, lo que me obliga a detenerme abruptamente y provoca que me enoje por la interrupción de mi momento más esperado; no tengo más remedio que salirme de la formación porque estamos deteniendo el baile de los demás. Me acerco nuevamente a la barra y él viene detrás de mí. Cuando llega al lugar, le pide al barman dos cervezas y se sienta a mi lado.

—Te digo que mis padres no estarán el fin de semana en casa; se han ido de vacaciones al departamento de Nueva York, así que tenemos todo el tiempo del mundo para disfrutar.

—¿Creo que esto es el colmo! ¿Quién te has creído que eres, Charlie Fox? ¿Por quién me tomas?

—Siempre te he esperado, Marianne, creo que es tiempo de que me recompenses. He dejado pasar oportunidades para que me des el sí. Además, deberías estar orgullosa de salir con el *quarterback* y futura estrella de la NFL.

Me encuentro atónita ante el ego de este hombre. Me pongo de pie y atravieso la pista que, en este momento, se está despejando, ya que la música ha cesado. Miro a lo lejos a Aeryn, quien está besándose con su novio. No puedo esperarla aquí, así que aguardaré por ella en el *jeep*; me urge desaparecer. Salgo del lugar con paso acelerado; definitivamente, la fiesta se ha terminado para mí. Tropiezo torpemente con el hombro de un amigo en el salón, quien me observa sorprendido.

—Disculpa —le digo tocando su hombro.

—¿Te encuentras bien, Marianne? —inquire preocupado al verme el rostro molesto.

—Todo bien, Sebastian, voy por algo al auto.

—Regresas a ver la próxima banda, ¿verdad?

—¡Por supuesto! Vuelvo.

Me avergüenza mentirle. Prosigo mi marcha y una mirada azul se posa en mi rostro:

es el chico del grupo de *country*. Quisiera detenerme para no dejar de verle. En este momento me siento como si todo a nuestro alrededor quedara estático, eso que llaman «se detuvo el tiempo»; solo nos encontramos él y yo. Vuelvo a sentir esa sensación en el estómago, pero el escuchar la voz de Charlie, me despierta de mi ensoñación. Separo la mirada y llego hasta la puerta del local, la abro y salgo, casi corriendo, hasta llegar a mi destino. Una poderosa garra me sostiene para detenerme, me gira y frente a mí está el insoportable, vanidoso y engréido *quarterback*.

—¿Por qué me dejas con la palabra en la boca? —inquire indignado.

—¡Suéltame, Charlie!

Me toma por la cintura para acercarme a él; siento tan unidos nuestros cuerpos que me provoca asco. Nunca he deseado a un hombre sexualmente y esta vez no será la primera.

—Ven, dulzura, me has gustado de siempre y lo sabes. Déjate llevar, bésame.

—¡Que me sueltes! —grito mientras forcejeo para alejarme.

He sido una tonta al salir sola, pensé que me libraría de este patán. Empieza a besarme por todo el rostro, buscando mi boca; me giro, evitándolo a toda costa. Estoy llena de humedad por sus asquerosos y repugnantes besos. Si antes me caía mal, ahora le desprecio por intentar obligarme a hacer algo a lo que no estoy dispuesta. Así que le doy un rodillazo en los testículos, lo que le provoca un dolor intenso y suelta un poco el agarre. Lo que le acaba de suceder provoca que se enfurezca conmigo; lo noto en su fría y libidinosa mirada, recorre desde mis ojos a mi boca, bajándola hasta llegar a la abertura discreta de mi camisa. Esta vez no tengo escapatoria: está determinado a todo. Me agarra fuertemente de la cara para besarme bruscamente, su lengua

forcejea para entrar en mí; con los puños le pego fuertemente el pecho para liberarme. No sé cómo lo he logrado porque se retira repentinamente, como si una fuerza mayor lo alejara de mi cuerpo; casi caigo de bruces sobre el suelo si no es porque me agarro de la manija de la puerta del vehículo. Mis ojos no pueden dar crédito a lo que ven a continuación: el vocalista del grupo *country* se encuentra sobre él, golpeándolo, lo que significa que no fui yo la que se salvó, sino el bello chico que tiene dominado a Charlie Fox bajo su cuerpo.

Aeryn y George salen junto con un grupo de amigos; después me he enterado de que Sebastian les ha dado aviso de que salí de manera imprevista de la fiesta y detrás, Charlie. Corren hasta donde se encuentran peleando el par de hombres, separan al vocalista entre dos y George ayuda a Charlie, quien está con el labio ensangrentado, a ponerse de pie.

Mi amiga se acerca a donde estoy para abrazarme y ayudarme a superar la conmoción, mientras yo me paso la manga de la camisa vaquera por la cara, para retirarme la humedad.

—¿Estás bien, Marianne?

—Sí. El chico me salvó.

Lo busco con la mirada, no se encuentra cerca. Escucho el motor de una motocicleta, me suelto del abrazo de mi amiga y corro hacia donde se oye el ruido. Él, sin decir una palabra, se va a toda velocidad.

No pude agradecerle lo que hizo, no supe cómo se llama, solo sé que me ha rescatado del ultraje del hombre que más desprecio en este momento.

Lo curioso de todo esto es que me siento como aquel día en que me despedí de Michael. Le vi irse entre los arbustos después de que me ayudó a atravesar el riachuelo, pero la diferencia es que hoy no son arbustos, sino la oscuridad de la noche.

—Gracias, mi salvador —digo en voz baja, despidiéndome de él.

Aeryn se acerca para tomarme de la mano y llevarme al *jeep*; lamentablemente, se nos ha agitado la fiesta.

Aunque, pensándolo bien, ha sido una noche extraordinaria, ya que conocí al chico más guapo de Tennessee; espero verle pronto. Hablaré mañana con Johnson para que me dé su número telefónico y pueda agradecerle personalmente lo que ha hecho por mí. Quizá le invite al rancho para que el abuelo le conozca. Estoy segura de que estará tan agradecido

como yo me encuentro.

Capítulo 2

Rancho Phillips.

Un año y medio después.

El abuelo se encuentra enfermo, le han diagnosticado cáncer de próstata en fase cuatro. Un mes después de salir de la universidad, recibimos la amarga noticia tras un dolor insoportable que tuvo y nos obligó a llevarlo al hospital.

Por lo mismo, no quise matricularme en posgrado ya que no debo dejarle solo. Él jamás me abandonó; no lo haré yo en este momento tan difícil de su vida.

Estos últimos meses se me han complicado demasiado; tuve que contratar un enfermero para que me apoye en sus cuidados, ya que toda la administración del rancho ha recaído sobre mis hombros. Recuerdo el día en que me dijo que yo sería dueña de todo esto y no quise escucharle, solo deseaba disfrutar de mi niñez. Lo bueno fue que él perseveró y me enseñó todo lo que sé; si no, no sé qué sería de mí.

Ejercicio mi profesión cuando tengo tiempo libre o hay una urgencia en los ranchos aledaños, lo cual me ha llenado de grandes satisfacciones; sin embargo, estoy agotada física y espiritualmente, porque sé que el final es inminente.

Los vecinos y el párroco visitan al abuelo constantemente para darle bendiciones, platicar con él y traerle sus antojos que, finalmente, terminan en la basura, ya que su cuerpo no los acepta por las quimioterapias. Se les atiende como se merecen, porque regalan parte de su tiempo con mucho cariño para que él esté acompañado; todo son risas y cantos ya que le gusta demasiado el *country* y las canciones de Michael Bolton. Saco la guitarra y le cantamos sus temas preferidos. Lo difícil es cuando los amigos salen por la puerta: al cerrarla, el mundo se derrumba cuando veo mi realidad, ya que todo queda en silencio. Así viviré pronto. Dejaré de escuchar sus risas, sus palabras de aliento y cariño..., sus consejos... Una pérdida más en mi vida, la del hombre que me ha dado todo y me ha entregado su amor sin límites. Cuando crecí, me percaté de que ambos volcamos nuestra pena hace años

entregándonos mutuamente nuestro corazón.

Así como yo le amo, la gente del pueblo también lo hace; es querido y respetado porque siempre ha sido un hombre cabal y honorable... a diferencia del tan amargado señor Keeps, que continúa mirándome mal y a quien la gente le da la espalda cuando se topa con él.

Nunca supe qué es lo que pasó entre nuestras familias. La gente murmuraba cuando nos veían cruzar nuestros caminos; el abuelo me pedía que ignorara los rumores y yo le obedecía.

Jamás volví a ver a Michael. Casi diez años sin saber de él; cuando creí encontrarlo se esfumó como la niebla. Al menos, eso he deseado creer, que era él, aquel chico tocando música *country* en mi graduación, aquel que me salvó de Charlie Fox quien, por cierto, nunca se volvió a acercar a mí después del incidente.

Esa noche regresé al club para pedirle el teléfono al señor Johnson; me comentó que no lo tenía, que llamó a la persona que había contratado al grupo y que esta le indicó que el vocalista estaba por llegar. La esperanza que embargó mi corazón se hizo añicos... Aunque, para ser sincera, hay ocasiones en que siento una mirada penetrante cuando estoy fuera de casa, giro para ver quién es... Nadie... Solo el eco de los zapatos de algún transeúnte por la calle por donde voy o el canto del bosque por el que me gusta pasear desde pequeña. En esas ocasiones es cuando me doy cuenta de que mis ilusiones no están del todo perdidas. Que anhelo verle nuevamente. Que desde que nos despedimos, he dejado notas bajo las piedras cercanas al riachuelo o dentro de los huecos de los árboles del bosque para que, si algún día aparece por ahí, las encuentre y sepa que le extraño. Cuando vuelvo, siempre siguen en el mismo sitio. Algunas las he tenido que cambiar porque las lluvias han corrido la tinta.

Por lo que me he enterado cuando voy a atender el ganado o los caballos de los vecinos del condado, se supone que él se fue a vivir a Carolina del Norte con su padre; que Linda Keeps, su madre, fue reina de belleza del Estado de Tennessee cuando apenas era una joven de veinte años, y que la madre de esta la metió a todos los concursos de «princesitas»; conforme fue creciendo, la inscribía a los concursos de belleza estatales y nacionales y así como ganó, perdió. Dicen que cada vez que sucedía eso, era porque mi madre había resultado triunfadora sin necesidad de tanta «inversión», simplemente

por su carisma y simpatía, la elegían. Era entonces cuando la señora Samantha Keeps mantenía encerrada a su hija, practicando las rutinas durante horas hasta que le salieran como ella deseaba, y el odio hacia mi madre crecía día a día. He pensado en ocasiones si ese será el motivo de la fractura que hay entre las familias, pero llego a la conclusión de que no; esto no puede ser motivo para acumular tanto rencor durante todos estos años. Además, me platicaron que mi madre dejó los concursos antes de que Linda fuera Miss Tennessee.

A los vecinos les da por hablar de los demás, jamás creí que me enteraría de tantas cosas en tan pocos meses; definitivamente, mi abuelo me tenía blindada contra las murmuraciones.

Hoy fui al rancho Cooper para apoyar en el parto de la yegua preferida del dueño. Afortunadamente, todo salió bien. Cuando terminamos de atender a madre e hijo, Rose Cooper me invitó a comer; quería negarme, pero la regordeta señora con mejillas coloradas y teñidos rizos rubios se encontraba eufórica por el alumbramiento, así que deseaba agradecerme de esa forma.

—¡Pero siéntate, Marianne!

—Gracias.

—Mandé hacer un pollo asado y, de guarnición, verduras al vapor. El postre no te lo debes perder. ¡Tarta de zarzamoras! De nuestro huerto.

—Todos los días comemos eso, mujer —afirmó, en forma de queja, el señor James Cooper. Solo sonreí al ver el rostro de tristeza que puso la mujer al sentirse regañada por su marido. Son un matrimonio peculiar, sin hijos y bonachones.

Quiero confesar que la comida estuvo deliciosa; en cuanto terminamos les comenté que debía ir a ver al abuelo, pero ella me detuvo, como siempre, con sus pláticas interminables.

Habló sobre el amorío que Linda Keeps tuvo con el hijo de un millonario de Carolina del Norte, que había visitado su rancho para hacer negocios con su padre. De esa breve relación llegó Michael al mundo. Lo que me dejó intrigada fue el comentario de que Linda lo había hecho por despecho. Que las cosas serían distintas si ella se hubiera casado con su verdadero amor. Cuando mencionó eso, el señor Cooper le dio un codazo disimulado y ella dejó de hablar. Tuve que inventarme una visita para revisar

a la yegua mañana. Creo que ella sabe más de la historia de las familias Phillips y Keeps; de lo contrario, el hombre no la callaría de esa manera.

—Mañana vengo a mediodía para ver a Rioja y a su pequeño. Debo cerciorarme de que ambos se encuentran bien.

—¡Por supuesto, querida! ¡Eres bienvenida! Te haré de comer barbacoa, ya sé que es tu comida preferida.

—Gracias, señora Cooper, me voy.

Ambos me acompañaron hasta el *jeep*; subí despidiéndome con un gesto de la mano.

Esa noche no dormí, dándole vueltas en mi cabeza a que la señora Cooper tiene mucho que decir; estoy segura de que mañana le sacaré la sopa. Necesito saber lo que el abuelo me ha ocultado durante años. Ahora que se encuentra grave, todo el mundo me mira con... ¿ternura? ¿Con tristeza? Hasta he sentido, quizá, compasión; he pensado que ha de ser porque pronto me quedaré sola. No tengo hermanos, ni parientes cercanos, así que tienen razón:

pronto estaré sola, con el rancho a cuestas y el vacío en mi corazón.

El despertador suena a las seis de la mañana; si acaso, he de haber dormido dos horas. Me pongo de pie para ducharme y vestirme con mi ropa vaquera, me siento cómoda con ella para todo lo que debo hacer. Una vez que estoy lista, salgo de la habitación para saludar al abuelo, que no ha cambiado su hábito de madrugar. Entro y se encuentra sentado en su cama, mirando por la ventana; estoy segura de que extraña salir a estas horas como lo hacía siempre.

—Abuelo, buenos días, ¿cómo amaneciste?

—Bien, niña. Ven, siéntate conmigo.

Me acerco a su lado y hago lo que me pide. Cruzo mi brazo por su espalda, que ahora es más delgada porque ha bajado de peso, y recargo mi cabeza en su hombro. Ambos nos encontramos en silencio contemplando los árboles del bosque que divide el rancho.

—Lamento tener que dejarte sola...

Se me forma un nudo en la garganta al escuchar sus palabras. Mi amado abuelo se está disculpando por algo de lo que en realidad no tiene culpa; le

apena irse sabiendo que no tengo más familia que él. Trago para no derramar lágrimas delante de él, eso lo hago cuando me encuentro en el riachuelo o en el bosque. Debo darle la seguridad de que todo estará bien a pesar de que mi cuerpo tiembla de miedo por segunda vez en la vida.

—No digas eso, abuelo, no tienes que sentirte de esa manera. Vamos a levantar el ánimo. ¿Qué quieres comer hoy?

—Nada, hoy no quiero comer.

El corazón se me quiebra en mil pedazos; me dijo el médico que eso suele suceder.

Me repongo rápidamente, miro su tierno rostro y digo, con una falsa sonrisa:

—Nada de que no vas a comer. En unos minutos viene Chris para darte el desayuno.

Voy a revisar los graneros, las huertas y los establos.

—No quiero que sigas sola.

Sus palabras me caen de sorpresa, siempre me ha bromeado por conservar mi soltería. En el fondo, él sabe que he esperado a Michael y que por eso no he aceptado a nadie para compartir mi vida. Quizá suene loco, pero estoy segura de que le amé desde el día que lo vi por vez primera.

—No estoy sola, abuelo, te tengo a ti.

—Sabes a lo que me refiero, Marianne, debes abrir tu corazón, conocer a un buen chico y, por qué no, si te gusta, casarte con él. Debes hacer una vida plena.

—Yo me siento bien así, abuelo.

—No quieras mentirme a estas alturas. Sé perfectamente que nunca olvidaste al nieto de Keeps, que todos los días vas al riachuelo o al bosque y le esperas.

—¿Cómo sabes eso? —inquiero, asombrada ante las palabras del abuelo. Siempre pensé que ignoraba mis movimientos.

—No me subestimes, Marianne. Tus padres hacían lo mismo, se escapaban a esos sitios cuando eran novios. Recuerda que siempre he vigilado la propiedad, así que, de lejos, los llegué a observar corriendo o

mojándose. Se divertían demasiado. Eso es el amor y quiero que lo conozcas. El chico Keeps no es un mal hombre, Marianne, pero no es lo que te conviene; su familia nunca aceptaría que ustedes se amaran. Escúchame, por favor: mantente alejada de ellos. Promételo.

Acaba de pedirme la cosa más difícil para mí. Todos estos años he esperado el retorno de Michael, con la probabilidad de que él ya tenga pareja; pero, de ser así, simplemente cerraré el ciclo que quedó abierto en mi corazón. Niego con la cabeza y una lágrima sale, no puedo evitarlo. Me abraza para protegerme y me besa en la coronilla.

—No lo sé, abuelo, siempre te he obedecido, pero esto es algo que creo debo atravesar...

—Eres igual que tu madre. Luchó por el hombre que amaba. Bien. Entonces promete que te cuidarás y no esperarás toda la vida. Quiero que este rancho esté lleno de pequeños vaqueros.

No puedo evitar reír, e incluso con lágrimas, levanto mi rostro y beso su arrugada mejilla.

—Gracias, abuelo. Te amo con todo mi corazón, tenlo presente.

—«Si pudiera alcanzar una estrella para ti, te juro que las robaría todas esta noche, para cumplir todos tus deseos y cada sueño a través de tu vida...».

—Esa canción no, abuelo... Me partes el corazón... —Suplico al oírle entonar *Never Say Goodbye*, de Michael Bolton, como una forma de despedida.

A pesar de que se lo he pedido, él continúa. Ya no puedo más; el dolor es tan grande que no tengo más opción que tirarme al suelo para poder postrar mi cabeza en sus piernas sin parar de llorar. Mi abuelo, que se convirtió en mi padre sustituto, está muriendo... Él lo sabe y yo también.

Capítulo 3

Rancho Cooper — Rancho Phillips

El abuelo tuvo una noche tranquila, así que decidí salir a hacer mi recorrido a los lugares de costumbre. Acudí al despacho para ayudarlo a elaborar los cheques con los que pagar a los trabajadores. Una vez que

terminé con esa tarea, me dirigí a la cocina para tomar un poco de café, ya que tengo prisa. Necesito averiguar lo que sucede.

Horas más tarde me encuentro en el rancho Cooper. Como era de esperar, madre y potrillo están perfectamente bien, pero como había comentado, es prioridad platicar con la señora Cooper.

—La yegua se encuentra en perfectas condiciones, señor Cooper. Revisaré al potrillo que, por lo visto, está excelente —digo con actitud positiva, ya que sé que es verdad.

—Tiene una buena madre y a la mejor veterinaria —asegura el hombre de barba blanca y sombrero de paja.

—Solo hago mi trabajo, no es para tanto —respondo restándole importancia al cumplido que acaba de hacerme. Nunca me ha gustado envanecerme por lo que sé.

—¿Que no es para tanto, niña? ¡Eres la mejor del condado! —afirma lo que siempre me ha dicho acerca de mi trabajo. Es motivante que la gente esté contenta por ello.

—Me halaga. El potrillo está más que bien, así que pueden estar tranquilos —me quito los guantes de látex y voy a lavarme las manos al lavabo que se encuentra en las cuadras. Mientras le doy la espalda, continúo diciendo—: Cualquier emergencia no dude en llamarme a la casa o al teléfono móvil que está anotado en la libreta de su escritorio. —Termino de asearme y tomo el maletín para ir a donde debo estar en realidad: en el comedor de la señora Cooper.

—Muy bien. Y, ahora, vamos a almorzar, que mi mujer quiere deleitarte con su deliciosa barbacoa —me sonrío dándome el paso para salir de las caballerizas.

—Perfecto, señor Cooper —le agradezco el gesto, pero en realidad siento como si me hubiera comido una piedra esta mañana; el estómago me duele de solo imaginar qué es lo que la mujer tiene guardado en su conciencia y que desea liberar.

Mientras vamos de camino a la casa, el señor Cooper me muestra los demás animales y el cultivo de hortalizas que, con mucho cariño, su esposa cuida, haciendo con ello que me olvide por unos minutos de a lo que me enfrentaré. Llegamos al pórtico y la regordeta mujer con mejillas coloradas

nos recibe, gustosa, en su casa.

—¡Bienvenida, Marianne! ¿Cómo sigue tu abuelo? —Saluda emocionada al verme, pero sus pensamientos giran hacia la salud de mi abuelo y su rostro se entristece.

La pregunta me golpea los sentimientos porque él se esfuerza por aparentar que todo está bien, pero el médico me ha dicho que no está evolucionando favorablemente. Bajo los ojos unos segundos, respiro profundo y levanto la cara para mirarla directamente a los ojos.

Eso me ha enseñado el abuelo, a ver a la gente cuando se le está hablando o escuchando.

—No se encuentra bien, señora Cooper —respondo con pesar.

—¡Cuánto lo lamento, niña! —exclama afligida por la noticia.

—Deja de abrumar a Marianne, demasiado tiene con sus problemas para que tú vengas con preguntas; vamos a comer —tercia el hombre con pesar, quitándose la texana mientras niega con la cabeza.

—Descuide, señor Cooper, ya estoy acostumbrada a que pregunten por el abuelo. Solo deseo que esté tranquilo lo que le resta de vida —aligero el ambiente entre ellos ya que no me gusta que regañe tanto a la señora Cooper; sin embargo, no puedo evitar sentirme apenada por las respuestas que les doy. En realidad siento que el pecho me duele, como si alguien me estrangulara y la respiración me faltara, así que respiro profundo y exhalo para liberarme de esa sensación.

—Tenlo por seguro, eres una buena nieta y el pueblo le estima mucho —responde el señor Cooper dándome aliento para que crea lo que estoy diciendo.

En el fondo, mi abuelo está sufriendo y eso no me da tranquilidad. Por eso debo conocer qué hay detrás de la historia familiar. ¿Qué es lo que ha guardado durante tantos años? ¿Qué fue lo que pasó para que pusieran tierra de por medio entre Michael y yo? Son miles de preguntas las que hay en mi cabeza.

—Pasemos a comer —dice la mujer, dejándonos entrar a la casa con el rostro más sereno.

Nos sentamos a la mesa donde ya están dispuestos los alimentos. La barbacoa de la señora Cooper es la mejor de la región, con seguridad; lo dice

una fanática de ese platillo. La disfruto demasiado, hasta el punto de chuparme los dedos, pero los minutos se me hacen eternos para poder iniciar la plática; afortunadamente, en ese momento, ella retoma el tema.

—¿Exactamente qué te han dicho los médicos? ¿Ha habido mejoría con la quimioterapia? —inquire atropelladamente. También para ella es un tema doloroso ya que estima mucho al abuelo.

Un suspiro sale de lo profundo de mi alma y respondo con voz apagada.

—Cada día se encuentra más débil, está dejando de comer; hoy empieza la alimentación por medio de batidos para que se pueda levantar físicamente. El doctor ya no le da mucha esperanza de vida, le faltan dos quimioterapias más y ya le veo agotado... En realidad, no sé si su corazón soportará tanto dolor... Ayer comenzó a despedirse... —las lágrimas brotan sin control. Me seco la cara con la servilleta que me han puesto para limpiar mi boca. La señora Cooper se pone de pie para acercarse a mi lado, me rodea con su brazo y me regala unas pequeñas palmadas de consuelo.

—Vamos al salón, necesito platicar contigo —su voz es maternal; pocas veces he sentido que alguien me regalara ese tipo de cariño, solo las señoras Smith y Cooper han procurado darme consejos de «mujeres»: así lo llaman cuando lo hacen.

—Mujer, deja las cosas así —le vuelve a reñir el hombre con pesar en su voz; trata de ocultar la verdad que he venido a encontrar.

—Es necesario, James —asegura firme sin bajar la vista de su marido, una forma de decirle: «no interfieras más en mis asuntos, sé lo que hago».

—Si crees que es lo mejor, no objetaré. Las dejaré solas —concluye el señor Cooper poniéndose de pie y retirándose hacia el porche de su casa, donde toma asiento en una tumbona mientras enciende un cigarrillo.

La mujer espera a que él se encuentre lejos y me toma de la mano para que pueda levantarme de la silla y sacarme del comedor; la sigo como si fuera una niña pequeña a la que llevan a algún sitio y para que no se vaya a extraviar, no la sueltan ni un segundo. Llegamos a un saloncito y me señala un sillón mullido para que tome asiento; lo hago sin dudar, aún con la servilleta con la que me limpié las lágrimas hace un rato. Cuando me siento, uno mis manos bajando el rostro hacia ellas, como queriendo perderme en el fino bordado que la señora Cooper ha trabajado en la blanca tela.

—No voy a hablarte del amor que Phillips te tiene porque perfectamente lo sabes, pero lo que sí haré es decirte que tu abuelo te ha cuidado como el más grande tesoro. En eso te convertiste para él cuando tus padres murieron. A él se le vino el mundo encima cuando sucedió —aclarando antes de comenzar con la historia que me intriga. Sus palabras son firmes y sinceras, aunque noto pesar en su mirada, lo que me deja más intrigada de lo que ya estoy.

—¿Qué es lo que quiere decirme, señora Cooper? ¿Por qué no me dice las cosas tal como sucedieron? —la animo a continuar. Esto debe salir pronto o vomitaré de la angustia.

—Es una triste historia: solo puedo decirte que debes mantenerte alejada de los Keeps. Mi esposo y yo hemos platicado que, ahora que tu abuelo se despide, debes saber que cuentas con nuestro apoyo en lo que requieras... —Menciona lo primero y otra vez desvía el tema, ofreciéndome su ayuda cuando la necesite.

¡Oh, por Dios! Otra persona que me dice que me aleje de los Keeps, cosa que sé desde pequeña, pero que ahora confirman como si fuera un mantra. Además, siento que está evadiendo las cosas, así que la insto a hablar nuevamente.

—Creo que ya tengo edad suficiente para saber la verdad. Ayúdeme y dígame las cosas como sucedieron, se lo ruego. —Realmente me siento desesperada por tanto misterio; aunque me duela, debo estar enterada de lo que sucede a mi alrededor. Todos desean protegerme, pero no sé de qué, no sé a qué me enfrentaré cuando esté sola. ¿Qué armas tendré para hacerlo?

—Eres una jovencita madura, así que te contaré ciertos detalles sobre la muerte de tus padres —agrega bajando la mirada y luego devolviéndomela fijamente.

El estómago se me revuelve al oír que, por fin, me hablarán de lo sucedido y cesarán las especulaciones. Llevo años escuchando, detrás de mí, comentarios acerca del accidente. Jamás me han enfrentado a la realidad. Creo que es el momento y lo agradezco.

—Todo tiene su tiempo y creo que este ha llegado —le digo mirándola fijamente a los ojos verdes que me están observando con nerviosismo, pero, a su vez, con seguridad del paso que va a dar.

—La muerte de tus padres... no fue un accidente, en realidad...
—anuncia con pesar y una lágrima corre por su mejilla, que limpia con su regordeta mano.

Siento que los ojos se me salen de sus orbitas ante tal afirmación. Entonces, ¿tenían razón los compañeros del colegio cuando me decían que los Keeps tuvieron que ver en la muerte de mis padres? Me cuestiono con un gran pesar en mi corazón, siento que me acaban de clavar una estaca justo ahí. La cabeza me da vueltas, pero el enojo se apodera de mí; ahora entiendo el odio hacia nuestra familia. Recuerdo el rencor con el que me miraron el día que conocí a Michael. Cómo los corrió mi abuelo del rancho, les dijo que «el chico no tenía culpa de nada, pero que con ellos no tendría miramientos»... Sin pensarlo, me pongo de pie y grito por la rabia que se está acumulando en mi interior.

—Fueron ellos, ¿¿verdad?! ¿¿Fueron los Keeps?!

La señora Cooper se pone tensa ante mi reacción; trata de tranquilizarse y se sienta a un lado mío instándome, con golpecitos en el sillón, a que yo haga lo mismo. Me siento, no sin antes dar un suspiro para calmarme; al fin y al cabo, la verdad ha comenzado a salir a luz y estoy segura de que faltan cosas por aclarar.

—Si vas a querer la verdad, deberás tranquilizarte; de lo contrario, daré esta conversación por terminada —me regaña como si fuera una madre, así que hago lo que dice sin chistar. Cuando nota que mi rostro se serena continúa diciendo, con voz firme—: Tu abuelo no ha querido decírtelo para no herirte, pero considero que debes estar enterada. Ahora tú serás la que se hará cargo de las tierras y el rancho, así que tendrás que fortalecerte; encontrarás en múltiples ocasiones al señor Keeps en las reuniones de ganaderos, ferias y otros eventos, así que no te tomará de sorpresa si quiere hacerte algún comentario que te hiera acerca de tu abuelo.

Esta última observación me hace fruncir el ceño. Aparte de la muerte de mis padres, hay algo más que está relacionado con mi abuelo. Así que pregunto, sin más:

—¿Qué hizo mi abuelo para que Keeps le odie tanto?

—Entre sus familias siempre ha existido rivalidad, ya sea por tener el

mejor semental, la mejor yegua, el mejor ganado, las mejores tierras, la mejor casa o la mejor pareja...

La miro, atónita por lo que acaba de decir; tantas revelaciones me están poniendo taciturna, solo quiero que acabe lo que tiene que decir para marcharme rápidamente de su casa. Debí dejar las cosas como estaban, pero analizo este último pensamiento y me digo que esa actitud es de cobardes, así que me armo de valor y la miro, impaciente, para que prosiga.

Ella lo hace al notar mi necesidad y dice:

—Así es pequeña y aún hay más: tu abuelo se casó con la mujer que Keeps amaba. Realmente, más que amor era capricho, por lo mismo, quería lo que tu abuelo tenía. Tu padre se casó con tu madre y no con Linda, con quien había tenido un amorío, secreto por la rivalidad de los adultos. Cuando tu padre supo el gran problema que sería esa relación para ambas familias y ante las amenazas del padre de Linda —diciendo que la enviaría a estudiar al extranjero—, terminó con ella para evitar problemas entre familias y evitarle, literalmente, el destierro a la madre de Michael. Él creyó que era lo más sensato... Se equivocó gravemente... —dijo con pesar, negando con la cabeza—. Meses después, tu padre fue al festival musical de *country* donde conoció a tu madre y su amor se inició como un rayo que golpea la arena y se forma el cristal. Fue tan fuerte que dejó un hermoso fruto: tú... A raíz de ahí, los problemas crecieron. Keeps se sintió ofendido porque tu padre dejó a su hija. Nadie entendió su actitud: primero los separó y luego se molestó de que no estuviera con ella, otro caprichoso en esta historia. Él, prefería odiarlo estando con Linda a odiarlo por haberle roto el corazón a su hijita consentida y presuntuosa —hace una pausa elevando los ojos al cielo, como para encontrar los recuerdos dentro de su cabeza y, cuando por fin uno de ellos golpea su mente, los baja y vuelve a verme, pero esta vez sus ojos están llenos de tristeza—. Años después, tus padres decidieron asistir al evento musical y te dejaron al cuidado de tu abuelo. Mientras viajaban por la carretera un auto los envistió y ellos perdieron la vida instantáneamente — se ha formado un nudo en la garganta de la señora Cooper; ella traga saliva para poder continuar, pero yo... Estoy atónita ante tal confesión. Ella prosigue para terminar el relato que ahora la hace sufrir, al recordar—. Los testigos aseguran que Linda se encontraba ebria; jamás superó la ruptura y cuando les vio venir, no lo pensó ni un solo segundo, lo hizo y ya... No le importaba morir, simplemente quería destrozar lo que tanto odiaba... La metieron a la

cárcel unas cuantas horas; las influencias de su padre la ayudaron a salir y la mandó a vivir a Virginia... —dice, molesta ante la impunidad—. Lo demás es historia... Es por eso que tu abuelo te cuidó tanto, para evitarte que te embarres con todo el rencor de esa familia... Niña, sé que amas a tu abuelo y harás lo que te pide: mantente alejada y sabes que cuentas con nosotros. Deberías buscar a un hombre que te respalde —esto último me saca de mis casillas; me suelta todas las cosas de un solo golpe, situaciones que me hacen sentir terriblemente triste y luego me dice que necesito un hombre que me respalde. ¡Dios! Es en lo que menos pienso en este instante... y es cuando Michael llega a mis pensamientos y un flechazo directo golpea mi corazón. ¡Seguramente, él también ha padecido por todo esto! Mi cuerpo comienza a temblar y vuelvo a lo que la señora Cooper me ha sugerido. —No necesito que un hombre me respalde, señora Cooper, mi abuelo me ha enseñado a trabajar —respondo sinceramente, evitando sonar grosera—. Gracias por todo, me tengo que ir, es la hora de los medicamentos del abuelo y debo estar pendiente de que los tome. Le agradezco el almuerzo. —Me tiembla la voz, esto me ha sobrepasado, lo que acabo de escuchar me ha dejado helada. Linda Keeps es la asesina de mis padres y su muerte ha quedado impune. Me pongo de pie para huir, empiezo a caminar hacia la salida con la mente revolucionada; todos estos años ignorando la terrible realidad, todos estos años amando al hijo de la asesina de mis padres... Todos estos años que él está oculto... Es una víctima de las circunstancias, al igual que yo. En ese instante, mi teléfono suena; lo saco de la bolsa del pantalón y veo que es Chris quien me llama. Siempre que habla es porque urge algo en casa, así que respondo inmediatamente, un nuevo peso me llena el estómago.

—¡Chris!

—Señorita Phillips, su abuelo ha entrado en crisis, he llamado a los servicios de emergencia para que vengan por él —me dice, alarmado. Esta vez noto miedo en el tono de su voz; esto no está bien, mi sentido de alerta se activa para ir inmediatamente a ver al abuelo.

—Estoy cerca, voy para allá —cuelgo el teléfono y digo angustiada—: Debo irme, el abuelo se ha puesto mal.

—Esteremos pendientes, Marianne —responde el señor Cooper con el rostro preocupado; su esposa solo se tapa la boca por la angustia que le provoca la noticia.

—Gracias —respondo simplemente y echo a correr al *jeep* con el corazón dolido; no sé qué esperar, en la mañana se encontraba más tranquilo.

Subo al vehículo y me dirijo al rancho. Apenas puedo controlar las manos mientras conduzco; afortunadamente, no hay patrullas cerca, si no, me detendrían por exceso de velocidad. Cuando llego, la ambulancia ya se encuentra afuera de la casa. Las piernas me tiemblan cuando bajo del coche, temo lo peor; aun así, entro corriendo hasta su habitación y lo hallo inconsciente. ¡Dios! No puede estar pasando esto ahora que me he enterado de la verdad, ¡tenía tantas cosas que agradecerle por mantenerme protegida...! ¡Tantas cosas que preguntar...! He entendido que su amor fue incondicional hasta el punto de «sacrificar» su odio a cambio de amor. Porque yo odiaría a la persona que ha asesinado a mi hijo y nuera...

Yo...

—¡Qué bueno que llegó, señorita! —exclama un angustiado Christian.

Uno de los paramédicos nos hace salir de la habitación del abuelo, algo no está bien; aunque suplico que no me saquen, ellos insisten ya que necesitan espacio para hacer maniobras de RCP. Minutos más tarde, el mismo hombre sale e inquiera, con tono serio:

—¿Es usted pariente del señor Phillips?

—Soy su nieta —respondo con el corazón en un puño.

—El señor acaba de sufrir un paro cardiorrespiratorio, se intentó RCP sin éxito, no hemos podido hacer nada. Lo lamento —dice con pesar y vuelve a la habitación donde escucho que se comunica con el servicio médico forense para dar parte de los hechos.

Todo me da vueltas en este momento. Mientras yo estoy en casa de los vecinos indagando el pasado, mi abuelo acaba de sufrir un ataque cardíaco; debí estar a su lado las últimas horas. No puedo evitarlo: un gemido estruendoso sale desde el fondo de mi ser. Caigo de rodillas y lloro amargamente... Lloro porque lo he perdido todo...

El cielo llora también la pérdida del hombre más bondadoso que he conocido, lo que me hace sentir un gran pesar en mi interior. Mientras nos encontramos en el cementerio, no ha parado de llover ni un solo segundo; lo increíble del asunto es que nadie ha abandonado el lugar a pesar de que se

están empapando. Sorpresivamente, el señor Keeps hace su aparición en el último momento. No le ha dirigido la palabra a nadie y ambos solo nos dedicamos una seca mirada. No entiendo qué viene a hacer aquí, si no estimaba a mi familia. Desvió la mirada para seguir escuchando el sermón del párroco; cuando este termina, me acerco y deposito una rosa roja sobre el féretro y bajo la cara para besar la fría y húmeda caja de fina madera. El último beso. ¡Cuánto dolor!

Una vez que termina el funeral, los señores Smith me han ofrecido llevarme a la casa, no quieren que conduzca. Mientras andamos por los pasillos del cementerio, vuelvo a sentir una mirada penetrante posarse sobre mí; giro el rostro para ver quién es... Nadie, otra vez. Solo las filas de lápidas formadas una tras otra. El viento probablemente o quizá ya estoy enloqueciendo.

Al día siguiente recibo en casa visitas que llegan para darme el pésame. Nuestro párroco ha ofrecido una pequeña ceremonia religiosa en el granero, que fue acondicionado para tal fin; era su lugar preferido. Ha habido un lleno total, pero no me emociona. Les agradezco el amor que le tuvieron a Peter Phillips, pero desearía estar sola. Debo acostumbrarme a esa brutal palabra una vez más.

Cuando dedico las palabras a la congregación, reconociendo a la persona que nos acaba de dejar, no puedo evitar llorar: el recordar a ese gran hombre me quiebra el corazón. He secado en varias ocasiones las lágrimas que brotan sin cesar. Tomo la guitarra y entono, con voz quebrada, la canción de Carrie Underwood, *Temporary Home*, que a él tanto le gustaba; siempre me decía que «este mundo era un hogar temporal, que teníamos casa construida en los cielos que nos esperaba». La parte donde ya no puedo más y con trabajo termino es donde habla del viejo enfermo... y menciona que puede ver el «rostro de Dios». Cuando suena la última nota no puedo parar de llorar; deposito la guitarra en el suelo, mientras la señora Cooper se acerca para darme consuelo. Cuando levanto el rostro para separarme de ella veo esos ojos hermosos que encontré cuando era niña y luego, cuando entró por aquella puerta al club... El corazón casi se me sale al verle. ¡Michael está aquí! ¡Vino a acompañarme! Me suelto impulsivamente y corro a su encuentro, pero la multitud se interpone en mi camino ya que se acercan para darme las condolencias, me abrazan y me dicen palabras que no escucho; solo mis ojos se mueven, ansiosos, de un lado para otro, tratando de

encontrarlo... Otra vez se ha marchado. Las lágrimas vuelven a correr sin cesar, siento confusión en este instante... Lloro por el abuelo o porque, una vez más, se va ese fantasma misterioso.

Capítulo 4

Rancho Phillips — The Country Club Bar, Grill and More

Los rayos de sol tocan mi rostro; son como una caricia consoladora que la naturaleza me otorga. Elevo la cara al cielo para disfrutarlos mientras voy montada en Tenna; ella se regocija con nuestros paseos matutinos, la vida no le ha cambiado para nada.

Han pasado dos semanas tras la muerte del abuelo. Sigo con la rutina a la que ya me he acostumbrado: madrugar, hacer mi ronda por el rancho, platicar con los trabajadores para enterarme de sus necesidades y aclarar dudas acerca de sus labores. Cuando termino, voy al riachuelo o al bosque para pasear, es donde puedo llorar a gusto. Duele todavía, le extraño a montones y no puedo hacer más que fortalecerme, así que me he centrado en las actividades de la casa para no sentir su ausencia; pero, al final, es imposible, siempre termino añorando su presencia.

Ayer pedí a la señora de la limpieza que me auxiliara para sacar su ropa de los clósets. Mientras abría los cajones me encontré, escondido, su viejo revolver. De este no me desharé.

Lo demás lo enviaré a la caridad. Eso habría querido él, estoy completamente segura.

Bajo el rostro y sigo mi camino al riachuelo, las lágrimas bajan por mis mejillas. Recuerdo la canción de Miranda Lambert, *Over You*, y la empiezo a tararear, como entonando un himno... El crujir de hojas secas se escucha cerca de donde me encuentro, giro el rostro y observo, al otro lado del riachuelo, el caballo de Michael pastando y sin jinete. Siento un vuelco en el estómago. ¡Michael está de vuelta en las tierras de su abuelo! ¡No me equivoqué! ¡Era él! Desmonto inmediatamente, limpiándome las lágrimas para acercarme a la orilla y fijarme a lo lejos. La ilusión y el temor han llenado nuevamente mi corazón, no puedo creer que le veré por fin después

de tantos años.

Estos días me han servido para analizar una y otra vez lo que la señora Cooper me contó aquel día. Michael no tiene la culpa de lo que su familia ha hecho. Recuerdo su rostro, angustiado por el trato que me dieron el día que le salvé de su potro salvaje. Así como yo, él estaba desconcertado... Definitivamente, ignoraba la situación tanto como yo... Así que no le guardo rencor... Lo que me preocupa es por qué se esconde de mí... Llego al lugar, que se encuentra desolado a excepción de la montura que está tranquilamente comiendo e ignorando mi presencia. Introduzco los dedos a los labios y silbo para que me mire; logro captar su atención, así que, sin más, le hablo enérgicamente, como si así me fuera a responder.

—¡Thunderbold! ¿Dónde está tu jinete? —Este se da la vuelta y comienza su marcha con lentitud, dejándome hablar como si estuviera loca. Suspiro, me siento frustrada. Estoy segura de que ese caballo se ha vuelto a escapar y yo creyendo que su amo estaba cerca. Reaparece esa sensación de que alguien me observa. Escudriño cada parte de los alrededores: no hay nada, ni nadie. Giro sobre mis talones y vuelvo a Tenna, que me espera tranquila mientras come. Esta vez no la monto, deseo caminar, así que únicamente la tomo de la rienda y emprendo mi marcha para retornar a la casa con el ánimo abajo.

Aeryn ha regresado de pasar sus vacaciones junto a sus padres y George en Miami; le pagaron el viaje como regalo de graduación, pero lo habían pospuesto una y otra vez hasta que por fin pudieron hacerlo.

Ella continúa con su amado novio, ya han hablado de compromiso. El anterior 4 de julio, en la celebración en la casa de esta, George le entregó el anillo. Fue un momento muy emotivo, me pidió que fuera su dama de honor. Lo bueno es que falta tiempo para eso... porque, en este momento, no tengo ganas de nada.

Prometió visitarme en el rancho hoy por la tarde, así que solicité a la cocinera que me ayudara a preparar un gran festín, lo merece. Por la noche nos reuniremos con algunos excompañeros de la universidad. Estoy segura de que ella ha armado todo esto para que me distraiga. No importa, me siento feliz de recibirlos. No tengo con quien hablar, en realidad, sobre mi duelo.

Ya es la hora indicada; veo llegar su camioneta desde el porche en el que me encuentro tumbada en la mecedora, mirando al horizonte violeta. Se

estaciona cerca de las escaleras y baja, con su preciosa sonrisa y su tez más morena de lo habitual, por la resolana. George desciende por la otra puerta y también me sonríe. Me siento alegre de verles.

—¡Marianne! —exclama cuando sube las escaleras corriendo mientras yo me pongo de pie para acercarme y recibir su abrazo efusivo. Me toma de la cara mirándome con sus ojos castaños—. Siento no haber estado aquí. Sabes que yo hubiera sido la primera en llegar. —No tienes por qué disculparte. Ni yo me esperé que las cosas fueran tan repentinas, pensé que estaría más tiempo conmigo. —Una lágrima corre por mi mejilla, pero la seco inmediatamente; no es momento de llorar, debo fortalecerme, eso querría él.

—No contengas tus sentimientos, debes dejar que duela.

—Ya sentí mucho pesar, me duele el cuerpo de tanto como he sentido. Quiero descansar.

En ese momento se acerca George para darme las condolencias, recibo su cálido abrazo y besa mi frente. Hemos aprendido a ser grandes amigos. Después de los padres de Aeryn, somos las personas que más la amamos.

—Estamos para apoyarte en lo que necesites, Marianne, llama a cualquier hora sin importar.

—Gracias, George. Entremos, que se enfría la comida; los chicos llamarán más tarde para ponernos de acuerdo sobre adónde iremos. Dicen que es una sorpresa.

—¿Sorpresa? Seguro que Sebastian hará de las suyas, como siempre —dice Aeryn, negando con la cabeza.

—Supongo —confirmo la teoría de mi amiga y los tres entramos a la casa.

Comemos mientras me cuentan sobre su viaje, me muestran las fotografías que tomaron con sus teléfonos, reímos de sus anécdotas chuscas en el lugar, sus planes de boda y el tiempo se nos pasa volando. Nos vamos al salón para tomar un café; en ese momento escuchamos el motor de la camioneta de Sebastian quien llega con un par de amigas de generación.

—¡Marianne! ¡Venimos por ti! Es hora de que salgas de la casa.

—Hola, Bastian —le nombro como en la universidad le llamaba, siempre me gustó abreviar su nombre—. Pensé que los veríamos en otro sitio.

—Es tu cumpleaños, Marianne. No queremos que pase desapercibido, a tu abuelo le encantaba que viniéramos a festejarte y en su memoria estamos aquí. Feliz cumpleaños, amiga —Aeryn me acaba de recordar que hoy es mi cumpleaños, se me había olvidado. No puedo evitar sentir pesar ante sus palabras; a mi abuelo le encantaba que estuvieran en casa mis amigos para celebrarme. Toda la noche nos la pasábamos cantando y bailando.

—¡Vamos a The Country Club Bar, Grill and More! —exclama entusiasmada Lucy, una de mis «hermanas», como nos hacemos llamar desde la universidad.

—Pensé que íbamos a ir a dar una vuelta por el centro. De acuerdo, pero solo unas cuantas horas, mañana tengo mucho trabajo y...

—Olvídate del trabajo por un día, ese no terminará; vamos, que mañana te ayudamos a hacerlo —agrega Aeryn con entusiasmo—. ¿Verdad, chicos?

Todos dicen sí al unísono, no me queda más remedio que aceptar la oferta sin chistar, aun sabiendo que me voy a desvelar y saldré de mi «encierro por convicción», aunque no estoy muy animada a salir a un lugar así por lo que acabo de pasar. Les digo que voy a cambiarme de ropa, pero me detienen argumentando que como estoy vestida es perfecto: un vestido de algodón blanco con flores azul turquesa y tonos marrones, sin mangas. Llevo puesta una torera color café y mis botas vaqueras en tono miel con grabados café oscuro y azul turquesa a juego.

Tomo un pequeño bolso para guardar las llaves y el teléfono. Salimos de la casa y yo me agarro del brazo de Aeryn. Necesito un momento con ella, no he podido hablar con nadie acerca de la presencia de Michael en los funerales del abuelo. Antes de subir al Grand Cherokee de George, la detengo y le digo:

—He visto a Michael.

—¿Cómo? ¿Cuándo? —pregunta asombrada.

—El día de la ceremonia religiosa, cuando terminé de cantar, la señora Cooper fue a mi encuentro para darme consuelo y, al levantar la cara, me estaban observando. Vi tristeza en su rostro. He confirmado que es el chico del grupo de *country*.

—¿Estás segura? ¿No será que estás conmocionada por lo del

fallecimiento del señor Phillips y quieres aferrarte a algo?

—No, Aeryn, era él, estoy segura. Lo que no entiendo es por qué no se me acerca. He averiguado algunas cosas más.

—¿Qué cosas son esas?

—El porqué de la rivalidad entre nuestras familias. Siempre han competido entre ellos por todo, hasta por las parejas, y lo más sorprendente de todo es que la madre de Michael fue novia de mi padre y él la dejó por las rivalidades. Tiempo después conoció a mi madre, con quien se casó más tarde; Linda Keeps no lo superó y, el día del accidente, era ella quien iba conduciendo ebria el auto con el que chocaron...

—¡Por Dios! Tal vez Michael sabe la verdad y no se atreve a dar la cara por lo mismo.

—Es lo que he pensado. Por eso mismo me gustaría platicar con él, decirle que yo no tengo nada que ver en lo que pasó, ni él es culpable de la muerte de mis padres.

—De verdad que ese chico te robó el corazón desde que eran pequeños. Pues te deseo suerte, amiga.

—Nada me devolverá a mis padres. Considero que el odio y el rencor son los sentimientos más terribles con los que puede cargar un ser humano.

—¿Tu abuelo no te comentó nada al respecto?

—No de los hechos. Lo último que me dijo al respecto fue que me alejara de esa familia, que Michael era un buen chico, pero que lo mejor era que no me acercara. Cuando le dije que me pedía algo difícil, lo comprendió y solo pidió que me cuidara.

—Tu abuelo siempre fue un buen hombre. Lo único que hizo hasta el final fue protegerte.

—Estoy segura de ello y no le tengo rencor por haberme ocultado las cosas, pero, como le dije, debo atravesar esto... pase lo que pase.

—Vamos, que los chicos nos esperan.

—Bien.

Subimos a los autos. Me inquieta ver el camino directo al The Country Club Bar, Grill and More; la última vez que volví fue hace un mes..., siempre

con la ilusión de reencontrar a Michael. Hoy, con la tristeza que embarga mi corazón, no estoy de ánimo para sentir esperanza.

Llegamos al sitio y los chicos piden una mesa para que podamos comer barbacoa y alitas picantes con cerveza, nuestro plato preferido desde que éramos universitarios. Me voy al rincón de la butaca para seis personas, la misma que da a la ventana donde se estacionan los automóviles. Miro hacia afuera prácticamente todo el tiempo, perdiéndome en la nada a pesar de que ellos intentan sacarme de mi estado emocional haciendo chistes o contando anécdotas.

—Ánimo, Marianne, que estamos aquí para que tengas un buen momento. Entendemos por lo que estás pasando, pero siempre te has caracterizado por ser la alegría del grupo y te extrañamos. No olvides lo que tu abuelo decía acerca de ti: «Es la sal y la pimienta de la vida».

El que Sebastian me recordara al abuelo imitando su peculiar voz me sacó una sonrisa; tiene razón, debo honrarle siendo feliz.

—Lo siento chicos, les agradezco su apoyo y cariño. Vamos a bailar, Sebastian.

Todos me miran, sorprendidos ante la repentina decisión que acabo de tomar, pero inmediatamente sus rostros cambian, llenándose de alegría, así que todo el grupo se levanta a bailar. Mei y Lucy consiguen pareja de baile inmediatamente, una vez que llegan a la pista; aquí ninguna chica baila sola.

Después de varias piezas en las que reímos y disfrutamos, el grupo que ameniza el lugar canta la famosa *Boys 'Round Here*, de Blake Shelton, que grito a todo pulmón. El ambiente se ha encendido ya que nos sentimos identificados con nuestra forma de vida *country*: campesinos, vaqueros, cervezas, tabaco, música, 4x4, chicos, chicas y amor...

Aeryn y yo subimos al escenario y hacemos los coros. ¡Qué falta me hacía divertirme! Doy gracias por mis hermanos de vida. Cuando la canción termina, nos dirigimos a la butaca; en ese momento, el vocalista inicia *If You're Going Through Hell*, de Rodney Atkins. Bailo durante el recorrido y, de pronto, una mirada azul se posa en la mía. Michael está frente a mí y yo me quedo como una estatua, sin poder mover ni una pestaña.

—¿Se te perdió algo? —inquiere Sebastian, como el hermano postizo y protector que

es.

—Déjalo Sebastian, vamos a sentarnos, estará bien —pide Aeryn en tono pacifista; ella sabe de quién se trata.

Siguen su camino dejándome sola frente al fantasma que busqué durante toda mi juventud. Creo que él está igual de petrificado que yo, ya que no se ha movido de lugar, ni tan siquiera emite una palabra, nada. Repentinamente, me toma de la mano y me saca del local, llevándome hacia el estacionamiento. Observo como los chicos me están cuidando desde la ventana, así que, para tener mayor privacidad, damos la vuelta a la camioneta en donde me apoyo, esperando la respuesta que siempre he anhelado a la pregunta: ¿Dónde has estado todo este tiempo, Michael Keeps?

Noto como él inhala profundo, cerrando los ojos, y cuando exhala los abre. ¡Sigue teniendo los hermosos ojos de cuando era un chico de *Middle School*!

—Sé que tienes muchas dudas y vengo a responderlas... Antes de nada, quiero pedirte perdón por no dar la cara antes; no podía, no debía... —dice atropelladamente, pero con sinceridad en su mirada, halándose de los pelos.

—¿Dónde has estado, Michael? ¿Sabes cuantos años llevo esperando este encuentro?

—Lo sé. Y no he estado lejos de ti, lo que pasaba es que no podía acercarme...

—¿Sabes que te he esperado y aun así no hiciste nada por buscarme? ¡Te dejé miles de notas! ¡Cuando me rescataste de Charlie en este mismo sitio, lo único que hiciste fue huir! —No sé en qué momento las lágrimas comienzan a salir sin control, tengo los sentimientos encontrados: por un lado, estoy eufórica por tenerlo a mi lado, ver el chico guapo en el que se convirtió; por el otro, la indignación que me embarga es tan grande que estoy enfurecida por su abandono... O al menos el que creí que hubo... Él no ha estado lejos de mí, eso acaba de decir—. ¿A qué te refieres con que no has estado lejos de mí?

—Me gustaría llevarte a otro sitio, si es que me lo permites, para platicar con tranquilidad; la gente se está acercando para ver qué sucede y no quiero que te veas envuelta en un escándalo... Demasiado has ya pasado como para agregar una escena que al rato estará en boca de todos.

Asiento con la cabeza. Aeryn se acerca cautelosa para entregarme mi bolso de mano; es una mujer intuitiva y sabe que necesito espacio para platicar con Michael. Lo recibo y me despido dándole un beso.

—Todo saldrá bien, tienen mucho que platicar y este no es el sitio; ve a tu casa —me dice al oído para que nadie escuche. Cuando se separa de mi lado limpia mis mejillas y nos regala una sonrisa a Michael y a mí. ¿Por qué hace eso? Yo soy su amiga, no él. En fin. Quizá pienso esto porque estoy ofuscada...

Michael me toma nuevamente de la mano para acercarme hasta su Harley Davidson, Ultra Limited Low Black Quartz; toma mi bolso y lo guarda en la canastilla portaequipaje trasera. Me ayuda para que suba y, una vez que me he acomodado el vestido, me coloca su casco ajustándolo con delicadeza, sin dejar de mirarme. Realmente, esto es una locura, pensándolo bien, estoy saliendo con un desconocido. Sube y enciende el motor; toma una de mis manos para que me abrace a su torso e, instintivamente, junto mis manos para asegurarme de no caer. ¡Dios! Es tan atractivo como lo imaginé tantas veces, huele a colonia fina y a humo de cigarro que se ha impregnado en su camisa a cuadros blancos con café y en su chaqueta de cuero marrón. No puedo evitar apoyar la mejilla en su espalda, ¡cuántas veces soñé con ese beso que me regaló...!

Guardamos silencio durante el trayecto, su cabellera se agita por la velocidad a la que vamos; llegamos al rancho y se estaciona frente al porche. En cuanto baja, me ayuda a hacer lo mismo, me quita el casco y lo guarda en su sitio. Me toma de la mano y vamos directamente al camino que conduce a la arboleda y al riachuelo; está oscuro y me atemoriza internarme a estas horas entre los árboles, tantas veces el abuelo me dijo que podía haber animales merodeando que me lo creí. Hago alto total y le digo:

—No, está oscuro y hay animales que nos pueden hacer daño; mejor aquí, en el porche.

—No temas, acompáñame, quiero mostrarte algo.

Sus ojos, que me observan directamente, me ofrecen seguridad, así que dejo de titubear y le sigo. Llegamos al lugar donde nos encontramos hace más de nueve años, aquel día en que salió de entre los árboles a toda velocidad con su caballo. Me suelta para dirigirse hacia un sitio que conozco perfectamente, siento que el corazón se me detiene cuando se acerca al árbol

donde he escondido las cartas que le he dejado durante tantos años. Saca unas cuantas que se han conservado, incluyendo la última que hace exactamente un mes atrás, coloqué con la esperanza de que las viera; las dobla con cuidado y las guarda en la bolsa de su chaqueta.

Vuelve a tomarme de la mano, que le entrego sin dudar y me lleva directamente hasta el riachuelo que divide nuestras propiedades. Me suelta para levantar la piedra donde se encuentran las demás notas que he guardado dentro de una bolsa de plástico para conservarlas, las saca, se gira hacia mí agitándolas, como diciendo con ello «sé todo lo que sientes por mí y siempre he estado a tu lado». Mi estómago da un vuelco. Siempre las leyó.

Su mirada está cargada de amor, ese amor que no había conocido jamás con ningún chico más que con él, ese amor que supe que mi corazón sintió desde el día en el que nos conocimos, que albergó como un tesoro cuando nos despedimos, que viví durante todos estos años con la ilusión de entregárselo algún día, ese amor que añoré durante tanto tiempo. Ese amor se llama Michael y está aquí, ahora.

Capítulo 5

Rancho Phillips

Regresamos al porche de la casa; está haciendo un poco de frío, pero en este momento no nos importa, lo que deseamos es un tiempo para nosotros, para hablar de lo que durante años no pudimos hacer más que a través de las cartas que le dejé. Afortunadamente, nos encontramos solos a estas horas, el servicio se ha retirado a la casita que mi abuelo les acondicionó para su uso personal. Cada uno toma una tumbona y nos sentamos en silencio, mirando el horizonte, donde se encuentra la arboleda que divide nuestras propiedades, aquel lugar donde nos vimos por primera vez.

Michael saca las cartas y las lee en voz alta, una por una, cada palabra que le dije ahora sale de su boca cargada de emoción y, de vez en cuando, se le hace un nudo en la garganta. Aguardo en silencio hasta que él termina con todas y limpio las lágrimas que se han derramado sobre mis mejillas; él, a su vez, hace lo mismo. Las guarda de nuevo en la bolsa de plástico y las lleva a su bolsillo de la chamarra. Sin decir nada se pone de pie y baja rápidamente a donde se encuentra su motocicleta, abre la canastilla y guarda la bolsita de mis cartas dentro. Creo que ha decidido que es el momento de hacerlas suyas definitivamente; lo que me causa intriga es ver que, enseguida, extrae una cajita de lámina que aparentemente se ve desgastada por los años. Cuando vuelve a su sillón, la pone en la mesa de centro; efectivamente, la caja de bombones está vieja. Miro atenta mientras la abre y toma un paquete de cartas amarradas con un listón de seda, algunas se ven viejas y otras, recientes; le miro extrañada mientras él me las acerca para dármelas. Las agarro como si fueran el regalo máspreciado que jamás he recibido en la vida, no puedo quitar la vista de ellas hasta que él rompe el silencio que se ha formado entre nosotros.

—Cada palabra que me has escrito en todos estos años, la he leído. Cada vez que venía al rancho me escapaba por las madrugadas para saber si había alguna pista tuya. Busqué cada rincón con mi lámpara de acampar hasta que hallé el tesoro más grande que pude encontrar en la vida. Cada una de tus cartas tiene respuesta... —dice bajando la mirada, noto pesar en estas últimas palabras—. No podía, ni debía entregártelas, pero te respondía pensando que recibirías mi amor a través del universo. Nunca te olvidé, Marianne, siempre

te he amado y jamás dejaré de agradecerte lo que hiciste por mí, pero... —se detiene, no puede continuar, noto como su cuerpo se estremece y frunce sus labios, evitando con ello volver a llorar, así que le insto a proseguir lo que me estaba mencionado.

—¿Pero qué, Michael? ¡Dímelo, por favor! —inquiero con dolor y desesperación, ya que él sabía de mis sentimientos y yo jamás tuve una palabra suya, solo sus miradas fortuitas y nada más. Nunca se atrevió a dejarme una respuesta a mis cartas; aunque diga que siempre me ha amado, no estuvo a mi lado... A menos que... ¿Y si él sabe la verdad? ¿Si, por temor, no lo ha hecho como siempre he creído? Me responde, derrotado.

—No podía acercarme a ti... —Agacha la cabeza y la toma entre sus manos con pesar; se encuentra abatido por la confesión que está haciendo en este momento, lo noto por el temblor de su cuerpo y el tono de sufrimiento que hay en su voz—. No debía acercarme a ti, mi familia le ha hecho mucho daño a la tuya y, si yo me acercaba, ellos volverían a hacerlo. Era lo que menos deseaba —levanta su rostro para verme a los ojos, veo en ellos a un Michael asustado, algo similar al del día en que le conocí, cuando iba montado en su corcel sin control. Definitivamente, ahora muestra mayor temor que aquella vez; eso me derrite, me duele verle angustiado, porque es sufrimiento el que expresa también, rompe mis conjeturas cuando se tranquiliza un poco y prosigue la conversación—: Cada vez que veníamos, tenía rotundamente prohibido acercarme; eso me molestaba y, por más que tratara de revelarme, ellos, como adultos, siempre tenían la razón, así que cuando salía a montar, siempre estaba acompañado, ya sea por el abuelo o algún trabajador del rancho; nunca me dejaban solo, por eso es que me escapaba de madrugada, para que no se dieran cuenta. Si te dejaba alguna nota, era probable que quisieras buscarme y no iba a permitir que te hirieran como en aquella ocasión —esa es la respuesta que mi corazón esperaba, confirma mi teoría de que él lo hizo porque le dolió el que me hubieran insultado con sus miradas y palabras aquel día.

Quiero saber de qué está enterado por su propia voz, así que le inquiero sin permitirle hablar más.

—¿Qué es lo que sabes de nuestras familias, para que quisieras protegerme aún en contra de nuestros sentimientos? —pregunto sin rodeos. Necesito confirmar que sabe que su madre es la asesina de mis padres y que ella ha salido impune por las influencias de su abuelo. Que me diga si ese es

el motivo y no el que sea un cobarde que solo pasaba a mi lado como una ráfaga de viento y nada más.

—Mi madre me envió a Carolina del Norte, a vivir con mi padre, poco después de que nos conociéramos. Yo no quería irme, el principal motivo eras tú y el otro es que no conocía a mi padre, en realidad —cuando empieza a contarme la historia cierra los ojos y vuelve a abrirlos; demuestra que hay vergüenza en su rostro. Aún con ello, él respira profundo y prosigue con su relato—: Una de las veces que vinimos a visitar al abuelo, mi madre se encontraba ebria y él le reprochó su estado delante de mí; pelearon por el hecho de que estaba poco tiempo a mi lado, que lo desaprovechaba por estar alcoholizándose. Mi madre le reclamó su situación, le dijo que por culpa de él y de mi abuela, ella era una alcohólica y le exigió que la dejara de molestar. El abuelo, al percatarse de que yo seguía parado sin articular palabra, me envió a la habitación; fingí obedecerlo, pero en realidad me quedé en las escaleras oyendo la discusión. También le recriminó el haber amenazado a los Phillips y que, por su culpa, John la había dejado; le echó en cara los pleitos estúpidos de antaño y gritó una y mil veces que tu padre había sido el amor de su vida y que ya no le importaba nada ni nadie... —Michael sigue temblando pero no para de hablar; una vez que se armó de valor ya no se detiene y eso hace que lo admire. Una revelación de este tamaño de parte de un hijo debe ser muy dolorosa—. Confesó que yo había sido producto de un error, que cuando se involucró con mi padre deseaba avergonzar a su familia ante todo el mundo en venganza... Y fue entonces cuando comprendí que simplemente fui su objeto de revancha... —Ya no puede más y llora desconsoladamente. Todos estos años guardando tanto dolor no ha debido de ser fácil para nadie, sobre todo para un hijo que lo único que deseaba, cuando era pequeño, era sentirse aceptado y amado.

—Cómo lo siento, Michael —digo sinceramente, con tristeza. Escuchar la versión de su boca me abre el panorama de la situación en la que se encontraba él todos estos años.

—Ya han pasado muchos años de eso, Marianne —se limpia la cara y me vuelve a dirigir la mirada—. Al principio me dolió, luego me volví rebelde, tiempo después llegó el momento en que mis demonios internos me abandonaron cuando, en una ocasión, te vi montada en Tenna galopando por el bosque, con tu larga y rubia cabellera, tu texana tejida y disfrutando de tu libertad, esa libertad de la cual yo no he disfrutado por años. Ahora, solo me

queda entender a mi madre, porque me han dicho en el grupo de ayuda de Alcohólicos Anónimos que es una enferma alcohólica; lo que no puedo evitar es que me provoque lástima al verla como se consume, día tras día, detrás de una botella de alcohol. —El escucharle decir que ha asistido a AA me da tranquilidad, ya que significa que ha buscado su propia recuperación emocional.

—¿No has pensado llevarla a rehabilitación? —pregunto con cautela, para no herir susceptibilidades.

—A eso he venido. El abuelo no ha podido convencerla, así que regresé hace unos días para llevarla a internar de nuevo, ya que lo he hecho en un par de ocasiones, las mismas que ha logrado escapar y ha vuelto al rancho o a la casa de Virginia, a seguir consumiendo —termina de platicarme y nos quedamos unos minutos en silencio; luego reanuda la conversación tomándose el cabello con las manos, desesperado—. Nunca imaginé que tu abuelo falleciera y créeme que lo lamento en gran medida; no sabes cuánto me ha dolido que se haya ido. Pero lo que más me ha afectado es verte sola.

—¿Por eso me has buscado? ¿Porque ahora me ves sola? —Siento rebeldía ante las palabras que acaba de decir: no vino por mí, vino por su madre y por la muerte del abuelo se ha acercado, de otra forma no lo hubiera dicho. Me pongo de pie para entrar a la casa, indignada, pero de un solo salto se levanta y me da alcance para tomarme del brazo y acercarme a su pecho.

—No lo he hecho solamente por eso. Pensé que ya era el tiempo de aclarar toda la verdad, esa verdad que tanto quisimos saber aquel verano y que, por azares del destino, me enteré y me marcó para toda la vida. Quiero pedirte perdón en nombre de mi familia, Marianne —dice con voz sincera, pero a la vez cargada de dolor—. Quiero decirte que no me acerqué a ti, ni a tu abuelo porque estaba lleno de vergüenza por lo que les hicieron, sobre todo a ti. Saber en esa ocasión que discutieron, que mi madre fue la asesina de tus padres, me trastornó. Ella gritaba una y otra vez que lo volvería a hacer, pero que su idea era morir junto a él y las cosas no le salieron como lo planeó. Que hubiera preferido morir a sufrir el calvario que vivía y que por eso se perdía en la bebida. Que odiaba el fruto del amor de tus padres. Tú, Marianne, la que siempre le recordabas a tu madre, a la que odió con toda su alma, y así lo expresó —su cuerpo tiembla, lo que me confirma lo que ya había visto con antelación: que él ha sido una víctima más del pasado—. El abuelo

simplemente la tomó del brazo y, a regañadientes la encerró en la biblioteca. Cuando subió las escaleras para retirarse a su habitación, me vio arrinconado en una esquina, llorando; fue hacia a mí para decirme que no hiciera caso, que nada de lo que había confesado mi madre era cierto. Me extendió la mano y me acompañó a mi cuarto hasta que me dormí, después de haber llorado por horas.

Michael se ha quedado en silencio. Ahora entiendo el temor que tenía de que su madre me hiciera daño a mí también por ser el fruto del amor de mis padres, ahora entiendo por qué me gritó aquella vez y me miró con odio y desprecio, ahora entiendo por qué el abuelo los corrió del rancho de esa forma, recuerdo cómo el señor Keeps me miró con desprecio. Quizá odiaba también el hecho de que su hija se hubiera convertido en lo que era a causa de mis padres.

—¿Cuántas veces has estado cerca de mí y no me he percatado?

—inquiero más tranquila.

Levanta su rostro de mi coronilla y me gira para verme, asombrado por la pregunta; quizá esperaba que le reclamara o le corriera de la casa al saber su versión de los hechos.

—¿Cuántas veces? ¿Preguntas cuántas veces y no reclamas por lo que hizo mi madre? —responde haciendo un par de preguntas con el ceño fruncido, ya que se encuentra consternado.

—¿Cuántas veces, Michael? —pregunto enérgica.

—Todas las veces que me sentiste estuve cerca de ti, todas aquellas veces que escuchaste esos pasos escapar por los pasillos de tu escuela, o en aquellas ocasiones que ibas al bosque y te observaba cantando con tu guitarra las canciones *country* que tanto te gustan. Por eso aprendí a tocar la guitarra y, tiempo después, me uní al grupo; me recordaba a ti y amaba todo lo que eras y hacías —sus ojos desbordan amor—. El día de tu graduación, sabía que estarías allí; el vocalista del otro grupo es mi amigo y le pedí el favor de que cancelara su presentación para poder sustituirle y tener la oportunidad de verte, no pensé que me reconocerías —ahora salen chispas de sus hermosos ojos azules, cuando dice—: No pude evitar odiar al tipo que te estaba obligando a besarlo, así que, sin más, fui a darle una paliza. Por eso hui, por miedo a tu reacción, a que supieras la verdad y me odiaras —suspira,

soltando el enojo que se había apoderado de él al recordar a Charlie Fox molestándome fuera del club—. En esa ocasión te canté *Love's to Blame*, dije que se la dedicaba al amor de mi vida, mencioné que ella no merecía tener a alguien como yo, que el universo no nos había permitido estar cerca. Recuerdo tu mirada penetrante y, con todo el amor que te tengo, la canté; lo hice para que supieras cómo me sentía, con el corazón roto porque siempre te he amado y sé que tú también a mí, pero que no podía estar contigo. Lo lamento, lamento todo lo que nos han hecho, lo que te he hecho, no podía verte herida nuevamente, amada Marianne, mi dulce ángel salvador. No podía dejar que nada te pasara. Nada, porque si eso sucedía, yo moriría también... —agrega angustiada—. Así que por eso me mantuve en la distancia, pero siendo un guardián de tu vida, no quería perderme nada de ti. Como tu graduación, o las veces que has ido al bar y desde el monitor de las cámaras de seguridad te observaba buscando al chico del caballo desbocado... Terminaba frustrado y desesperado por no poder ir a tu encuentro. Recuerdo cuando subiste con tu guitarra en el club y cantaste con el chico de la banda que me sustituía *All We'd Ever Need*, con tanto sentimiento que sabía que me la dedicabas a mí; o en la fiesta del 4 de julio en la que te invitaron a cantar en la celebración y le dedicaste a un viejo amigo, sin temor a que te cuestionaran, *Need You Now*, fue cuando supe que te gustaba Lady Antebellum. ¿Sabes? No pude dejar de lamentar el daño que te estaba haciendo; entendí que quizá mi ausencia te lastimaba más que mi presencia. Por eso también he querido acercarme a ti. No sé qué será de nosotros a partir de este momento en el que te he confesado todo. Lo que sí sé, y eso no lo puedo evitar, es que mi corazón siempre te ha pertenecido.

Ambos nos encontramos llorando; me atrevo a abrazarlo sin temor alguno. Me ha dicho lo que mi alma herida necesitaba escuchar, pero él me atrae hasta el sillón y me sienta en su regazo. Me envuelve en sus brazos como si fuera una niña pequeña a la que protege cariñosamente, me hace sentir segura a su lado, a pesar de que ambos seguimos liberando nuestras almas a través de lágrimas. Acercamos nuestros labios para regalarnos el más puro y bello beso que jamás volví a sentir hasta ahora... Michael ha regresado a mi vida, a mi corazón, está a mi lado y jamás le dejaré escapar de nuevo, afirmo para mis adentros.

El beso termina cuando ya no podemos respirar, me recuesto en su pecho y él besa mi coronilla cientos de veces, pidiendo perdón por el daño,

por el pasado, hasta que levanto el rostro y le digo, con el amor que le tenía guardado para esta ocasión:

—No tienes porqué pedir perdón por algo en lo que ni tú ni yo tenemos que ver. Creo que hemos sido predestinados para estar juntos y eso, ni el odio más grande, ni el rencor más profundo, podrán evitarlo. Quiero confesarte que apenas me acabo de enterar de la verdad. Lamento que las cosas hayan sido así, entiendo que mi abuelo quiso protegerme del dolor que me supondría enterarme; lamento que nuestras familias se lastimaran mutuamente con sus competencias personales y hayan afectado a tantas vidas a su alrededor, pero lo que jamás lamentaré es amarte y estoy dispuesta a luchar por estar a tu lado y que ya nada ni nadie nos separe jamás.

Sin decir nada más, nos ponemos de pie y entramos a la casa directamente a mi habitación; no hay miedo a nada, simplemente el amor nos consume y deseamos ser el uno para el otro, entregarnos mutuamente lo que no pudimos durante tanto tiempo. Darnos el sí de una manera sublime; jamás he sido besada como mujer, jamás he sido tocada porque mi cuerpo y mi alma solo le han pertenecido al hombre que hoy me hace sentir plena, que acaricia cada parte de mi piel con devoción y cariño, que me retira cada prenda con amor y respeto. De igual forma, le ayudo a quitarse la chaqueta entre beso y beso, desabrocho su camisa y esta cae al suelo sin interesarnos dónde queda cada pieza de nuestro vestuario; ahora lo importante es saber que somos uno solo en la tranquilidad de mi habitación. Cuando quedo completamente desnuda, me quito las botas y él termina de desvestirse. ¡Dios! Qué hombre tan maravilloso tengo frente a mis ojos. Su mirada se intensifica al ver mi desnudez; se acerca lentamente, tomándome de la cintura, y me abraza acercando su rostro para besar mi cuello, lo que me vuelve loca de deseo. No pensé que un simple roce provocara que mi cuerpo se encendiera de tal forma que le anhele completamente, gimo del placer que sus suaves y cálidos labios me proporcionan. Michael interrumpe sus caricias y acerca su boca suave a mi oído:

—¿Estás segura de que quieres esto? Porque yo sí, lo he deseado desde hace mucho tiempo; pero si tú quieres que me detenga, lo haré. No quiero que nos dejemos llevar por las emociones, deseo que, cuando suceda, sea porque realmente estemos seguros.

—¿Crees que puedo dudar? ¿Crees que si lo hacemos es solo por tener sexo? Te he esperado toda la vida. Estoy segura —afirmo mirándolo

fijamente a los ojos, con la voz entrecortada.

—No quiero que te vayas a arrepentir después, no quiero perderte una vez más, ahora que me he armado de valor para acercarme y confesarte todo —su voz se escucha temerosa y sus ojos buscan mi respuesta.

—Jamás. Escucha bien, Michael Keeps: jamás me perderás. Soy tuya desde el momento en que te vi y nunca te volverás a escapar.

Me ha hecho sentir mujer, ha sido todo un caballero, cuidó cada momento para hacerme sentir plena, para no lastimarme más de lo que sabía que sucedería. He aprendido cómo hacer el amor y es maravilloso.

No dejo de observarlo mientras duerme tranquilamente al otro lado de la cama. Me han dicho que no me acerque a ningún Keeps, pero no he obedecido. No puedo dejar de quererlo por el pasado. Amo a este hombre con todo mi ser y estoy completamente segura que él a mí también.

Acaricio su cabellera azabache y eso lo despierta. Sus bellos ojos azules me miran felices, me regala la más preciosa de las sonrisas y empieza a entonar *It's You*, de Griffin Peterson, con su hermosa y masculina voz, mientras acaricia mi rostro.

—«Bebé, todo lo que has hecho debajo de este sol aquí, ni siquiera importa más. Oh, de esto estoy seguro. Porque sé que me has dado lugares donde quiero estar... Y tú me has mostrado todo lo que nunca pude ver...».

Algo que me queda claro en este momento es que la vida, cuando te quita, te retribuye. Jamás sustituiré el amor del abuelo, pero soy dichosa al tener el amor del hombre al que siempre he amado y amaré... Nunca pude decirle a Peter Phillips que me casaría con el chico más guapo de toda Tennessee, pero ahora lo sabe desde los cielos. Me casaré con él, abuelo, y seré feliz. La cadena de rencores se rompe con nosotros; somos una nueva generación y, pase lo que pase, el amor será suficiente para mantenernos inquebrantables.

Beso a Michael cuando termina de cantar; me acerca hasta su cuerpo, que pide más de mí, no me niego...

Capítulo 6

Rancho Phillips

Llevamos unas cuantas semanas viéndonos. Hoy hemos decidido salir a pasear a caballo. Mientras cabalgo a su lado, me actualizo sobre todo lo que ha hecho en estos años. Quiero saber más de su vida, a qué se ha dedicado, aparte de la música; sus sueños, sus planes...

—Cuéntame más de lo que has hecho en todos estos años —solicito ansiosa.

—¿Qué quieres saber, Marianne? —responde sonriendo.

—¿Estudiaste? ¿Cómo fue tu vida en Carolina del Norte? ¿Qué piensas hacer ahora que estás conmigo? ¿Cómo lo tomará tu familia? —Suelto varias preguntas sin esperar a que responda la primera.

—Todo lo que quieras saber, te contestaré. Nada más estará oculto. Lo prometo.

—Eso me agrada. ¡Suéltalo ya! —exijo, contenta ante su promesa.

—Cuando estuve con mi padre terminé el *High School* y, posteriormente, me matriculé en el colegio de Negocios y Economía en la escuela Bryan, perteneciente a la University of North Carolina Greensboro. Mientras estudiaba, conocí a un grupo de jóvenes a quienes les gustaba el *country* y me uní a ellos; ya mi padre me había enseñado a tocar la guitarra, como ya te había mencionado, me atrajo al escucharte cantar. Recuerdo aquella vez que estabas sentada en la paja con tu texana tejida y guitarra en mano, tu preciosa voz me cautivó al cantar *A Fighter*...

—¡Calla y continua! ¡Me acosabas y no me hablabas! No le des vueltas con lo de mi «cautivadora voz».

Michael suelta la carcajada al escucharme reprochar que está evadiendo las respuestas; se acomoda la texana, lo que le hace ver más varonil, y continúa el tema con la seriedad que merece el asunto.

—Bien, como te iba diciendo, me gradué al mismo tiempo que tú. Con mi padre viví tranquilo, no me puedo quejar, disfruté mi estancia en su casa. Por supuesto, él está casado y tengo una media hermana a la que quiero mucho: Melissa, tiene dieciséis años. Cada vez que podía visitar a mi madre en Virginia lo hice y, en estos viajes, aprovechaba para acercarme a ti sin que

me vieras. Las vacaciones decembrinas las pasábamos en Los Ángeles; no sé por qué le gustaba hacer eso, yo deseaba venir con el abuelo que, generalmente, las pasaba solo después de que mi abuela muriera. Ansiaba conocer cómo festejabas con tu abuelo. Los veranos, como te comenté, veníamos a visitar a mi abuelo. Eran los días más bellos de mi vida ya que podía venir a verte, cuando podía escaparme por las mañanas y, en ocasiones, por las noches. Había días que tenía suerte de estar solo y me escabullía. Obviamente, cuando crecí ya no fue necesario —su rostro se torna de alegre a consternado cuando cambia de tema—. Con Linda las cosas no han sido fáciles, vive en el resentimiento, culpa a todos por sus problemas, jamás se ha querido hacer responsable de sus actos; desafortunadamente, es producto de la educación de mi abuela... Con el tiempo entendí que al abuelo lo cegó su amor de padre y, al ayudarla a salir de prisión no le dejó asumir su responsabilidad. Veo pesar en el rostro del hombre más duro que he conocido en todo mi existir, cosa extraña, ya que conmigo es muy cariñoso. Y la respuesta a lo más importante que me has preguntado: eso depende de ti, Marianne —hace alto total a nuestro paseo para mirarme directamente a los ojos—. Yo te amo y deseo pasar mi vida a tu lado. No tengo nada a que volver a Carolina del Norte. Tal vez visitaré a mi padre y a mi media hermana, pero mi vida está aquí, este es mi hogar, siempre lo fue desde el día en que te vi. En realidad, estudié Negocios para llevar la administración del rancho Keeps, el abuelo no ha dejado de decirme que es mi legado... Así que en Bristol lo tengo todo: el amor, un hogar, unas tierras que cuidar y un futuro prometedor... Esa es la respuesta... Quiero estar a tu lado por siempre... «Hay un nuevo viento que sopla como nunca antes había visto, estoy respirando más profundo, como nunca antes lo había hecho y seguro que se siente bien, por fin se siente como yo. Quiero amar a alguien, amar a alguien como tú...».

Canta a capela *Somebody Like You*, de Keith Urban, uno de los cantantes *country* que más me gusta. El corazón me late emocionado al

escucharle decir que desea un futuro prometedor a mi lado. Es lo que más anhelo en el mundo. Es la más dulce y tierna declaración de amor que he recibido en mi vida... Mi boca tiembla de emoción, me esfuerzo por responderle, pero las lágrimas salen de la felicidad que me embarga; salta de su caballo y se acerca para ayudarme a desmontar. Una vez que mis pies pisan tierra firme me envuelve en sus brazos y me regala un dulce beso en los labios. Me carga como a una niña pequeña y gira sobre su propio eje, no puedo evitar reír ante sus juegos. Ambos nos carcajamos al darnos cuenta de que mi texana sale volando. Me deposita nuevamente en el suelo y me besa una vez más. Sí, acepto vivir contigo el resto de mi vida, Michael Keeps, pienso, porque sueño con una propuesta de amor formal. Tal vez los vecinos y mis amigos piensan que he hecho mal al abrirle las puertas de mi corazón inmediatamente; no lo veo de esa forma, siempre estuvieron abiertas esperándolo y, ahora que ha entrado, no le dejaré salir.

—Hablaré con mi abuelo, debe saber que he tomado la decisión de estar a tu lado —expresa con determinación.

—¿Estás seguro de ello? —El pánico se ha apoderado de mí. ¿Y si nos hace daño por amarnos? ¿Y si la gente y el abuelo tenían razón al prevenirme y yo me he dejado llevar por mis sentimientos? Toda la seguridad que tenía hace un momento se vuelve añicos al escucharlo. Debo responder, no quiero perderle una vez más...—. Creo que deberíamos esperar un tiempo, Michael. Tengo miedo de que se vaya a molestar y nos vuelva a separar. Obviamente, se lo dirá a tu madre y no sé cómo reaccionará.

—Descuida, mi amor, ahora estoy yo para protegerte. Cuanto más pronto se enteren, mejor. Ya no soy el niño al que pueden manipular, ni enviar a Carolina del Norte para que no te vuelva a ver. Tengo edad suficiente para tomar mis propias decisiones. Si ellos creen que, chantajeándome, me alejarán de ti, están muy equivocados. Así me deshereden; tengo una profesión y haré lo máximo posible por asumir mi responsabilidad para contigo.

Una luz de paz se enciende en mi interior. Le regalo una sonrisa y le tomo de la mano para llevarlo a donde se encuentra apilada la paja; nos sentamos en el montón que está esparcida y recargamos nuestra espalda en las pacas de forraje. Apoyo mi cabeza en su hombro y él toma mi mano para besar su dorso. Cómo me hubiera gustado que el abuelo le escuchara hablar,

sabría que estoy al lado de un gran chico y no dudaría en darnos su bendición.

Michael rompe mis pensamientos cuando me suelta y toma la guitarra que siempre tengo al lado del forraje; la afina y empieza a cantar *Let's Make Love*. Me pide que lo acompañe ya que es un dueto que interpretan Faith Hill y Tim McGraw. Es un momento tan nuestro, declarándonos lo que sentimos el uno por el otro... Terminamos la melodía y me acerca el instrumento musical para que yo continúe; sin dudar, *Lullaby*, de las Dixie Chicks sale de mi boca. Él me observa extasiado, lleno de amor, cada vez que le pregunto «¿Cuánto tiempo quieres ser amado?». Y sonrío cuando inquiero «¿Es bastante con amarte para siempre? Porque nunca, nunca voy a renunciar a ti...». Terminó de cantar, toma la guitarra y la hace a un lado, se acerca a mí para besarme, con amor, con devoción y pasión... No podemos evitarlo, el amor es más fuerte que nosotros mismos, así que nos entregamos en ese mismo sitio, siendo testigos de ello el cielo, con su inmenso sol abrasando nuestros cuerpos; los campos, llenando nuestros sentidos con su aroma a hierba fresca; los alegres iris, con su hermoso color violeta celebrando nuestra unión...

—Te amo, Marianne. Eres mi vida, mi cielo, mi tierra, mi porvenir... Eres todo lo que mi loco corazón soñaba. —Besa mis labios, suave y delicadamente; me entrego a su sabor, al amor que me otorga en cada uno de sus toques, en cada uno de sus tiernos movimientos, su mirada azul grita que es mío. Y eso provoca que mi vientre *sienta hormigas*, que inician esa pequeña sensación de placer que recorre mi columna, me pone la piel de gallina y llega a mi abdomen... Él explota y yo también... Las lágrimas corren por mis mejillas y, cuando se recupera, me observa preocupado—: ¿Te he hecho daño, mi amor?

—No, en absoluto, eres maravilloso —respondo después de haber recuperado el aliento.

Se acuesta de lado envolviendo mi cuerpo con sus brazos, acomodo mi rostro sobre su pecho y me llena de besos la cabeza.

—Entonces, ¿qué es lo que te sucede? Dime y lo solucionaré.

Elevo mi rostro para mirarle a los ojos y decirle parte de la verdad que está cruzando en este instante por mi cabeza.

—Lo que sucede es que soy inmensamente feliz. Llevo años amándote y ahora que te tengo, soy la mujer más dichosa del mundo —sonrió al ver que su preocupación se esfuma de su hermoso rostro. Acerca sus labios a mi frente para besarla una y otra vez. Presiento que he quedado embarazada; ni él ni yo hemos sido precavidos, nos hemos dejado llevar por los sentimientos. Mi cuerpo me lo ha hecho sentir ya que esta mañana tuve náuseas al despertar. Si es así, llevo dentro mi vientre el fruto de nuestro amor y eso me hace sentir ilusionada, ya que seré la madre del hijo del hombre al que amo.

—Yo soy más feliz —interrumpe mis pensamientos, acaricia mi cabello mientras dice con ternura—. Eres la luz que iluminó cada día de oscuridad. Cuando me sentía solo, simplemente te traía a mi memoria y la desolación se esfumaba. En cada canción estabas tú, cada nota que tocaba con la guitarra me hacía sentir que podía acariciar tu rostro; bendigo el día en que te conocí, Marianne, bendigo a Thunderbold por ser un caballo terco, sin él, no te hubiera visto jamás. Todas las noches soñaba contigo; mi corazón latía fuertemente al verte a lo lejos, eras mi obsesión, mis amigos decían que estaba loco. Mi padre me dijo, antes de volver definitivamente a Bristol: «ve por ella, chico». Es vaquero, alguien a quien nada se le pone por delante, es de los que mascan tabaco y beben cerveza cada fin de semana, baila *country* con su esposa y pasea a caballo con mi hermana, toca la guitarra y canta en el porche; un buen hombre en realidad. He aprendido mucho de él. Valoro el que me haya recibido en su casa; él y su familia me han hecho sentir aceptado y querido. Los ánimos que me infundía a pesar de mis temores, fueron los que me hicieron agarrar valor el día que te vi en el club: estaba tomando una cerveza y, a lo lejos, miré a la chica más hermosa de toda Tennessee. No. De todo el país. Te observé cantar y bailar, hasta que ya no pude más, mi corazón latía como un loco, respiré profundo y fui hacia ti...

Me acerco a su boca para besarlo, muerdo suavemente su labio inferior... Es maravilloso saber que siempre he sido amada de la misma manera en la que yo lo he hecho. Me separo para verle y digo, con una sonrisa que no puedo con ella—: Vamos a casa, que no tardan en llegar los jornaleros... No quiero que nos encuentren así.

—¡Que se enteren de que nos amamos locamente! —grita y me toma de la cintura para acercarme nuevamente a su cuerpo...

¡Gracias, Dios, por concederme mi petición! Él es mío y yo suya.

Capítulo 7

Granja Milk and Honey – Rancho Phillips

Por la tarde nos hemos tenido que despedir sin desearlo, los deberes nos llaman. Él ha ido a visitar a su abuelo, y yo estoy en una consulta veterinaria en la granja de la familia Roberts para atender a su pastor alemán, que se encuentra enfermo del estómago; ha comido algún insecto ponzoñoso.

—Le he hecho un lavado gastrointestinal; le entrego la receta para que le compre estos medicamentos en la farmacia veterinaria. Tex es fuerte, así que saldrá adelante. Cualquier urgencia, tiene mi número —le digo al señor Roberts, mientras su esposa me observa recelosa en todo momento. Giro mis ojos hacia ella y le obsequio una sonrisa.

—Me despido, tengo otros deberes.

—Gracias, Marianne —responde el hombre con amabilidad, pero ella me detiene al decirme, con voz chillona:

—Últimamente te hemos visto entrando a tu rancho con un chico en una motocicleta. Espero que ahora que ya no se encuentra tu abuelo te comportes como él te educó. Al párroco no le gustaría saber que una de sus feligresas anduviera en malos pasos. Sabes que tu abuelo...

—Señora Roberts, disculpe que la interrumpa —la paro en seco—, pero creo que mi comportamiento no le debe preocupar. Soy una mujer adulta que sabe dirigirse por la vida, así que le pido que deje de especular e involucrar a mi fallecido abuelo. Buenos días.

No puedo dar crédito a lo que esta mujer me dice; en verdad, esto me ha hecho enojar. Me giro con el botiquín en la mano para salir de la casa, cuando escucho al señor Roberts reprenderla.

—Te dije que no hicieras comentarios, Lily, deja a Marianne en paz; es una buena chica —afirma apenado esto último.

—Debo velar por el buen comportamiento de los feligreses —comenta ella, indignada, haciendo muecas—. En esta ciudad solo hay gente decente y no vamos a empezar a permitir que nadie se pierda.

Giro sobre mis talones al escuchar esas últimas palabras; tengo el rostro enrojecido por la rabia y respondo sin pensar.

—Debería cuidar primeramente a su familia, que buena falta le hace, y dejar de meterse en la vida de los demás. Señor Roberts, lamento decirle que a partir de hoy dejaré de ser el médico de su mascota. Permiso.

Les doy la espalda dejándola a la señora Roberts con cara de indignación y la mano puesta sobre su corazón, sintiéndose ofendida o, más bien, fingiendo estarlo. El señor Roberts la observa con ojos inquisidores. Salgo sin mirar atrás.

Cuando subo a mi *jeep* tengo que sobarme las manos ya que, del coraje que acabo de pasar, cerré el puño tan fuerte que hasta me lo he dejado rojo. Arranco el auto y salgo de la granja lo más rápido que puedo; deseo regresar a la seguridad de mi hogar. ¡Dios! ¡Nunca he tenido novio y ahora resulta que soy una «pecadora»!

Llego al camino de terracería que conduce a mi casa. Las lágrimas comienzan a salir sin control; pienso que por fin tengo a mi lado al amor de mi vida, pero, por otro lado, me falta el abuelo en estos momentos para que me dé su consuelo... Estaciono el vehículo ya que el cuerpo se me convulsiona por el dolor; recargo la frente en el volante aún sin soltarlo y comienzo a hablarle en voz alta.

—Cómo me haces falta, abuelo... Tendrías la palabra justa para este momento... Simplemente el mirar tus ojos bondadosos me llenaba de paz y ahora te has ido...

Suena mi móvil, así que levanto el rostro para buscarlo dentro de mi pantalón vaquero. Miro la pantalla que me indica que es Aeryn, me seco las mejillas y respiro profundo, para que no se percate de que estoy sensible; contesto e inmediatamente me pregunta, intrigada, antes de saludarme:

—¡Cuéntamelo todo! ¿Cómo te fue con Michael? No he querido preguntarte desde el día en el que salieron del bar, pero creo que es buena hora para que me platiques.

—Todo bien, Aeryn, hemos aclarado muchas cosas. Siempre ha estado detrás de mí, como aquel día en el bar que me salvó de Charlie Fox. Hemos decidido estar juntos. De hecho, le estoy viendo regresar de casa de su abuelo, ha ido a informarle. Te voy a tener que colgar.

—¡Espera!

—¿Qué pasa? —inquiero un tanto apresurada porque Michael ha

estacionado su Harley Davidson al lado de mi vehículo, indagando a señas si me encuentro bien por estar en ese sitio; le muestro el teléfono y asiente con una sonrisa.

—Pregunta George si nos vas a acompañar a los Monsters Trucks. ¡Vendrá Luck! Deberías traer a tu chico —expresa emocionada al mencionar a la estrella local y excompañero de escuela.

—Permíteme platicar con él y te marco en unos minutos. Necesito saber cómo lo tomó su abuelo.

—Espero que les salgan bien las cosas. Te queremos y sabes que cuentas con nosotros —afirma dándome su apoyo como siempre lo ha hecho desde que nos conocemos.

—También les quiero. Hasta pronto —corto la llamada y le muestro el teléfono a Michael, quien continúa esperándome, para que sepa que ya vamos a la casa. Enciendo el auto y avanzo antes que él hasta llegar afuera del porche, donde lo estaciono. Desciendo con mi maletín, acercándome a su motocicleta; él baja casi al mismo tiempo, quitándose el casco y regalándome una de sus hermosas sonrisas, lo que me hace suponer que le ha ido bien, o eso quiero creer.

Se acerca hasta mí tomándome de la cintura, le regalo un abrazo y besa mis labios.

—Te extrañé —menciona y vuelve a besarme.

—Eres exagerado —respondo sin separarme de su dulce boca.

—No lo soy, toda la vida te he extrañado. Ahora que estoy contigo, el separarme, aunque sea un par de horas, provoca que te extrañe más, porque he conocido lo que es estar a tu lado, tu calor, tu amor, tu sabor, y eso, amada Marianne, provoca que ya no desee separarme jamás de ti, ni un instante, nunca más —toma el maletín de mi mano para ayudarme a cargarlo; entrelaza sus dedos con los míos llevándome directamente hasta el porche, deja la maletita en la mesa de centro que se encuentra en medio de los sillones y me lleva directamente a uno de doble plaza, donde nos sentamos.

—¿Cómo te fue? —Mi voz es apenas audible.

—Bien, al menos eso creo. Pensé que el abuelo iba a romper las cosas

que se encontraban enfrente, pero solo dijo: «No puedo evitar lo inevitable», dio media vuelta y se fue a ver el ganado, dejándome solo. Así es, un hombre de pocas palabras —su sonrisa no es la misma, la noto tensa, desvía la mirada hacia el jardín como buscando las palabras en el paisaje.

Algo no está bien, pienso que Michael me está ocultando las cosas tal como fueron, pero no quiero presionarlo para que me lo diga. Sinceramente, no puedo creer que el viejo Keeps haya sido tan benevolente en estos momentos; además, tardó bastante tiempo, el mismo que yo tardé en hacer en la consulta. Tal vez más adelante, cuando se sienta preparado, Michael podrá contarme lo sucedido.

—Me da gusto que las cosas hayan sido así.

—Sabía que él lo iba a entender. Aparenta ser un viejo rudo, pero por dentro es un buen hombre. Ya tendrás oportunidad de conocerle —la piel se me eriza cuando le escucho decir que le conoceré; nunca he tenido buenas experiencias cuando nos hemos cruzado por el camino. Me cambia de tema cerrando de golpe el anterior—: ¿Cómo te fue con la familia Roberts?

—Bien, su perro se intoxicó y tuve que hacerle un lavado gástrico. De ahí en adelante, todo bien... Por cierto, llamó Aeryn, mi amiga, la chica que me entregó mi bolso aquel día en el estacionamiento del club; nos está invitando a ver los Monsters Trucks, viene Luck Thompson, la estrella de Bristol —yo también le oculto lo sucedido en casa de los Roberts; realmente, la situación es incómoda y prefiero omitirla para no opacar este momento.

—¿Quieres ir? —pregunta y me regala una de sus bellas sonrisas—. Si tú quieres, por mí, encantado.

—Está bien, le hablaré para informarle de que estaremos allí —me toma la mejilla; el calor de su mano provoca que cierre los ojos, me siento llena de paz. Percibo sus labios posarse en los míos; no puedo evitarlo, Michael me derrite con sus caricias, mi corazón late sin cesar. No me importa el mundo mientras viva feliz a su lado. Y... hablando de vivir a su lado... Me separo lentamente y le miro a la cara para preguntarle—: ¿Sigues viviendo con tu abuelo?

Su rostro se torna serio, de hecho, frunce el ceño, respira profundo y enseguida lo cambia como si no le hubiera incomodado lo que le acabo de cuestionar.

—No he querido preocuparte pero me mudé a un cuarto de hotel. Algunas veces paso las noches en el club. Mi madre está viviendo en el rancho, así que prefiero mantener la paz y acercarme para apoyarla solamente cuando lo requiera. Hoy pude platicar con ella sobre la rehabilitación, insiste en que ella puede dejar el alcohol cuando lo decida...

Agacha la cabeza con pesar, no puedo imaginar lo que es vivir cerca de un familiar alcohólico; por lo que llegué a escuchar de algunos compañeros del colegio que sí vivían esa situación en sus casas, supe que no era fácil. Había ocasiones en que hasta debían ocultarse en sus habitaciones o en los graneros para evitar escuchar las discusiones de sus padres o evadir un buen golpe. Algunos otros hablaban de la terrible soledad en la que se encontraban y, por lo mismo, o se sumergían en los estudios o se juntaban con malas compañías siendo presas por su vulnerabilidad. Vi a algunos llorar porque sus familias estaban destruyéndose lentamente, o definitivamente el divorcio había tocado a sus puertas. Familias desintegradas por los vicios de todo tipo. Afortunadamente, Michael ha vivido al lado de su padre, pero esto no le quita el dolor de no tener una madre que le diera su amor y protección como todo niño y adolescente requiere. Comprendo que, por esa misma causa, ella ha cometido terribles equivocaciones, la mayor de todas, haber matado a mis padres. El corazón me duele al verle así. Acaricio su espesa cabellera para transmitirle mi amor, estoy convencida de que nunca podré llenar ese hueco, ni él el mío, pero de lo que sí estoy segura es de que jamás volverá a encontrarse solo; pronto formaremos una familia y será diferente.

Siento cómo se acurruca entre mis piernas, haciéndose un ovillo, como si fuera un niño pequeño en busca de protección; así permanecemos por un buen rato. Mientras continúo acariciándolo, observamos los jardines sembrados de iris a los lados del camino, adoro su color violeta. Mi abuelo siempre me decía que era una flor divina, que recibía su nombre en honor a la diosa griega Iris, quien viajaba sobre el arcoiris entregando los mensajes entre la tierra de los seres humanos y los dioses; por ello la flor simboliza un mensaje y la promesa de esperanza a quien la tenga en sus manos. También me contaba, mientras me mostraba sus tres hojas, que cada una significaban la fe, el valor y la sabiduría, y afirmaba que yo era como una de ellas, llena de cada uno de esos valores; me alentaba diciéndome que «así estuviéramos atravesando una tormenta, nuestros iris siempre traerían buenas noticias», y que «debía estar expectante a lo que tenían que comunicarme». Hoy, que

estoy con Michael, confirmo cada una de sus palabras; su llegada en este momento es una respuesta a mis sueños, a la esperanza que mantuve por tanto tiempo para estar a su lado. No necesito de esos años, porque no los llamo perdidos: no puedes perder el tiempo cuando amas de verdad y eres correspondido de igual forma. Aunque no estuvimos unidos físicamente, nuestros corazones y almas sí. Es como si nos conociéramos de toda la vida, como si estos años separados tan solo fueran unos breves instantes. No hay mucho que saber uno del otro, siempre hemos estado conectados; tal vez parezca una locura, pero cuando le extrañaba, sentía su mirada posarse en mi hombro. En los momentos más difíciles pero también en los más satisfactorios, él estaba presente. Nada me perdí y todo he recibido.

—¿Seguro qué quieres ir con mis amigos? —Rompo el silencio tras mis reflexiones. No hubiera querido hacerlo, pero conociendo a la impaciente de Aeryn, marcará otra vez y no tardará. Y tal cual lo afirmo, el teléfono comienza a sonar con el timbre de *Dear No One*, de Tori Kelly. Michael se incorpora para que pueda sacarlo de la bolsa de mi pantalón, miro la pantalla y, efectivamente, es ella. Elevo una de mis cejas para que responda a mi pregunta y, con la cabeza, asiente. Deslizo la pantalla para responder—: ¡Hola, Aeryn! Iremos... Allá nos vemos... Bien, le diré. Aunque no creo que sea necesario... Hasta entonces.

Ahora es él quien me eleva la ceja para indagar qué fue lo que mi amiga me ha pedido que le comente. Sonrío y le digo, sin darle importancia al asunto:

—Que tendrás que convidar a las cervezas. Es tradición cuando invitamos a alguien. Dije que no es necesario porque no es obligatorio —elevo el hombro como restándole importancia.

—Con mucho gusto invitaré, pero antes, vamos a comer barbacoa o hamburguesas, lo que prefieras; ya después llegaremos al espectáculo.

—De acuerdo —nos ponemos de pie y entramos a la casa para dejar el maletín en el consultorio que tengo adaptado en la planta baja. Subo a mi habitación para darme una ducha rápida. Cuando bajo por las escaleras, Michael está hablando por teléfono; no se percata de mi presencia ya que está parado bajo el dintel de la puerta, mirando hacia el campo. Lo que escucho me entristece, sabía que las cosas con su abuelo no habían salido bien. Intuyo que está hablando con alguien de su familia en Carolina del Norte, porque le

habla cariñosamente y le explica cómo se encuentra nuestra situación en este momento. Me llena de alegría cuando dice, seguro de sí mismo:

—Sí, estoy seguro... Seguiré tu consejo... Es la mujer que amo y nunca más me separaré de su lado... Gracias por todo... Descuida, si no les gusta, es su problema... —Esto ha aclarado mis dudas, entonces sí tuvo problemas y lo ocultó; le escucho triste al decirlo, pero él continúa con su conversación—: Eso dijo... Es más importante Marianne que un rancho, soy un hombre capaz de mantener a su mujer; gracias a ustedes he conseguido un título, tengo manos, tengo salud y un futuro prometedor a su lado... Dile que también la quiero y que pronto les iremos a visitar... La amarán tanto como yo... Debo colgar... Les amo.

Sus últimas palabras están cargadas de aprecio a su familia en Carolina del Norte, pero a mí me tiemblan las piernas al escucharle decir que me amarán tanto como él; sus palabras son caricias a mi alma... como un pétalo de iris, suave y delicado, olor fragante que llena hasta lo más profundo de mi ser. Michael ha perdido todo por mi causa, pero como me dijo hace unas horas, es un adulto que toma sus propias decisiones, ya no hay temor en él, ahora lo más importante en su vida soy yo. Me acerco lentamente para abrazarle por detrás, apoyo mi mejilla en su omóplato, noto como suspira al sentirme; toma mis manos y las lleva hacia su pecho, su corazón late como un redoble de tambores, sabe que escuché todo. Baja su cara para besar el dorso de mi mano y siento como una lágrima cae sobre ella; lo único que se me ocurre es traer, en este instante, las palabras que el abuelo me regalaba cuando llegaba a sentirme triste porque extrañaba a mis padres:

—«Llorar es una bendición. Es lluvia que cae en los jardines del alma. De las nubes del llanto surge el arcoíris».

Se gira y rodea con sus brazos mi cintura; su rostro se oculta en mi hombro, pero aun así, dice entre lágrimas:

—Gracias por todo: por estar, por amarme y perdonarme por haberte abandonado cuando tú jamás lo hiciste. Debí haberte buscado antes, fui un cobarde y lo reconozco.

Tengo sentimientos encontrados; él llora sin parar y eso me alegra. Sí, me alegra, porque está sacando todo aquello que lastima su corazón. Pero a la

vez me entristece, sí, porque es un hombre que merecía un destino mejor... Analizo mis controvertidos sentimientos y me digo que quizá soy egoísta al sentir tristeza, dicen que todas las cosas nos sirven para bien... Michael ha tenido lo mejor que la vida le ha obsequiado al lado de su padre; lo demás lo ha hecho crecer y fortalecerse, ser un hombre legal y justo, buen hijo a pesar de todo. Doy gracias al cielo por esta nueva oportunidad de vida para ambos... —No estás solo. Nunca más lo estarás, lo prometo.

Capítulo 8

Bristol Motor Speedway – The Country Club Bar, Grill and More

—Allá se encuentran —indico mientras vamos tomados de la mano hasta la entrada del autódromo; algunos conocidos me saludan extrañados de verme llegar a su lado. Comprendo que muchos no sepan ni tan siquiera de quién se trata; los que sí, inmediatamente niegan con la cabeza o se hacen a un lado como si apestáramos. Raro es el que se acerca a saludar o lo hacen de lejos. ¡Qué más da! Hemos dado el paso más importante en este momento sin haberlo planeado: Mostrarnos ante todo el mundo como una pareja que se ama y derribará montes si es necesario para que nos permitan vivir en paz. El abuelo me dijo que me cuidara; lo haré. Cuidaré lo que amo, mi vida y la de mi querido Michael... y estoy segura de los sentimientos que le tengo al fruto de nuestro amor... Siento mariposas en el estómago, pensar que en unos cuantos días lo confirmaré con una prueba me ilusiona; la posibilidad de un bebé me llena de emoción. Tomo su mano con más fuerza. Me gusta estar así, caminando con el rostro en alto, disfrutando de nuestro tiempo, porque ahora es nuestro tiempo, de nadie más. Andamos seguros de nosotros mismos, llegamos hasta donde se encuentran Aeryn y George, quienes nos reciben con una gran sonrisa. Eso llena mi alma de tranquilidad, saber que estoy con personas que me aman y me aceptan, me llena de paz. Michael y yo nos soltamos de la mano para poder saludarles; Aeryn corre a mi encuentro, abrazándome efusivamente, está feliz por mí, siempre me daba palabras de aliento, fue positiva en cada declaración que soltaba sobre mi futuro al lado de Michael. Le agradezco infinitamente su cariño.

—¡Qué bueno que llegaron! ¡Por un momento pensé que no iban a venir! —afirma emocionada, paseando su vista de uno a otro. Se acerca a mi oído y murmura: —Ahora entiendo por qué le has esperado todos estos años. —Me limito a sonreírle y, antes de que yo los presente, ella lo hace—: George, es el Michael de nuestra Marianne, del que te platiqué, ¿recuerdas? —George se acerca a Michael y ambos se regalan un fuerte abrazo, golpeándose la espalda como hacen los vaqueros de Tennessee.

—George Jackson. Mucho gusto. Bienvenido a Bristol.

—Michael Keeps, un placer.

—Ya era hora de que estuvieran juntos. Me complace, ya que sé que nuestra querida Marianne estará más que feliz con tu llegada.

—Vamos, que va a empezar el espectáculo —tercia Aeryn para apurarnos a entrar en el autódromo. Ella únicamente le extiende la mano a Michael para saludarlo y enseguida se toma del brazo de George para entrar por la puerta de acceso. El encargado recibe los boletos que George le entrega y nos dirigimos a nuestros asientos. Todo está preparado. Ha venido mucha gente porque es la gran final de la temporada. Estará el corredor favorito de Aeryn, un excompañero del *High School* que prefirió elegir el camino de los Monsters Trucks a estudiar. Le ha ido bien, en realidad, y se encuentra pleno con lo que hace. Eso es lo importante. Cada vez que se presenta en la ciudad, venimos a verlo sin falta ya que ellos fueron grandes amigos en esa época estudiantil.

—Tenemos lugares VIP. Afortunadamente, mi hermana no quiso venir, canceló a última hora porque la invitaron a una fiesta de su fraternidad —nos dice George mientras tomamos nuestros asientos.

—Gracias, George, te lo debo —respondo para que sepa que no he traído de gratis a Michael; nunca me ha gustado abusar de mis amigos.

—¡Olvídalo! Es un obsequio que le dieron a mi padre. Sabes que, por su puesto en la empresa de televisión local, le regalan este tipo de privilegios. Si a mí no me costó, no tengo porqué venderlo. Eres mi amiga y ahora Michael está a tu lado.

—Gracias —dice Michael. Le veo tranquilo, acoplado al momento; gira hacia mí y toma mis manos, que se encuentran sobre mi regazo, y me besa en la mejilla. Me limito a sentir su suavidad mientras cierro los ojos.

El espectáculo comienza, los Monsters Trucks se encuentran formados en una sola fila y sus conductores están de pie sobre una de sus enormes llantas; presentan a cada uno y ellos levantan su mano para saludar al público, que se encuentra eufórico. Cuando las presentaciones terminan comienza la carrera. Unos cuantos *rounds* y quedan únicamente los finalistas, quienes se encuentran preparados para escalar los autos y autobuses apilados en medio del autódromo. Primero pasa el contrincante de Luck, quien, desafortunadamente, en la tercera vuelta pierde un neumático; aun así, fuerza su troca para hacer una vuelta más. Lamentablemente, la llanta sale volando y golpea contra el muro que separa a los espectadores de la pista. Gracias al

cielo no hay nada que lamentar. Los servicios de emergencia apoyan al conductor para que salga del vehículo y, cuando desciende, eleva las manos. Todos le aplaudimos por su osadía. Sigue el turno de Luck Thompson. Aeryn se pone de pie junto al público para ovacionarlo, es el competidor de casa y todos le apoyan con gritos y aplausos. Miro de reojo a Michael, quien está extasiado por la algarabía, como si fuera un niño jugando a los coches de choque. Sonríe y me pongo de pie para hacer lo mismo que Aeryn, es tiempo de apoyar al de casa. Cuando da inicio la carrera no me queda más voz, así que aplaudo frenéticamente. Ahora es él quien me mira como si fuera la gran animadora de un partido de fútbol americano. Sonríe y se levanta para secundarme chiflando y gritando de emoción. Luck hace una presentación intachable; esta vez el premio será para Bristol, estamos seguros de ello, una vuelta más y lo consigue. ¡Bristol es campeón por cuarta vez consecutiva! Brincamos de alegría y George derrama la cerveza sobre sus pantalones, ya que se levantó de un brinco por la emoción. Empiezan los juegos pirotécnicos y todos celebramos felices por la victoria de Luck, quien recibe su copa. Qué experiencia es venir a estos eventos... La próxima será la NASCAR; no nos la perderemos por nada en el mundo.

Unos minutos después nos encontramos en The Country Club Bar, Grill and More, nuestro lugar preferido. Esta vez no le ha tocado a Michael presentarse en el escenario; viene otro grupo *country* que tiene de vocalista a un hombre que raya los cuarenta y cinco años. Es muy bueno también, esto permitirá que podamos disfrutar de nuestra velada.

Hemos pedido una butaca para poder sentarnos y picar alitas de pollo mientras tomamos cerveza. Sebastian entra al local con Lucy Don y Mei Yamanaka, quienes nos saludan emocionadas. Ellos no gustan del espectáculo de autos monstruo, por lo que quedamos de vernos aquí después de terminado el evento. Hago la presentación oficial. Sebastian, como buen amigo protector, mira con ojos de pistola a Michael, pero a él le tiene sin cuidado. Está tan feliz que nada en este mundo puede estropear este maravilloso momento.

—¿Qué tal, Marianne? —inquire sin dejar de mirar fijamente a Michael.

—Muy bien. Te presento a Michael Keeps, mi novio. —Es la primera vez que lo presento de esa manera, hemos dado por sentado que eso somos, así que lo hago sin temor.

Michael se pone de pie para saludarlo extendiendo la mano y Sebastian le estrecha la suya con firmeza. Me doy cuenta de que tengo amigos maravillosos, porque sin dudar le dice:

—Marianne no está sola. Este pequeño grupo que ves a su lado la quiere y cuida desde hace mucho tiempo, es nuestra hermana. Estoy seguro de que si ella te eligió, es porque sabe que eres el indicado, no por nada ha esperado este momento. Felicidades, chico —lo acerca hacia él para darle un abrazo escandaloso, de esos a los que les llamamos entre nosotros «un abrazo Tennessee».

—Ten la seguridad de que cuidaré y respetaré a Marianne; ella es mi vida y nada ni nadie la lastimará mientras me encuentre a su lado. Soy un hombre de palabra y la haré valer.

—Me gusta tu respuesta, Michael Keeps —le abraza nuevamente golpeando sus omóplatos y, cuando se separa de él, va a sentarse a su sitio al lado de nuestras amigas.

—¿A qué te dedicas, Michael? —inquire curiosa Mei.

—Aparte de cantar música *country*, soy licenciado en Negocios y Economía —indica Michael orgulloso de su profesión; mira su mano discretamente y me percató de que lleva su anillo dorado de graduación.

—Interesante —agrega Lucy, provocando que deje de observar la preciosa joya. Su mirada va de mí a él en repetidas ocasiones, como si sus ojos estuvieran danzando de un lado a otro; ella es un escáner viviente, reconoce rostros así los haya visto hace veinte años, literal—. Eres el vocalista de la banda *country* que tocó el día de nuestra graduación en este mismo lugar. Nunca olvido un rostro y menos el tuyo. Recuerdo perfectamente como observabas casi todo el tiempo a Marianne; hasta te vi salir detrás de ella cuando ocurrió el altercado con Charlie. Siempre quise conocer en persona al héroe que defendió a nuestra hermana.

Ahora soy yo quien los mira a uno y a otro; esto nunca me lo había comentado Lucy, ella se percató de algo que ni tan siquiera yo hice, a pesar de que de vez en cuando le echaba una mirada a Michael. Él responde, para romper el silencio que se ha formado a nuestro alrededor.

—No podía dejar de verla. Y mucho menos podía permitir que un acosador la molestara. Me pude haber quedado estático observando cómo la

abordaba. ¿Quién era yo en ese entonces para meterme en su vida? Pero, tan solo imaginar que la podía lastimar, hizo que la sangre me hirviera, así que salí sin pensarlo y sucedió lo que ya saben; jamás me hubiera perdonado que ella saliera herida por mi indiferencia. Marianne me cautivó desde el primer momento en que vi sus maravillosos ojos.

—¡Qué romántico! —dice emocionada Aeryn—. ¡Me da gusto que estén juntos! No sabes cuántos años te ha esperado esta mujer. Ahora deberán recuperar el tiempo perdido.

—No hemos perdido tiempo, Aeryn; creo que las cosas se dan en el momento justo, ni antes, ni después —agrego a la conversación.

—Pues me hubiese gustado poder acercarme antes, pero todo estaba en contra —responde Michael.

—¿Qué es eso de que estaba en contra? —inquire Sebastian, curioso.

—Cosas que solo nos conciernen a nosotros, Sebastian, dejemos el tema así, no seas curioso. Vamos a bailar —digo para no obligar a Michael a dar detalles sobre los problemas que les atañen solo a nuestras familias. Ya de por sí es bochornoso para nosotros.

—¡Vamos! —responde George a mi invitación; él ha comprendido que este tema me incomoda. Giro hacia él y, con un movimiento de labios, le doy las gracias. Él solo me guiña un ojo.

Michael se pone de pie y me toma de la mano para conducirme a la pista; con gusto voy, ya que la banda del día está tocando *covers* de Luke Bryan y acaba de iniciar *Country Girl*.

Los demás chicos nos alcanzan. Sebastian, nuestro hermano y amigo querido, siempre ha bailado con Lucy y Mei; él es de esos chicos que, como yo, ha esperado el momento adecuado para tener novia y aunque Lucy muera por él, tristemente, su amor no es correspondido y se ha tenido que resignar con su amistad. Creo que eso nos unió desde que nos conocimos: ambos soñadores de encontrar, en su caso y reencontrar, en el mío, a nuestro verdadero amor.

—Son amigos de verdad, me da gusto que los tengas. Cuando salieron del club el día del problema con el chico aquel, me percaté de que había gente que te protegía; tal vez si yo no hubiera salido a defenderte, ellos sin dudar lo

habrían hecho —comenta Michael mientras bailamos.

—Estoy segura de ello, pero fue maravilloso volver a verte. No fueron las mejores circunstancias, pero me llené de nuevas esperanzas... —Me abraza sin dejar de bailar; el lugar es para nosotros, los demás desaparecen, hasta que...

—¡Ánimo, tórtolos! ¡A bailar *dougie*! —grita Aeryn.

Nos separamos para seguir bailando. El grupo termina la canción e inicia *Move*; las chicas nos pasamos al frente para hacer nuestros mejores pasos mientras los chicos nos hacen rueda y aplauden sin cesar. Mi rubia cabellera va de un lado para otro, ¡hace tanto tiempo que no bailo como hoy! Me siento feliz en medio de las circunstancias por las que he estado pasando. Disfruto este momento como si fuera el último día de mi vida, eso siempre me lo enseñó el abuelo: «Vive hija, vive y sé feliz. Así se esté cayendo el mundo». No me queda más que agradecerle por dejarme ser y hacer.

Terminan de entonar la canción y Michael va en mi búsqueda para tomarme de la cintura y elevarme, dando vueltas por la pista. Me deposita en el piso y toma mis labios para besarlos con devoción; siento su deseo y eso me provoca, este hombre me llena en todos los sentidos. La música cambia de ritmo por notas suaves que invitan a bailar abrazado de tu pareja. Michael me toma de la cintura y comenzamos a bailar al ritmo de *My First Love Song*, él me canta la melodía al oído.

—«...La primera vez que canté, cada vez que la escuchaba, solo pensaba en ti y en todo lo que hacías. Eres la única para mí de ahora en adelante...».

Dejo escapar una lágrima y moja su camisa vaquera; creo que siente la humedad porque se separa un poco y eleva delicadamente con su pulgar e índice mi rostro. Con ojos de preocupación me observa, se acerca a mi oído para no gritar por el ruido de la música y pregunta:

—¿Qué sucede, amor? ¿Es por tu abuelo? Si lo prefieres nos vamos... —Niego con la cabeza y me abrazo a su cuello, elevo la cara y ahora soy yo quien tomo sus deliciosos labios, él sin dudar me regala su sabor y amor en esa pequeña entrega... Todo es maravilloso en ese momento, hasta que un estrepitoso grito interrumpe nuestra entrega y ambos giramos el rostro hacia el sitio de donde proviene.

—¡Toquen música alegre! —Linda Keeps se encuentra en el club, totalmente ebria. Sigue siendo hermosa, con unos cuantos años más, pero conserva su figura y su bello rostro ha sido pulido con el bisturí. Trae una blusa de manga corta a cuadros amarillos con azul y, amarrada a la cintura permitiendo ver el ombligo, una pequeña minifalda vaquera y botas color miel. Noto como Michael se pone tenso y a la defensiva cuando la vemos acercarse hasta donde nos encontramos; ella se ha percatado de nuestra presencia y su rostro demuestra que está enfurecida. Él me toma de la mano con instinto protector, protegiéndome tras su espalda. Cuando está frente a nosotros, tambaleándose y con una cerveza en la mano, lo señala levantando la botella y le grita frente a todos—: ¡Te ordené que jamás te acercaras a ella! —La música cesa, mis amigos están estáticos, observándonos. George y Sebastian se encuentran a la defensiva; cualquier cosa y ellos nos resguardarán tras sus cuerpos, los conozco, sus instintos protectores para con sus amigos son insuperables. Lo que a continuación sigue no me lo esperaba: Linda arroja la botella hacia a mí y Michael me cubre con su cuerpo, esta va a dar a su hombro y cae al suelo, rompiéndose en mil pedazos. Veo como él se toca el hombro y los demás chicos se abalanzan hacia la mujer para detenerla, ya que se lanza como una fiera para alcanzarme. Michael me saca del lugar y me deja dentro de la camioneta en la que vinimos, sus ojos me ruegan que le perdone de algo que él no ha cometido; deposita un beso en mi frente y me deja en el sitio, sola, en medio de la oscuridad, para volver al club. El temor se apodera de mí. ¿Y si ya no vuelvo a verle? ¿Y si huye por protegerme otra vez? No puedo evitar llorar amargamente ante las dudas que me invaden.

Mis amigos se acercan hasta donde me encuentro, suben al vehículo y me llevan hasta la casa. Aeryn me abraza sin decir nada hasta que llegamos; una vez en casa, acaricia mi mano regalándome consuelo y dice con voz amorosa:

—Michael arreglará esto, Marianne. Nos pidió que te trajéramos para que estuvieras segura. Él ha evitado todos estos años este tipo de situaciones por temor a que su familia te dañara. No temas. Dejará a su madre en el rancho de su abuelo y vendrá por ti. Lo prometió.

La miro y vuelvo a llorar. Él ha prometido volver. Me tapo el rostro con el hombro de mi amiga. Ahora entiendo por qué se escondía, entiendo su amor, entiendo su miedo.

Capítulo 9

Rancho Phillips — Hospital Regional

Son las tres de la mañana y Michael no ha vuelto. La angustia me invade, siento la casa fría y el corazón encogido al recordar los hechos en el club. Me apoyo en la cabecera de la cama abrigándome completamente con el edredón y recojo mis piernas hasta el pecho, abrazándome para darme calor. Nunca imaginé que el tener a Michael en mi cama fuera tan reconfortante, no necesito la calidez de las brasas de la chimenea. Su amor cubre todas mis necesidades, es un bálsamo para mi alma.

Veo por el espejo que da frente a mi ventana el resplandor de las luces y escucho el ruido del motor de la motocicleta de Michael. Un vuelco en el estómago se apodera de mí; me levanto de la cama de un solo brinco, me pongo inmediatamente la bata de franela y salgo de la habitación corriendo para abrir la puerta. Y allí está, con su chamarra de cuero negro y el rostro desenchajado. Bajo las escaleras para darle alcance; cuando me mira, se acerca hasta mí y me envuelve entre sus brazos cariñosamente. Un quejido sale de su boca y me suelta inmediatamente; el hombro le ha dolido así que se lo soba y gira el brazo para aliviar la molestia. Le miro preocupada, ya que estoy segura de que el golpe de la botella le ha dejado alguna secuela y debo comprobarlo.

—Vamos a entrar, necesito revisar ese hombro —digo con el ceño fruncido.

—No es nada, mañana estaré mejor. No debiste salir, cogerás un resfriado —me responde, restándole importancia a su herida. Me toma de la mano y caminamos hacia la puerta de acceso.

—Eso no importa, quería saber cómo te encuentras. ¿Cómo está tu madre? —inquiero aún preocupada.

—La dejé en casa del abuelo, pero las cosas se complicaron un poco; comenzaron a discutir, como es su costumbre, y ella intentó escaparse nuevamente. Tuve que llevarla hasta su habitación y la dejamos encerrada. Te pido perdón por lo sucedido —su voz se escucha triste y, al terminar, frunce los labios sintiendo pesar por lo que pasamos con su madre momentos antes.

—No tienes que pedir perdón por algo que tú no has cometido —le

aclaro segura, ya que él es una víctima en toda esta situación; además, me protegió con su cuerpo y ahora se encuentra lastimado—. Ella es una mujer enferma, Michael, en muchos sentidos. Es urgente que reciba asistencia, esta situación la puede meter en graves problemas nuevamente y no sabemos si tu abuelo estará dispuesto a apoyarla otra vez —comento esto último ya que, por mucho que un pariente quiera ayudar a su familiar alcohólico, a veces llega a cansarse.

—No te preocupes, el abuelo y yo acordamos internarla; mañana mismo la llevarán a un centro de rehabilitación particular a las afueras de Virginia —me mira a los ojos mientras me explica. Veo en ellos pesar, pero él está convencido de que es lo mejor para ella y eso me agrada.

Michael siempre ha sido un hombre valiente. Alguien podría decir que ha sido un cobarde por esconderse tantos años; sin embargo, yo le veo distinto, sus acciones han sido más honorables al protegernos a mí y al abuelo estando lejos. Cualquiera, así como hizo mi padre en su momento con la madre de él, se hubiera alejado de los problemas olvidándose de mí y de nuestro amor. Por eso le reconozco aún más y no temo estar a su lado. Él ha demostrado que me cuidará y eso mismo haré yo, porque lo amo.

Una vez dentro del consultorio médico veterinario, tomo su chaqueta para ayudarle a quitársela. Él termina haciendo el trabajo y le pido también que se retire la camisa mientras saco unas vendas de la vitrina de productos médicos, para poder inmovilizarle el brazo hasta descartar mañana cualquier fractura con una radiografía.

Lo que veo hace que abra completamente los ojos del asombro: tiene el hombro izquierdo morado, casi negro, el golpe le ha provocado un gran hematoma. Michael se gira para ver el daño y también reacciona, sorprendido. Me acerco a él, depositando las vendas en la mesa de exploración que se esteriliza todos los días para evitar infecciones, así que no tengo duda de que no infectará las vendas.

—Permíteme revisarte. Toma asiento, por favor.

Asiente, le muestro el banco giratorio y va a sentarse. Me acerco para tomarle el antebrazo, subo lentamente el brazo y él se queja ante el dolor, cerrando los ojos.

—Creo que solo es el golpe y probablemente haya luxación; definitivamente no considero que sea una fractura, ya que no soportarías el dolor en estos momentos, pero mañana debemos tomarte una placa para descartarla. Solo te untaré una pomada para mitigar el dolor y bajar la inflamación de los músculos y te vendaré para inmovilizar la parte dañada. ¿A qué hora llevarán a tu madre a la clínica de rehabilitación? —pregunto mientras abro las vendas y saco la pomada de la vitrina donde guardo los medicamentos; la abro y, con movimientos circulares y suaves, le unto la crema.

—El abuelo me llamará para informarme; antes tendrá que conseguir que la reciban. Es un lugar que me han recomendado, deseo que de allí no trate de escapar —habla con la voz cansada.

—Esperemos que no, tendrá que tocar fondo en algún momento para que decida hacer un cambio radical en su vida. Iremos a primera hora al hospital para sacarte esa placa. Listo. Vamos a la cama, que debes descansar, son casi las cuatro de la mañana; al menos duerme unas cuantas horas —agrego cuando termino de unir las vendas con cinta adhesiva para que no se afloje el vendaje a la hora de descansar.

Michael me toma la mano y me acerca hacia él para sentarme en su regazo, me abraza para que no caiga del banco; besa mi frente y baja con ternura mi cabeza hacia su pecho. Acomoda su barbilla sobre mi coronilla y así nos quedamos un par de minutos. Escucho como su corazón bombea; es algo increíble lo que noto, ya que hay paz en su interior, su respiración es pausada y serena. Levanta su rostro y besa mi cabeza una vez más. Nos separamos para ponernos de pie y dirigirnos a mi habitación.

Cuando llegamos, él se desviste totalmente y comienza a temblar de frío. Saco una playera enorme que me compré de emergencia en una tienda de veinticuatro horas. Se la entrego y me acerco a la chimenea para encenderla; afortunadamente, el abuelo las mandó hacer eléctricas y con memoria para estar encendidas por el tiempo que uno desee.

La habitación comienza a sentirse cálida poco a poco y es reconfortante. Me quito la bata, dejándola en la silla que se encuentra frente al tocador, y me acuesto al lado de Michael, quien está mirando hacia el techo fijamente. No le interrumpo, estoy segura de que desea analizar los hechos del día de hoy; solo me acuesto sobre su pecho y me quedo dormida mientras

me acaricia y entrelaza sus dedos con mi cabellera. No sé a qué hora él concilió el sueño, pero el canto de los gallos y pájaros hacen que me despierte; levanto el rostro y le miro tranquilamente dormido. Acercó mi rostro para besar su abdomen marcado por el ejercicio a través de la playera. El roce provoca que él dé un salto; lo he asustado y me apena.

Abre sus ojos y, cuando se da cuenta de que soy yo, se acerca para besarme los labios. —Perdóname, me asusté —me dice cuando se aleja—. Estoy acostumbrado a estar a la defensiva. Durante el tiempo que viví con mi madre, me despertaba a diferentes horas de la madrugada, no sabía si era porque me iba a pegar o porque necesitaba más alcohol y quería que fuera a la despensa por otra botella —se sonroja ante su confesión. He escuchado que los parientes o personas cercanas a un enfermo alcohólico llegan a volverse codependientes; el llevarles alcohol con tal de que no salgan de casa o se vayan a accidentar por su estado etílico es parte de los síntomas.

—Todo va a cambiar, mi amor, tenlo por seguro —trato de infundirle confianza, es el anhelo de mi corazón para que Michael y su abuelo estén más tranquilos. Tal vez un cambio así pueda hacer que ellos tengan una mejor relación.

—Eso espero —suelta un suspiro al decirme esto, beso su mejilla y me pongo de pie ya que en unos minutos saldremos para el hospital.

—Lamento apurarte, pero tenemos que ir a tomarte la placa.

—Vamos —me sonrío pícaramente y me alcanza en la puerta del baño y así comenzamos a jugar entre besos y cosquillas, a amarnos como los enamorados que somos, olvidándonos de su malestar.

Minutos más tarde nos encontramos en el hospital. Afortunadamente, es solo una luxación que deberá cuidar inmovilizando unos días el brazo y, posteriormente, tendrá que hacer rehabilitación. Estamos en recepción firmando el alta cuando su teléfono móvil suena. Lo saca del bolso de su pantalón y suspira al ver que es su abuelo; me doy cuenta por la dirección que lleva la charla.

—En una hora —asiente con la cabeza seriamente—. Allí estaré...
¿Vienen de la clínica por ella?.. Perfecto. Hasta entonces —cuelga la llamada

y me mira, preocupado, con sus hermosos ojos azules, apretando los labios como acostumbra cuando algo le hace sentir incómodo—. Debo estar en casa del abuelo antes de que se lleven a mi madre. Te acompaño a tu casa y enseguida me marchó.

—Bien —me limito a decirle. Tomo la receta que la recepcionista me ha entregado y salimos rumbo al estacionamiento donde dejé el *jeep*—. Si lo prefieres te llevo directamente al rancho de tu abuelo; en lo que vamos a mi casa y luego vas a la tuya perderás mucho tiempo.

Michael lo piensa un momento y responde frunciendo el ceño.

—De acuerdo, te agradezco lo que haces por mí. Lo único que te pediré es que me dejes en la entrada del camino; no deseo por ningún motivo que te encuentres con el abuelo y te haga pasar un mal momento.

—Descuida, te dejaré donde me pides y enseguida me marchó. Vamos, quita esa cara, todo saldrá bien con tu madre —procuro mantener un tono casual para apaciguar su estado de ánimo, aunque, por dentro, el corazón me retumba de tan solo imaginar que me pueda topar con su familia otra vez. Afortunadamente, hoy Linda se va al centro de rehabilitación donde la apoyarán para su recuperación; eso le dará algo de paz a Michael, pero todavía le queda arreglar las cosas con su abuelo.

—No solo me preocupa mi madre, también me preocupa el abuelo; siempre haciéndose el fuerte y ahora tendrá que soportar que se lleven a su hija y volverá a quedarse solo. Cada vez que suceden este tipo de situaciones se deprime. Lo que le ayuda es el trabajo en el rancho, si no, quién sabe qué le motivaría. Desde que perdió a la abuela, su carácter se ha agriado día a día —suspira profundo y me ayuda a abrir la puerta para que suba al auto.

Vamos de camino en total silencio a excepción del equipo reproductor de música, que este momento está tocando *One day you will*, de Lady Antebellum. Cuando escucho la frase que dice: «Descubrirás la fuerza para elevarte por encima de todo... Lo harás... Descubrirás para qué estás hecho, de qué estás hecho...», una idea me viene a la cabeza así que, sin más, disparo sin pensarlo dos veces...

—En una ocasión me encontraba triste; terminaban las vacaciones de verano y tenía que volver a la universidad. Nuevamente me separaría del abuelo y, aunque ya llevaba un año viviendo lejos del rancho, me dolía

dejarle solo. Cada día le veía más acabado e ignoraba el porqué, ahora lo entiendo... Nunca se quejó de nada, quizá él sabía que algo andaba mal, supongo que se reservaba sus comentarios para evitarme el que sufriera otra vez. Además, mi vida ese primer año de universidad no fue fácil: muchos cambios, mucha gente nueva a la que debía conocer y aceptar. Siempre viví en Bristol, jamás salía a ningún sitio al que no fuera acompañada por él, así que comprenderás que fue una fuerte transición en mi vida.

»Lo más difícil de todo fue el profesor de anatomía. ¡Dios! Era el hombre más horrible que había conocido en mi vida —mi cuerpo se estremece al recordarlo—. Odiaba a Aeryn porque se negó a salir con él y la reprobó en cada parcial que hicimos. Una tarde que tuve clase de canto, ella estaba supuestamente entrenando en el equipo de animadoras; fue cuando conoció a George. Obviamente no estaba hecha para eso y terminó abandonando al equipo y, tiempo después, ellos se hicieron novios. En fin, me estoy desviando: resulta que salí de clase corriendo ya que estaba retrasada para nuestra cita en la cafetería con los demás chicos; cuando llegué al lugar se encontraban solamente Mei, Lucy y Sebastian. Eso me causó extrañeza, ya que ella siempre era la que llegaba primero al lugar. Pregunté si sabían dónde se encontraba y todos negaron; un presentimiento corrió por mi mente, tiré el bolso de los cuadernos al suelo y corrí hasta el vestidor donde sabía que la podía encontrar. Efectivamente, allí estaba, apoyada en la pared detrás del asqueroso señor Wright, quien cubría su boca con una mano y con la otra la manoseaba. Me paré en seco, el cuerpo me temblaba del coraje; con la mirada busqué por todos lados hasta que di con el equipo contra incendios y lo tomé para darle un golpe en la cabeza que lo dejó inconsciente... —Michael abre como platos sus hermosos ojos azules, pero no dice nada, simplemente me deja continuar con mi relato—. Te imaginarás lo que sucedió: fui expulsada del colegio hasta que las cosas se aclararan. Mientras, regresé al rancho y la policía iba y venía haciendo preguntas, me sentía una delincuente a la que iban a encarcelar de un momento a otro. Afortunadamente, Sebastian y las chicas llegaron detrás de mí y fueron testigos de los hechos; los llamaron a declarar días después. Con lo acontecido, otras compañeras se armaron de valor y lo delataron, ya que ellas también fueron acosadas sexualmente, así que, con esta última evidencia, al profesor se le destituyó de su puesto y la policía lo detuvo frente a todo el estudiantado y cuerpo docente. Unos días más tarde, a mí se me permitió volver. Fue un evento desafortunado que me hizo crecer, no sabes cómo;

sentía que me ahogaba ante la adversidad, pensaba que avergonzaba a mi abuelo cada vez que iban a interrogarme, creí que iba a perder mis estudios por un hombre enfermo, pero él siempre me apoyó y creyó en mí. Lloraba todo el tiempo y, un día, el abuelo regresó de la ciudad con este compacto y me dijo, con su bonachona voz: «Sé que te gusta este grupo musical, así que te he comprado su disco; quiero que escuches esta canción». Sacó el compacto de su caja y lo metió en mi reproductor. Desde entonces no dejo de escucharla, me dio ánimos para continuar.

»Te preguntará a qué voy con todo esto. Bien, soy consciente de que las cosas son distintas, Michael, pero de todo esto vas a sacar una gran lección de vida. Tal vez hoy te sientas triste, pero mañana saldrá el sol y verás sus bondades. Sabrás para qué pasan las cosas y tu mundo será mejor del que ya es. Eres un gran hombre, lo has demostrado a través del tiempo y esta será una breve tribulación. Así como mi abuelo me obsequió esta canción un día de lluvia, hoy te la regalo a ti.

—Sigo dando gracias por tu amor, Marianne; eres especial, sabes dar las palabras exactas para sanar un corazón herido —sonríe y seguimos el camino en silencio mientras se reproduce nuevamente la melodía para que él escuche la letra.

Minutos más tarde estamos en la entrada del rancho Keeps. Michael se acerca y con sus manos suaves toma mi rostro, acercándose para darme un beso en los labios. Nos alejamos sin desear hacerlo, pero sabemos que tiene el tiempo limitado.

—Todo saldrá bien, no lo olvides. Te amo —le digo deseando que así sucedan las cosas. Sonríe y vuelve a besarme cálidamente. En ese instante, un fuerte golpe en la ventana de la puerta nos hace separar abruptamente. El señor Keeps se encuentra de pie fuera del vehículo, con el rostro encolerizado. Inmediatamente sé que es por mi presencia en su territorio; sus ojos azules me dicen que me vaya inmediatamente de allí. Comienzo a temblar y con nerviosismo me despido de Michael, quien está mirando a su abuelo. Este le exige con un chasquido de dedos que se apure; se gira hacia mí y, con voz tranquila, aunque con el rostro enrojecido por la molestia que esta situación nos está provocando, afirma:

—Estoy seguro que todo saldrá bien. Descuida, no te asustes. Te veo en

tu casa en una hora, aproximadamente.

Besa mis labios por última vez y baja de la camioneta. Noto una mueca de dolor en su rostro pero contiene el gemido; cierra la puerta y sigue los pasos del señor Keeps, quien me mira de soslayo mientras continúa con su camino hacia su casa. Observo a Michael negar con la cabeza; le sigue en silencio y sin intención de darle alcance. Tal vez prefiera evitar discutir: yo, en su lugar, haría lo mismo.

Cuando los pierdo de vista, enciendo el *jeep* y tomo la carretera que me lleva hasta el rancho. Tengo asuntos pendientes que arreglar. Hoy por la mañana el capataz me informó de que el cercado estaba roto y que era probable que el ganado hubiera traspasado los límites de nuestros ranchos. Lo que menos deseo ahora es tener un problema con el abuelo de Michael. Minutos más tarde llego al rancho y voy directamente a ver el vallado. Definitivamente, alguien lo ha hecho adrede: las huellas de botas en el barro son de un par de hombres y el alambrado está cortado con pinzas especiales. Tal vez sea la forma de vengarse del señor Keeps por salir con su nieto. Qué desagradable manera de hacer las cosas.

—¿Se ha escapado alguna res? —pregunto a Bob White, el capataz del rancho Phillips, quien lleva años trabajando para nosotros.

—Jack ha hecho la contabilidad y, afortunadamente, ninguna se ha pasado al otro lado, señorita.

—Cerquen bien y hoy nos quedaremos de guardia tú y yo. No podemos permitir que esto suceda otra vez. Las cosas se están saliendo de control —siento el rostro encendido por la molestia que esto me ocasiona—. Por favor, haz un turno de guardias, veré la manera de solucionar esto lo antes posible. El abuelo tenía la idea de construir un muro, decía que a la larga sería de gran ayuda, ya que nos evitaría muchos problemas; ahora entiendo a qué se refería.

—Creo que será lo mejor, señorita, aunque su bosque se verá afectado —su voz se vuelve melancólica. No solo a mí me duele tener que prescindir de mi querida arboleda, pero algo debo hacer y pronto.

—Lo sé, Bob. Es lamentable, pero no puedo arriesgarlos a ustedes por los problemas familiares. Son como de mi familia y nadie saldrá herido por

un capricho de un hombre horroroso —agrego pataleando el suelo por la frustración que siento y algo brillante como el oro se deja ver enterrado en el lodo. Me agacho para tomarlo y...—. ¡Dios! —exclamo al verlo: es el anillo de graduación que traía Michael ayer en el club, el mismo anillo que admiré momentos antes de que su madre lo golpeará. ¿Qué hace aquí algo tanpreciado por él? Mi rostro se torna serio; una lágrima corre por mi mejilla, no puedo evitarlo. Escucho que Bob me habla a lo lejos, pero no le entiendo, es como si balbuceara. Levanto la mirada hacia él y veo que se acerca y me toma de los hombros, agitándome para sacarme del estado en el que me ha dejado mi perturbador descubrimiento.

—Señorita Phillips... ¡Marianne! —eleva el tono de su voz, agitándome, y es cuando regreso al ahora—. ¿Se encuentra bien? Pareciera que acaba de ver a un fantasma.

—Debo ir a la casa, hazte cargo de lo que te pedí —respondo como una autómatá. No quiero sacar conclusiones antes de tiempo, estoy convencida que Lauren Keeps es capaz de esto y más. Ahora entiendo su mirada, la misma que me lanzó la vez que conocí a su nieto.

Definitivamente debo hablar con él en cuanto regrese. Esa noche, él llevó a su madre al rancho y seguramente fue cuando perdió el anillo. Eso quiero creer, eso debo creer.

—No me quiero meter en su vida, señorita, pero debería tomarse muy en serio las recomendaciones de su abuelo. Aléjese del joven Keeps o esto no terminará jamás —sugiere apenado el buen hombre.

—Agradezco tu preocupación, Bob, pero Michael no tiene nada que ver y te juro que esto terminará y pronto. Soy Phillips, una mujer valiente —meto el sucio anillo en la bolsa de mi pantalón y me alejo del lugar con paso veloz; cuanto más pronto tome decisiones, mejor para todos. Sobre todo, para la vida que está creciendo en mi interior. Ningún hombre rencoroso y ninguna mujer enferma le harán daño; para eso estoy yo y seguro que Michael dará su vida por nuestro hijo.

Capítulo 10

Rancho Phillips — Rancho Keeps — Hospital Regional

Tres horas después estoy en el despacho que era del abuelo. He decidido firmemente levantar el muro de concreto; ya he hablado con la constructora para que mañana venga a hacer el presupuesto. Si eso quiere el señor Keeps, eso tendrá. Estoy determinada a acabar con esas rencillas para siempre. ¡Qué ganas de fastidiar al prójimo!, digo para mis adentros. En ese instante, escucho el motor de la motocicleta de Michael y hago una mueca de molestia sin proponérmelo; probablemente no me siento satisfecha con mis conjeturas y, por lo mismo, quiero saber su versión de los hechos.

—Aquí estás —dice con el rostro cansado y apenas son las cuatro de la tarde; no es para menos, después de haber enviado a su madre a una clínica de rehabilitación con dos custodios a cada lado—. Pensé que te encontraría en los graneros. Me dirigía hacia allá cuando me encontré con tu capataz y me dijo que estabas aquí —termina de decir mientras se acerca a mi lado y me besa suavemente. Nota mi silencio y frunce el ceño, preocupado por mi actitud—. ¿Sucede algo, mi amor?

Su mirada transparente me mata en este instante. Con ella confirmo que él no lo hizo y si tenía alguna sospecha, con esto se ha esfumado, así que, sin más, le pregunto por cómo le fue con su madre; después hablaré de lo sucedido con su anillo.

—Tardaste más tiempo, ¿qué tal te fue con tu madre? —inquiero, realmente interesada. Bordea el escritorio donde me encuentro y toma asiento en una de las sillas tapizadas en piel que tengo frente a mí.

—Fue un momento difícil. Sobre todo porque el abuelo me pidió que entrara en su habitación para explicarle lo que sucedería con ella en cuanto llegaran los custodios del lugar. Volvió a maldecir a todo el mundo y me recordó las mismas palabras que cuando teníamos catorce años —cierra los ojos y prosigue, con voz cansada—. Realmente no me quedé tanto con ella, aparentemente se fue tranquila. Quien inició una gran discusión fue mi abuelo. Me amenazó con que haría todo lo posible por separarnos y que la guerra había empezado. También me confirmó su decisión de desheredarme

—baja la cabeza negando y vuelve a mirarme a los ojos—. Espero que esto no afecte a nuestra relación. No tengo nada más que ofrecerte, Marianne, tan solo el trabajo de mis manos; lo que menos deseo es verme en los ojos de la gente como un oportunista que se ha acercado a ti tan solo por tu dinero.

—No tienes por qué mencionar esto, Michael. Estoy completamente segura de que no es así —abro el cajón de mi escritorio y saco el anillo para devolvérselo, soltando un profundo suspiro; es el momento de hacerlo, ante las amenazas de su abuelo—. Esto es tuyo —estiro la mano hacia él y abre los ojos como platos al verlo.

—¿Dónde lo encontraste? ¡Yo dejé ese anillo en el rancho de mi abuelo! Me lo quité en mi habitación, cuando me cambié la ropa mojada por la cerveza que me derramó mi madre al aventar la botella —su rostro se ha transformado, no había visto cómo podía enojarse de un momento a otro; sin embargo, entiendo su molestia y escucho su sinceridad. No me queda más que confirmar que su abuelo ha tenido que ver en esto; a fin de cuentas, le ha amenazado. —Cortaron los cercos de la arboleda y allí encontré el anillo. Te quisieron inculpar. Si no fuera porque dormiste toda la noche conmigo, tal vez hubiera creído la treta que armó para separarnos. Esto confirma que la guerra ha empezado. Estás a tiempo de salir o quedarte. Tú decides si aguantarás lo que hagan para separarnos o lucharás conmigo —se sorprende al escucharme decirle esto, pero es lo que siento. No permitiré que nadie afecte el patrimonio que con tanto amor me dejó el abuelo y mucho menos aguantaré a alguien que se acobarde porque su familia lo está intimidando a cada instante y no sepa tomar sus propias decisiones. Necesito un hombre que esté a mi lado hombro con hombro, que dé la vida por su hijo:

alguien seguro de sí mismo.

—¿Qué estás diciendo? —inquire, sorprendido ante lo que le acabo de mencionar. Se pone de pie y toma mi mano para ayudarme a levantarme también—. Estoy aquí, Marianne. Eres mi vida y te lo he dicho. No permitiré que te hagan daño jamás. No entiendo qué pasó con ese anillo, pero pondré un alto a toda esta situación inmediatamente. Ahora mismo vuelvo al rancho para hablar con el abuelo.

—No creo que con palabras entienda tu abuelo. Hoy estaré de guardia y mañana comienza la construcción de un muro para evitar que el ganado cruce

los límites —explico lo sucedido y nuevamente su rostro enrojece de la furia que se ha acumulado en él mientras le iba platicando los hechos.

—En un momento regreso. No volverá a hacerte daño. Pondré un alto a toda esta tontería de peleas entre familias —toma su texana negra y se la coloca para salir a paso firme.

Salgo corriendo tras él para darle alcance.

—¡Espera! ¡Te acompaño! —Se gira hacia mí, observándome con duda.

—¿Quieres ver a mi abuelo? —El asombro en su rostro se deja ver inmediatamente, pero también noto que le agrada la idea de que lo enfrentemos juntos. Como ya dije, quiero que hagamos las cosas hombro a hombro.

—Así es. Ya es tiempo de aclarar ciertas cosas.

Me acompaña hasta la puerta del *jeep* y abre la puerta; antes de subir, me toma de la cintura y me abraza brevemente. Me aleja un poco de él para verme directamente a los ojos.

—No quiero que vayas a creer que te dejaré otra vez. Así pase un tornado, jamás te soltaré de la mano. Soy tuyo y lo sabes —besa mis labios tiernamente y me suelta para permitirme subir al vehículo cerrando la puerta tras hacerlo.

Minutos más tarde nos encontramos a la entrada del rancho Keeps; siento la boca seca. Él gira su rostro para verme y solo puedo expresar:

—Estoy bien, vamos.

Él asiente con la cabeza y baja del vehículo, para después abrirme la puerta y ayudarme a descender.

—Permíteme llamar —sube las escaleras para acercarse a la puerta y, antes de que su puño toque la fina madera, su abuelo sale con el rifle en la mano.

—¡¿Qué es lo que hacen aquí?! —grita con el rostro encolerizado. Michael salta un paso atrás al verlo armado; el hombre me apunta

directamente y vuelve a gritar—: ¡Fuera de mi propiedad!

Las piernas me tiemblan. Veo como Michael se acerca a él para tratar de conciliar la situación y que yo deje de ser el blanco de su ira, pero su abuelo se aleja unos pasos atrás y ahora le apunta a él. El corazón se me para en ese momento. ¿Qué he hecho? ¡No debí venir! Me reprocho severamente. Las lágrimas corren por mis mejillas y comienzo a hablar sin pensar, simplemente lo que me sale del corazón, para distraer al hombre que apunta a Michael.

—Su nieto le ama, señor Keeps. ¿No lo ve? ¡Es el único que lo ha amado en toda su vida! ¡El único que lo ha respetado...!

Tengo tanto miedo de que dispare... Quiero decir más, pero no puedo porque veo que las manos del anciano comienzan a temblar. Dirige nuevamente el rifle hacia mí y oprime el gatillo... Todo parece como una película de acción. El estruendo me ensordece por lo cerca que lo escucho. Michael se abalanza contra él para desviar el tiro... Es imposible... Me encuentro tirada en la tierra... Lo demás que escucho son los gritos de los trabajadores que se acercan para ver qué está sucediendo... Oigo la voz de Michael que me llama a gritos, creo que se está alejando cada vez más y más... Siento que agitan mi cuerpo y todo se vuelve oscuro.

Al abrir los ojos la luz me molesta, hay gente a mi alrededor. Hombres vestidos de paramédicos. Siento que algo me estorba en la cara y trato de quitármelo para que me deje respirar, pero una mano enguantada lo impide.

—Señorita Phillips, ¿sabe dónde se encuentra? —Hay un paramédico frente a mí. Giro la cabeza para buscar a Michael; no sé si se encuentra bien después del disparo, que es lo último que recuerdo. Con temor, pregunto—: ¿Dónde está Michael?

—Se encuentra en la otra ambulancia —trato de incorporarme, pero los cinturones de la camilla lo impiden—. ¿Le sucedió algo? —pregunto asustada; el temor me invade y comienzo a temblar.

—No, señorita, es el señor Keeps quien sufrió un infarto, lo trasladaremos al hospital en este momento —responde mientras me suben a

la camilla plegable de la ambulancia que me llevará al hospital. En ese instante, veo como Michael desciende del vehículo que trasladará a su abuelo y va corriendo a mi encuentro cuando nuestras miradas se unen.

—Por fin abriste los ojos. ¡Me diste un susto de muerte! —Se acerca hasta mí y besa mis labios—. La bala te rozó la cabeza, por eso sufriste el desmayo. Afortunadamente, es una herida superficial, te llevarán al hospital para descartar cualquier problema. Al abuelo le ha dado un infarto, por eso se le fue el disparo, lo lamento —mira hacia la ambulancia que, en ese momento, hace sonar su sirena y la vemos alejarse a toda velocidad.

—Fue un accidente —le digo con voz conciliadora, para tranquilizarlo. Imagino lo mal que ha de sentirse en este momento. Se vuelve hacia mí y me dice, acercándose al oído.

—No lo justifiques, Marianne. Lo que hizo no tiene perdón. Amenazarnos fue lo peor que se le pudo ocurrir en la vida y esto no lo olvidaré.

Eleva el cuerpo y le pide al camillero que me suba a la ambulancia; él nos sigue y se sienta a mi lado, en silencio y con el ceño fruncido.

Una vez que llegamos al hospital, me ingresan en el área de urgencias y el médico me evalúa, me trasladan a rayos X para tomarme unas placas mientras él va a ver cómo se encuentra el señor Keeps—¿Embarazo o sospecha del mismo? —Indaga el técnico radiólogo.

—Sospecha —el hombre frunce el ceño y sale del cuarto en silencio; cuando vuelve, el médico de urgencias lo acompaña.

—Señorita Phillips, ¿está segura de estar embarazada? —Tercia profesionalmente el especialista de urgencias.

—Estoy casi segura de que estoy embarazada y prefiero que evitemos este estudio.

—Bien, la dejaré en observación por esta noche para descartar cualquier anomalía. Afortunadamente, solo ha rozado la piel. También le haré una prueba de embarazo para confirmar su estado.

El médico da indicaciones de que me lleven a una habitación privada; mientras me trasladan por el pasillo veo a Michael salir de la habitación de su

abuelo y va a mi encuentro.

—¿Qué te dijo el médico?

—Necesitamos hablar —respondo y él asiente siguiendo a los camilleros.

Una vez que estamos solos le pido que suba el respaldo de la cama, para estar más cómoda y decirle mis sospechas.

—Bien, ¿cómo te sientes? —me pregunta mientras se sienta en la silla que se encuentra a un lado de mi cama y toma mi mano.

—Mejor. Un poco de dolor en la herida, pero es todo —toco el vendaje que me han puesto después de haber realizado la asepsia de la herida.

—¿Cómo saliste en la radiografía?

—No me la hicieron.

—¿Por qué? —pregunta intrigado.

Suspiro profundo y agarro la sábana que cubre mi cuerpo para darme seguridad. La verdad, me siento como una joven inexperta en esto; pensándolo bien, lo soy, así que tomo el toro por los cuernos y me enfrento a lo que en pocos días confirmaré.

—Es probable que esté embarazada. No tomo pastillas anticonceptivas. Vendrán a hacerme una prueba de sangre para confirmarlo.

El rostro de Michael es de sorpresa al principio. Se toca la cara, angustiado; eso me desconcierta. Después se acerca a mí y comienza a besarme el rostro por entero, llenándose con su amor; sus lágrimas corren por sus mejillas, pero eso no le impide continuar y, entre beso y beso, declara:

—Es una noticia increíble, mi amor. Gracias... Gracias... —Se aleja un poco y me ve directamente a los ojos—. Gracias a Dios que no te sucedió nada. No quiero imaginarme ese tiro en otra parte —niega con la cabeza cerrando los ojos, como si con eso esparciera por la habitación los pensamientos funestos que lo embargan ante el recuerdo del incidente.

—Gracias a Dios no sucedió nada. ¿Tu abuelo, cómo sigue? —Cambio el tema para que olvide el malestar que hay dentro de su pecho.

Suspira profundo, poniéndose de pie para acercarse a la ventana que da a la avenida principal y, desde allí, me responde con pesar.

—No se encuentra bien. Lo tendrán en observación, dicen que es fuerte y que es probable que se libre, sin embargo, el diagnóstico es reservado.

—Tengo fe de que salga adelante, ya lo verás. Es un hombre testarudo y no se dejará vencer.

—También yo... —responde soltando un profundo suspiro. Al fin y al cabo, es su abuelo, su sangre y desea que se encuentre bien porque lo ama.

Al día siguiente me dan el alta. Le pido al camillero que me lleve a ver al señor Keeps a su habitación, antes de abandonar el hospital. Cuando asomo la cabeza donde se encuentra, veo que un par de médicos están a su lado revisando sus signos vitales. Un escalofrío recorre mi cuerpo. Observar a ese hombre grande y rudo tan vulnerable me da pesar; no obstante, el miedo ante sus reacciones es mayor. Le pido al enfermero que me lleva en la silla de ruedas que dé media vuelta para alejarme, cuando escucho su voz.

—Vuelve, Marianne, necesito hablar contigo.

¡Dios! Está consciente y me ha visto. Michael ha ido a firmar mi alta en recepción. La única posibilidad de estar segura cerca de él es que los médicos sigan dentro. El enfermero no me dejará salir del hospital hasta que él mismo me deje en la puerta. Cierro los ojos y me armo de valor para pedir que me acerquen al anciano.

—Qué bueno que se encuentra mejor, señor Keeps —el camillero me coloca a un lado de su cama. Los médicos abandonan la habitación junto con el camillero, que sale para esperarme afuera.

—Pensé que me odiarías en este momento —me observa con sus ojos, tan azules como los de Michael—. No acostumbro a disculparme por mis hechos, pero he estado tan cercano a la muerte que no me quiero quedar con esto. No fue intencional. El maldito paro cardíaco provocó el disparo.

—Descuide, señor Keeps. El alguacil ha estado en mi habitación hace un par de horas y le he dicho exactamente eso. Saben que ha sido un accidente... No hay que hacer más grande este asunto —respondo. La

verdad, quiero terminar con estas rencillas, y menos ahora que me han confirmado que estoy embarazada, mi hijo no podrá vivir de esta manera.

—¿No les dijiste que les amenacé con el rifle? —Me observa, estupefacto ante mi declaración.

—No. Piensan que iba a espantar a un coyote.

—¿Por qué lo haces? Siempre hemos peleado contra ustedes y, para ser sinceros, los Keeps somos los que les hemos hecho la vida imposible a los Phillips.

—No todos los Keeps, señor. Y lo hago precisamente por eso. No voy a continuar con estas disputas. Su nieto es lo más bello que ustedes tienen en su familia. Un hombre íntegro y de buen corazón, alguien que ha sacrificado sus años de juventud lejos de su familia, quien ha estado pendiente de su madre y de usted y quien, a pesar de los problemas, los ama muchísimo. Estoy convencida de que es un diamante entre tanto carbón.

—Palabras rudas, señorita Phillips. Tu abuelo te ha educado bien. Sincera y sin tapujos. Vas directo a la verdad —intenta carcajearse, pero el dolor que aún siente en el pecho se lo impide—. Peter jamás lo habría hecho mejor —asiente con la cabeza—. Ahora entiendo por qué mi nieto te ha seguido toda la vida.

—¿Cómo lo sabe? —Me sorprende su afirmación.

—Soy viejo, no tonto. Conozco el corazón de mi nieto... Él no lleva el apellido Richardson de su padre; jamás lo permití y le negué a su padre la oportunidad de reconocerlo legalmente, mi intención era continuar con el apellido Keeps. Michael tiene el corazón de esa familia... En cambio, los Keeps, lamentablemente, hemos estado enfermos de poder, venganza y rencor desde hace muchos años... Me he dejado llevar por las viejas costumbres y esto ha mermado la vida de mis seres queridos... Michael es lo más importante que tengo, lo único que me queda, en realidad... Cada vez que venía a pasar las vacaciones me alegraba la vida... Siempre le seguí... Sabía que ustedes eran el uno para el otro... Al igual que tu padre y Linda...

Nuestras familias han estado destinadas a estar juntas desde hace muchos años, pero la soberbia nos lo ha impedido; mi estúpido carácter y la educación que le impartió mi difunta esposa a mi hija no ayudaron en nada... Por nuestra culpa se separaron y los resultados ya los conoces.

—¿Qué es lo que le ha hecho ver las cosas objetivamente? —Frunzo el ceño, deseo averiguar qué lo tiene tan abierto al diálogo y a la aceptación de los errores de su familia.

—He estado a punto de morir, niña. Lo que me dijiste antes de que me diera el infarto me dejó pensando que, en realidad, llevaba muchos años cometiendo equivocaciones y que he dañado mucho a Michael por lo mismo...

—Vamos a ser padres... —Confieso y veo como el viejo duro de toda la vida comienza a llorar como un niño pequeño. Tapa su rostro para no verse indefenso ante mí, pero, por más que intenta detenerse, no lo logra.

—¡Qué estúpido fui al sacar esa arma! ¡Por poco mato a mi bisnieto! ¡Perdóname! ¡Perdóname por haber liberado a mi hija de su pecado! —Ruega casi a gritos.

No me había percatado de la presencia de Michael hasta que oigo un sollozo, Se encuentra parado en el dintel de la puerta y nos está observando con lágrimas en los ojos; aquellas lágrimas sanadoras que riegan el alma. Ambos hombres no paran de llorar. Es entonces cuando él se acerca y le regala un abrazo conciliador a su abuelo. Es momento de dejarlos solos, necesitan su espacio, limpiar aquello que les ha mermado el alma lentamente, limar asperezas y entregarse a una relación de abuelo y nieto como es debido, con amor y respeto, con paz y sabiduría.

Después de unos minutos, Michael me da alcance en la recepción del hospital donde le espero, aún en la silla de ruedas; es política de ellos no dejar que me ponga de pie hasta que haya un acompañante que me lleve hasta el auto. Sonríe al verme, se pone de cuclillas frente a mí y deposita un dulce beso en mi mejilla. Acercó la mano para acariciar su espesa cabellera.

—Todo saldrá bien, mi amor... El sol del que te hablé ha comenzado a brillar... —Se levanta y me ayuda a ponerme de pie y a subir al *jeep*; él también lo hace y enciende el motor para llevarnos a casa. Por fin, tranquilos

y en paz.

—Me confesó haber sembrado el anillo en la cerca y me pidió perdón por todo el pasado, ¿sabes? No me ha costado trabajo perdonarlo, creo que la familia Keeps me ha enseñado a hacerlo, a pesar de sus defectos.

—Me alegra escuchar eso.

Enciende la radio y, casualmente, la emisora radiofónica transmite *Every Storm*, de Gary Allan. Ambos comenzamos a cantar a todo pulmón, riendo, libres y en paz... por fin.

Capítulo 11

Rancho Phillips — The Country Club Bar, Grill and More

Seis meses después...

Llevo seis meses de embarazo. Michael y yo decidimos vivir juntos después de que su abuelo fue dado de alta. La vida a su lado es maravillosa, me hubiera encantado que mi abuelo disfrutara esta etapa, estoy segura de que desde el cielo se alegra de nuestra felicidad. Es tanta, que todos nuestros amigos y vecinos dicen que derramamos miel. El qué dirán no me preocupa. Soy feliz. Hoy iremos al ginecólogo y sabremos el sexo de nuestro bebé. Creo que será muy travieso porque no deja de patear.

Michael se ha encargado de los asuntos del rancho; no quiere que monte ahora que el vientre está abultado, dice que cuidará sus tesoros más preciados con su vida. Sus hermosas y delicadas manos de economista se han llenado de callos por el trabajo duro que implica una granja. Ha aplicado los conocimientos que su padre le transmitió y ahora los lleva a la práctica. Admiro su tenacidad y capacidad para llevar la administración. Los números han subido un par de cifras en este corto tiempo.

Apoya a su abuelo y su relación mejora día con día. Definitivamente, ha sido de gran ayuda el que Linda se encuentre aún en la clínica. Por lo poco que sé, ella va bien con sus terapias y «está tranquila», según el señor Keeps. Michael solo la ha ido a ver un par de veces desde entonces. Le he sugerido que la vaya a visitar con más frecuencia, pero se resiste, me responde que no quiere empañar nuestra felicidad. No puedo, ni debo obligarlo.

Le miro a lo lejos desde la ventana de la habitación; va a galope en el caballo que era de mi abuelo, con su texana negra como todo un vaquero, con una mano agarra la rienda y con la otra lanza el lazo para capturar una res que se ha escapado en los terrenos de la casa. El corazón me palpita de emoción. Recuerdo a mi querido abuelo haciendo lo mismo. El bebé comienza a moverse y acaricio mi vientre. —Ese hombre apuesto y gallardo es tu padre— como si le viera se mueve con más fuerza, creo que le gusta que le hable de Michael—. Lo ha logrado. Es valiente. Como tú, mi pequeño Keeps.

Un par de horas más tarde nos encontramos nerviosos en la sala de espera del médico que me practicará el ultrasonido para ver el desarrollo de

nuestro hijo y saber su sexo. Nos embarga la emoción. Sorprendentemente, el abuelo de Michael aparece antes de que seamos llamados y se sienta al lado de su nieto.

—Sé que no he sido invitado, pero me muero por saber qué tendrán. Si es niño le regalaré mi caballo...

—Abuelo —Michael le da una palmada en el hombro—, es un bebé, no puedes estar pensando en regalarle un caballo. Además, ¿qué tal si es una hermosa niña? —Gira su rostro para verme mientras acaricia mi vientre. Le devuelvo una sonrisa y le murmuro:

—No le quites la ilusión, así son los abuelos —me roba un beso, cálido y amoroso.

—Tienes razón. ¿Sabes? Sueño con que nuestro hijo tenga tu corazón.

—Y yo sueño con que tenga tus bellos ojos.

—Creí que el único loco por ese bebé era yo —refunfuña el señor Keeps como si fuera un niño pequeño. Michael y yo no podemos evitar reírnos y la enfermera nos pide silencio con el dedo. Nos abochornamos y volvemos a reír, ahora los tres.

—Lo lamento —se disculpa Michael, negando con la mano como queriendo decir que ya no lo hará, pero no puede dejar de hacerlo.

Pongo las manos en el vientre y echo la cabeza hacia atrás por la risa; no puedo evitarlo, aunque respire en ocasiones para tranquilizarme. Ver al señor Keeps en esta faceta me agrada más de lo que imaginé.

Mientras tanto, el hombre mayor se encuentra colorado y se dobla varias veces, golpeando, en repetidas ocasiones, con el bastón que ha comenzado a usar. La edad y el infarto le han dejado débil, pero como buen roble de antaño, sigue en pie.

La enfermera de tez morena y rubicunda se pone de pie y se para frente a nosotros con cara de pocos amigos:

—O guardan compostura o les pediré que se retiren hasta que se les quite su ataque de risa. Molestan a los demás pacientes.

Guardamos silencio como niños regañados y, para colmo, las personas que se encuentran a nuestro alrededor comienzan a carcajearse por nuestras

caras. La enfermera gira hacia todos lados, estupefacta ante la reacción, y termina por hacer lo mismo: hemos contagiado a todos con nuestra alegría. La mujer agita la mano como queriendo decir con ello que ya se acabó la fiesta, pero no puede dejar de reír hasta que el médico sale de su consultorio, atónito ante el ruido que hacemos, y todos nos quedamos quietos cuando nos ve por encima de sus anteojos.

La enfermera va hacia su lugar y toma asiento como si nada hubiera sucedido. El médico despide a los pacientes que se encuentran dentro de su consultorio y enseguida nos llama para que entremos. Michael y yo nos miramos entusiasmados, nos tomamos de la mano y nos ponemos de pie.

—Acompañenos, señor Keeps, venga a conocer a su nieto —le invito a pasar.

Ambos me miran impresionados, no esperaban que tomara esta decisión; sin embargo, no pronuncian palabra, simplemente el hombre nos sigue y, cuando me encuentro lista para que el médico me haga el estudio, recostada en la camilla con el vientre descubierto, el viejo comienza a llorar. El médico nos hace escuchar su corazón y él ya no puede más, está a punto de levantarse para salir por lo conmovido que se encuentra, pero Michael va a su lado y le abraza.

—Es sorprendente, ¿verdad, abuelo?

El señor Keeps simplemente asiente. Me mira directamente a los ojos y con una gran sonrisa, me dice:

—Gracias por el milagro de la vida, gracias por haber unido a nuestras familias y haber roto con todo aquello que nos robaba la bendición que ahora tú estás formando: la esperanza de un futuro diferente.

—Gracias a usted, señor Keeps. Por cuidar a Michael cuando estuvo en su poder hacerlo. Gracias por compartir este momento con nosotros... —Ahora soy yo quien derrama lágrimas. Cierro los ojos momentáneamente invocando la imagen de mi querido abuelo; cuando miro al par de hombres que se encuentran conmovidos frente a mí, imagino que mi abuelo se reúne al lado de ellos y ahora son los tres quienes se encuentran dichosos. Sonrío, soy feliz, él lo sabe.

—Y aquí está el sexo de su bebé.

La voz del médico nos hace ver al monitor y allí está: una hermosa niña

viene en camino.

Los tres lloramos de alegría. Michael se separa de su abuelo y se acerca a mi lado para besar mis labios en repetidas ocasiones. Cierro los ojos para disfrutar del amor que me profesa. Es mío y yo soy suya.

—Gracias por darme una hija...

—Gracias a ti por haber llegado a mi vida nuevamente —tomo su mano y la beso—. ¿Cómo le pondremos? —inquiero con una sonrisa que muestra toda mi dentadura; no puedo evitarlo, me encuentro plena.

—Iris, como tus flores preferidas, aquellas que nos recuerdan que hay un mensaje de esperanza cuando las tenemos en nuestras manos. Ella es nuestra esperanza.

Asiento mil veces con la cabeza, diciéndole con ello «sí», por la alegría que invade mi corazón. Jamás imaginé ese nombre. Le conté la historia una vez y la atesoró hasta el punto de darle un gran valor y ahora la usa para elegir un nombre con sentido y significado a nuestra hija.

Nos despedimos del señor Keeps, quien va acompañado de su chofer. Ya no puede manejar por prescripción médica.

Nosotros hemos quedado en vernos con nuestros amigos en The Country Club Bar, Grill and More. Hoy hay una graduación en ese lugar y le toca cantar a Michael con su banda. Cuando llegamos al sitio, nos tomamos de la mano y detiene nuestro andar.

—Lo volvemos a repetir después de casi dos años, pero ahora entramos de la mano sin temores —me muestra la fila de universitarios graduados; después de que nosotros hiciéramos nuestra fiesta en este sitio, se hizo común que los jóvenes siguieran el legado de la temática *country* y *rock*.

Nuestros amigos ya nos están esperando en nuestra butaca de siempre, es lo bueno de tener acceso VIP. Nos saludamos efusivamente y las chicas inmediatamente tocan mi enorme panza, que cada día crece más y más.

—¿Qué les dijeron? —Aeryn nos pregunta con la mirada brillante ante la expectativa. —¡Es niña! —respondemos al unísono y todos nos felicitan.

—Ya somos tíos de una pequeña —agrega Sebastian, con los ojos llorosos. Lucy le da unas suaves palmadas en el hombro para consolarlo y, sin pensarlo, él la toma entre sus brazos y la besa. Nos conmocionamos ante su reacción, pero ellos se dejan llevar por el momento y no les interrumpimos. Quizá a él le faltaba que algo tan poderoso como la vida misma formándose en mis entrañas lo hiciera moverse de su larga espera por la mujer perfecta; gracias a Dios, abrió los ojos a tiempo, porque esa mujer perfecta para él siempre ha estado a su lado y ahora la verdad ha salido a la luz. Siempre la ha amado. Cuando se separan del largo beso, les aplaudimos, felices de ver como inicia una relación que había tardado en florecer.

La fiesta comienza y la música se escucha en el club. Iris está contenta, se mueve al ritmo de las notas musicales que su papá interpreta magistralmente, siempre que le escucha cantar, hace lo mismo. Termina, como siempre, con *Achy Breaky Heart*. Esta vez no bailo, me quedo a disfrutar de los movimientos de los ahora recién graduados. Ver sus rostros alegres, ver al patán molestando a la chica, ver al defensor de ella, a los grandes amigos bailando abrazados o haciendo los pasos tradicionales, ver cómo beben sus cervezas alegres mientras cantan o juegan al billar... Mi mente vuela y me traslada al día de mi graduación, cuando volví a ver los más bellos ojos, después de haberlos tenido frente a mí cuando tenía catorce años. Sonríó para mis adentros, la canción termina y escucho la voz de Michael quien me llama por el micrófono.

—Marianne, mi amor, ¿puedes pasar al escenario?

Las miradas se desvían hacia mí ya que la luz del reflector me da directo; me pongo de pie nerviosa, esto nunca lo ha hecho. Me armo de valor y voy hacia él. Aeryn, George, Sebastian, Lucy y Mei me rodean para acompañarme hasta el escenario. George me da la mano para ayudarme a subir el peldaño y, cuando llego, Michael se echa la guitarra en la espalda y me toma de la mano, acercándose al micrófono.

—Han pasado ya casi dos años desde que volví a ver, en este lugar, a la chica más hermosa. Era una graduación como esta, el cuerpo me temblaba de felicidad al tenerla tan cerca. La dejé ir por mucho tiempo, hasta ese día que me atreví a defenderla de un patán que quería hacerle daño; no lo iba a permitir, me di cuenta de que luchar por alguien no es esconderse para que nada malo le suceda: es enfrentarse al enemigo con valentía. Me costó más de un año volver a mirarla a los ojos. En esa ocasión le canté *Love's to Blame*. Si

en este lugar se encuentra el amor de tu vida y tienes miedo de decirle tus sentimientos, te recomiendo que te armes de valor y lo hagas; no pierdas el tiempo, que es valioso. No sufras, ni la hagas sufrir... —Lo noto conmovido. Los chicos se encuentran mirándonos atentamente; veo algunos rostros emocionados, otros buscando con la mirada a ese amor al que se refiere Michael. Me giro para volver a verlo, carraspea y vuelve a hablar, más tranquilo—. Mi amor, quiero darte las gracias por haberme aceptado en tu vida sin guardarme rencor, por creer en este hombre que estaba roto y a quien, con tu amor y entrega, has ido reparando. No sé qué sería de mí sin ti. Gracias por nuestra hermosa hija, Iris. Te amo, Marianne.

Me suelta la mano e hinca la *rodilla*. Respiro profundo al ver que saca del bolsillo de su chaleco de piel negra una pequeña cajita de terciopelo rojo. Sé lo que significa, corre una lágrima por mi mejilla, de la alegría que me embarga; eligió un lugar y un momento ideal para hacerlo.

—Quiero ser el hombre que vele tus sueños, que te ame y respete todos los días de tu vida, el mejor padre para Iris y te pido delante de todos que aceptes ser mi esposa.

Abre la cajita y dentro observo una hermosa sortija con forma de iris violeta; no sé identificar qué piedra es, tal vez una amatista; alrededor hay pequeños diamantes blancos y, en medio, un diamante amarillo. Ha tenido la atención de hacer este momento especial, regalándome la mejor sortija de compromiso. Estoy segura de que la mandó hacer especialmente para mí y eso me derrite, no me queda más que asentir sin dejar de llorar.

—Sí —respondo. Él se pone de pie y saca la sortija, colocándomela en mi dedo anular de la mano izquierda. Me besa apasionadamente mientras el público comienza a aplaudir, creo que se llevarán un bonito recuerdo de su graduación.

Cuando nos separamos, nos giramos hacia ellos y vemos algunas parejas besándose; otras, simplemente, nos observan felices. Michael me lleva hacia una silla que acaban de subir al estrado, toma su guitarra y comienza a interpretar *She's Everything*, de Brad Paisley, sin dejar de mirarme a los ojos. Es un nuevo momento. Extiendo mi mano y miro el anillo que me acaba de regalar, el símbolo del compromiso que acabamos de adquirir: nos casaremos y formaremos una familia feliz. A lo lejos veo al abuelo de Michael salir del club. Él sabía que se me declararía y vino a

compartir este momento.

Hoy ha sido uno de los días más felices de mi vida. He recibido dos de los mejores regalos que el cielo podía otorgarme. Miro hacia arriba y elevo mi mano para mostrarle a mi abuelo el anillo que llevo puesto y doy las gracias por el amor que me regaló cuando estaba conmigo. La canción termina y pido un micrófono extra; Michael eleva una ceja sonriendo, le agrada que tome la iniciativa cuando de cantar se trata. Me acerco a su oído y él asiente y se acerca a su micrófono.

—Esta canción está dedicada a todos aquellos que aman profundamente, que saben que tienen a su lado a la persona que les complementa y comparte su vida; a nuestros amigos George y Aeryn, que en una semana contraen matrimonio, a Sebastian y Lucy, que por fin se atrevieron a vencer sus temores y se abrieron a la posibilidad de esta nueva aventura llamada noviazgo y a cada uno de ustedes, con mucho cariño, *It's Your Love*, de nuestros admirados Tim McGraw y Faith Hill. ¡Tomen a sus parejas y a bailar...!

La velada termina a las dos de la mañana y nos vamos a nuestro hogar, el que hemos formado en estos meses con mucho amor y cuidado, manteniendo el legado de mi abuelo con mucho cariño y respeto... Ahora sabemos de qué color pintaremos la habitación de Iris: lila y blanco... Pondremos fecha para la boda, tal vez uno o dos meses después de que nazca nuestro retoño, para poder recuperar mi figura y elegir un sencillo pero hermoso vestido de novia.

Esta noche disfrutaré del hombre de mi vida, haremos el amor hasta que el alba nos diga que es hora de despertar y, cuando estemos despiertos, lo volveremos a hacer hasta saciar lo que sentimos el uno por el otro, hasta que el reloj despertador nos diga que es hora de ir a visitar los graneros, el ganado y la huerta, de saludar a los trabajadores del rancho y remunerar su trabajo, hasta que el sueño nos venza y volvamos a la cama para poder amarnos nuevamente hasta que ya no podamos más y durmamos hasta el atardecer...

—Gracias, mi amor, por estar conmigo. Te amo —digo con el corazón en la mano, mientras duerme profundamente.

Capítulo 12

Granja Jackson — Rancho Keeps — Rancho Phillips

La boda de Aeryn y George es el acontecimiento del año. Me encuentro vestida de dama de honor con bebé y todo a bordo, parezco un pastel color rosa. Me veo al espejo y ella se acerca a mi lado.

—Estás hermosa, Marianne. Tranquila, eres la dama de honor más bonita que he conocido —me infunde confianza. Me siento ridícula, se supone que debería ser yo quien le estuviera dando palabras de ánimo y no al revés.

—Yo soy la dama de honor, así que debo estar a tu lado cuidando de que te encuentres tranquila y segura del paso que vas a dar. No quiero que vayas a huir como la novia fugitiva de Richard Gere —nos reímos a carcajadas y Lucy y Mei nos imitan al escuchar la broma que acabo de hacer.

La organizadora de bodas nos llama para que salgamos a los hermosos jardines de la granja Jackson, propiedad de los padres de George, y, tal como lo hemos ensayado, iniciamos la caminata hacia el bello altar que han improvisado, decorado con fragantes rosas blancas. Michael y yo somos los últimos en entrar. Nos colocamos en nuestras posiciones y, enseguida, Aeryn hace su entrada. Veo como George sonrío feliz al verla andar con su vestido de sirena, muy ella, muy sensual. Su padre la entrega a George extendiendo la mano de mi amiga y George la toma, con mano temblorosa. La boda sigue su curso hasta que el reverendo da permiso al novio para besar a la novia.

Ha sido una emotiva ceremonia; comienza la recepción y los amigos que aún nos encontramos solteros nos sentamos en la misma mesa, observando a los novios bailar su primer vals. Aeryn es una romántica empedernida, así que le ha pedido a Michael y a su banda que cante para ellos el tema *All of The Above*. Ellos bailan felices mientras yo escucho la hermosa voz del hombre al que amo. Nosotros ya hemos elegido la canción para nuestro primer baile como esposos; falta poco y por supuesto, he pedido a mis mejores amigas que sean mis damas y con gusto han aceptado.

La boda no termina hasta el amanecer, así que cuando llegamos a casa nos encontramos exhaustos, pero satisfechos de ver a la feliz pareja contenta

al despedirse de nosotros para irse, de luna de miel, a la Riviera Maya, en México.

—Ha sido una gran noche —afirma Michael mientras se quita el moño del esmoquin que ha usado para el evento; verdaderamente, se ve guapísimo vestido de esta manera... Dios, no acabo de saciarme, me enloquece cada vez que estamos juntos.

Lo abrazo por la espalda, pero un pequeño ser nos impide unir completamente nuestros cuerpos, así que me coloco frente a él y le doy un beso en los labios.. Me alejo un poco y me giro para que me ayude a bajar el cierre del vestido y gustoso lo hace.

—Lo ha sido —confirmo su opinión—. Gracias por complacer a los chicos cantando para su primer baile.

—No tienes que agradecer. El agradecido soy yo, ya que me han recibido en su grupo y me consideran uno de los suyos —desliza con suavidad el vestido y este cae vaporosamente en el suelo de parqué. Me hace voltear hacia él y acerca sus labios a mi cuello; instintivamente, inclino la cabeza para darle acceso. Me gusta cuando me seduce de esta forma, disfruto entregarme totalmente a él.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano, ya que visitaremos al abuelo de Michael, quien nos ha invitado a desayunar en el rancho Keeps. Será la primera vez que entraré a ese lugar; siempre que nos hemos reunido con él ha sido en algún lugar neutro. Hoy daremos el primer paso para iniciar una relación más íntima.

En todos estos meses, el señor Keeps ha procurado comportarse a la altura de las circunstancias. Las miradas despectivas han desaparecido y, en su lugar, hay muestras de afecto hacia mi persona; cabe mencionar que está loco por Iris y, desde que se enteró del embarazo, cada vez que nos reunimos nos lleva bolsas cargadas con regalos para cuando nazca.

Una tarde en la que Michael llegó retrasado a una cita que concertamos con él en un café local, estuvimos solos por unos minutos. Creo que el universo nos regaló ese tiempo, ya que pudimos aclarar situaciones de antaño, entre ellas, la más dolorosa: la muerte de mis padres. Pidió perdón mil veces, comentó que había sido estúpido de su parte el haber ayudado a su

hija para que no cayera en la cárcel; había pensado que, haciendo eso, ella reflexionaría sobre sus actos y no fue así, por lo que todos los días de su vida pedía perdón al cielo por haber sido un padre sobreprotector y no haber permitido que Linda asumiera su responsabilidad.

También me pidió disculpas por haber sembrado el anillo como evidencia para inculpar a Michael. Pensaba que separándonos podría arreglar la vida de su familia y aceptó que estaba totalmente equivocado, que yo era quien había llegado hasta ellos para mejorar sus vidas y que me debía la felicidad que Michael desbordaba. Además, agradecía que le hubiese recibido después de tantos años ausente.

Acordamos que el pasado quedaba atrás y que el presente y el porvenir, con la llegada del bebé, era lo importante a partir de ahora. Cuando Michael llegó al lugar, nos vio tan sumergidos en nuestra conversación que prefirió esperar un tiempo afuera del local para no interrumpirnos. Supo por nuestros rostros que todo iba bien y eso le llenó de alivio.

Llegamos al rancho y el señor Keeps ya nos espera en el porche de su hermosa residencia; ahora entiendo lo que me habían dicho sobre la competencia entre familias. En teoría, el diseño de nuestras casas es prácticamente el mismo, con la diferencia de que los acabados y la decoración de esta son exageradamente finos.

Entramos en la casa y quedo maravillada, ya que es tan bella por dentro como lo es por fuera. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando veo una fotografía sobre el hogar: es de Linda Keeps cargando a su recién nacido. Desde pequeño, él ha sido hermoso y más con esa bella sonrisa; en cambio, Linda, se nota forzada a sonreír y en su mirada se ve un dejo de amargura. No cabe duda que los ojos son la ventana del alma.

El señor Keeps nos conduce hasta el gran comedor donde ya nos espera el personal de servicio; nos saludan amablemente. Michael aparta a un lado una silla para que tome asiento y, posteriormente, lo hace él. Quedo sentada en medio de ellos; es una sensación extraña, pero el anciano ameniza el ambiente con su alegre conversación. Jamás imaginé conocerle esta faceta.

Realmente nos la hemos pasado a gusto. Nos invita a la biblioteca, ya que ha mencionado que necesita entregarle a Michael unos documentos de la clínica donde se encuentra internada su madre y darle a conocer el estado físico y psicológico de ella.

Tomamos asiento en los sillones que se encuentran frente al gran escritorio de madera; allí hay más fotografías de Michael cuando era pequeño y también de adolescente, así como de Linda y de la madre de esta. Evito observarlas con detenimiento para no incomodarlos, ya que lo que han pasado con ambas no han sido experiencias muy gratas.

—Como ya están prometidos, les he hecho venir porque lo que voy a decir les concierne a ambos —abre uno de los cajones laterales de su escritorio y saca dos carpetas de piel, una negra y la otra color vino. Aquel hombre alegre que nos hacía bromas para que riéramos se ha tornado en un hombre circunspecto—. En la clínica han decidido que tu madre salga de rehabilitación dentro de un par de meses. La han valorado y su comportamiento en el periodo de internamiento ha sido aceptable, así que consideran que está apta para convivir en sociedad. Tal vez no les guste la idea y lo entiendo, tampoco a mí, en realidad; sin embargo, considero que debo darle un voto de confianza, al fin y al cabo, es mi hija. No pido que ustedes tengan una relación estrecha con ella, aún no sabemos cómo reaccionará ante la noticia de que contraerán nupcias en poco tiempo y, mucho menos, su reacción ante el embarazo. —Me mira y luego a Michael, quien se encuentra taciturno. Simplemente está observando a su abuelo y su mano, que está sosteniendo la mía, está sudando frío.

—¿Están seguros de esto? —Rompe el silencio del lugar con su voz seca.

—Eso me han informado en estos documentos que llegaron esta mañana —extiende la carpeta vino y Michael la agarra, abriéndola inmediatamente. Veo como niega con la cabeza cerrando el archivador y extendiéndolo nuevamente hacia su abuelo.

—¿Qué piensas hacer con ella? ¿La dejarás vivir en su villa en Virginia o la recibirás en el rancho?

—Le dejaré elegir. Según sus terapeutas, debe encontrarse acompañada en todo momento para darle contención, en caso de que llegue a recaer —exhala, cansado ante sus palabras; imagino que vivir al lado de esa mujer no ha de ser nada sencillo.

—De acuerdo. Sin embargo, creo que concordarás conmigo en que Marianne y yo no nos acerquemos a mi madre. No deseo que vuelva a suceder lo del bar.

—Estoy de acuerdo. La integridad de ustedes es prioridad.

—Bien —suspira aliviado ante la respuesta de su abuelo y gira hacia mi rostro, para preguntarme con la mirada si estoy conforme. Nos hemos compenetrado tanto en estos meses, que hemos aprendido a comunicarnos sin palabras. Simplemente asiento con la cabeza, mira a su abuelo a los ojos e inquiere—: ¿Y la otra carpeta? Porque supongo que también es otra noticia —eleva su ceja esperando la respuesta.

—Así es —carraspea el señor Keeps y le extiende la carpeta a Michael—. Léelo tú mismo.

Sin dudar, Michael abre la carpeta y el rostro serio que tenía hace un momento ha perdido el color, veo como parpadea en repetidas ocasiones y eleva la vista hacia su abuelo. —¿Qué es esto? —Le tiemblan los labios al preguntar.

—Lo que acabas de ver. Mi testamento —me mira y vuelve sus grandes y cansados ojos a Michael—. He decidido heredarte en vida el rancho Keeps. Estoy viejo y sé que puedes hacerte cargo de ambas propiedades. Agradezco a Marianne por haber desistido en construir el muro después de mi promesa de comportarme como un caballero, pero heredando tú y heredando ella, pueden formar una sola propiedad y unir fuerzas.

Ahora soy yo la que me encuentro atónita ante la noticia. ¿Unir los ranchos? ¿Se encontrará físicamente tan débil como para haber tomado una decisión de esa transcendencia? ¿Qué dirá Linda Keeps ante esta noticia? ¡Me odiará más! Me pongo de pie inquieta y me dirijo al abuelo de Michael.

—Creo, con todo respeto, que está tomando decisiones apresuradas, señor Keeps. Además, su hija saldrá de la clínica y, cuando se entere de esto, se molestará. No quiero problemas —esta última frase la digo preocupada mientras miro a Michael que se pone de pie para envolverme en sus brazos.

—Soy consciente de ello y, por lo mismo, he resuelto darle una mensualidad y la propiedad de Virginia quedará a su nombre. Linda no necesita más. Y, por favor, no rechacen mi oferta: si lo hacen, me dará un infarto otra vez —se ríe poniéndose de pie para acercarse a nosotros que seguimos abrazados—. No teman, yo estaré aquí con ustedes por mucho tiempo. Sabré cómo domar el corazón altivo de mi hija. Si yo fui domado por

mi nieta, ella también doblegará su orgullo y tirará su rencor a la basura. ¡Ya verán!

Los siguientes dos meses los hemos pasado tranquilos. Decidimos no perder tiempo en pensamientos negativos, no deseábamos que la noticia de la salida de Linda nos estropeará nuestra felicidad. Hasta hoy, que ella regresa al rancho Keeps y todo cambiará.

Tengo el vientre enorme e Iris cada día es más pesada e inquieta. Hemos decorado poco a poco su habitación; faltan algunos muebles, entre ellos la cuna que mandamos hacer a nuestro gusto en la carpintería local. Antes de que nazca estará completamente lista.

Me encuentro pintando una pared de la habitación de nuestra hija. He hecho un campo de pequeños iris y, a lo lejos, hay un granero con animalitos y un tractor rojo como el viejo vehículo del abuelo que ahora está de «adorno vintage». He dibujado un cielo cargado de nubes y muchas mariposas, así como un sol radiante y un hermoso arcoíris. Todo en dibujos infantiles. Michael entra y me abraza por la espalda, mientras acaricia la enorme barriga que se deja ver por la pequeña playera pintarrajeada de colores pastel que llevo puesta. Besa mi cuello y entona tiernamente la canción de Brad Paisley, *Then*.

—«Y es que ya te puedo ver... Con un bebé en el camino... Y es que ya te puedo ver... Cuando tu cabello se ponga gris... Pero lo que yo no puedo ver es cómo yo no te amaré más... Pero ya lo dije antes... Ahora eres mi vida entera... Ahora eres mi mundo...». Eres hermosa, Marianne, lo más hermoso que el cielo me ha dado; mi deber es cuidarlas y amarlas, ser el mejor ejemplo para mi hija, quiero que ella conozca un mundo diferente al mío, un mundo en el que se puede ser feliz, ¿crees que lo lograré?

Su voz me hace estremecer nuevamente. Siento su amor, pero también su preocupación por el futuro; creo que es normal, ya que yo me siento igual. Sin embargo, estoy convencida de que lo lograremos juntos y con el favor de Dios. Me giro para responderle mirándole a los ojos —me encanta sumergirme en el azul profundo que hay en ellos—, coloco mis manos rodeando su cuello y me pongo de puntas para alcanzar sus labios; le obsequio un beso tierno, en el cual le entrego mi amor y le digo, separándome unos pocos centímetros:

—No temas, mi amor, yo estoy contigo y juntos lo conseguiremos, ya

lo verás. Ella será la niña más feliz del mundo. Ten por seguro que eres, desde ya, el mejor padre que le pudo haber tocado; se sentirá orgullosa de ti cuando la acompañes a los recitales, cuando te disfraces de Santa Claus, cuando la acompañemos en su graduación o la entregues en el altar. Ella estará feliz de haberte elegido como padre —Michael besa mi frente en repetidas ocasiones, se ha emocionado con lo que acabo de responderle. Deposito besos sobre todo su rostro y le digo—: Es el momento de dejar atrás el pasado y mirar para adelante: tenemos la bendición de iniciar una nueva historia con nuestra pequeña Iris.

—Jamás dejaré de amarte, Marianne Phillips, la niña valiente que me salvó la vida —me envuelve en sus brazos y continúa cantando mientras bailamos suavemente.

Capítulo 13

Rancho Phillips — Hospital Regional

He cumplido treinta y ocho semanas de gestación; estoy a punto de rodar si llego a las cuarenta. Cada vez es más complicado dormir. Michael ha decidido hacerlo en el sillón que se encuentra en nuestra habitación, para permitirme tener el espacio necesario para acomodarme; le he dicho que no es necesario, pero insiste. Esta noche le pediré que se quede a mi lado, extraño sus abrazos nocturnos.

Afortunadamente, no he tenido contacto con la madre de Michael, prefiero mantener mi distancia, aunque el señor Keeps ha manifestado en varias ocasiones que ella desea tener un encuentro conmigo y su mayor anhelo es conocer a su nieta. Hemos dado un par de pretextos para evitar verla porque, en realidad, no sabemos si ella ha cambiado como aparenta y prevenimos malos momentos.

Michael la ha ido a visitar un par de veces a casa de su abuelo. Me cuenta que ella está más tranquila y ha dejado de beber. Han tenido oportunidad de conversar ampliamente sobre el pasado y ella le ha pedido perdón por lo que ha hecho. Agradezco al cielo que eso haya pasado. Lo veo mucho más tranquilo. Me ha dicho también que a él le insiste repetidamente en que desea invitarme a comer, pero Michael siempre recuerda una frase que su abuelo le decía: «Tanta amabilidad, confunde».

Hoy visitaremos al médico. Es uno de los últimos chequeos que me harán antes de que nazca Iris, así que me alisto poniéndome una blusa blanca de manga corta y un overol de mezclilla. Me he hecho un par de trenzas y me he puesto mis botas vaqueras; regresando de la consulta daremos una caminata por el riachuelo, anhelo pasar un largo rato allí, ya que cuando nazca nuestra pequeña tardaré en hacerlo hasta que ella esté lista para conocer ese paradisiaco lugar.

Unas horas más tarde salimos de la clínica; el médico ha dicho que todo va muy bien y que esperaremos a que Iris desee nacer. No ve complicaciones para que sea un parto natural hasta el momento y eso me alegra; la verdad, no deseo una cesárea. Caminamos hacia una tienda *gourmet* ya que se me ha antojado llevar una canasta con queso, jamón serrano y un poco de vino tinto para pasar la tarde. En ese momento vemos venir hacia nosotros a Linda Keeps. El estómago me da un salto y noto como Michael me toma con fuerza la mano, como queriendo con ello protegerme por si llegara a presentarse alguna situación incómoda; sin embargo, eso no sucede. La mujer se acerca sonriéndonos y mirando mi enorme vientre.

—Estás bellísima, Marianne. Entiendo por qué mi hijo se enamoró de ti desde que eran pequeños —sonríe tiernamente y se acerca a Michael para darle un beso en la mejilla. Todo su cuerpo está tenso, lo noto en su rostro y en que sigue sosteniéndome fuertemente al grado de sentir malestar en mi mano, pero no digo nada, no debemos demostrar temor ante ella. Se aleja de él y mira nuevamente mi vientre con cariño—. ¿Puedo? —Extiende su mano acercándola a mi barriga. El instinto me dice que no la deje, pero, por otro lado, ¿cómo no dejarla si es la abuela de nuestra hija? A Michael le gustaría, en el fondo, que las cosas fueran diferentes, estoy segura, así que asiento con la cabeza y ella me acaricia—. Es perfecta, ya la veo entre mis brazos.

Esa declaración no me agrada. Me limito a sonreír y Michael me suelta un poco el agarre para acercarse a ella y darle un beso en la mejilla.

—Gusto en verte, madre. Tenemos un compromiso, así que debemos apurarnos.

—¡Claro! Otro día pasen por la casa, les prepararé estofado —nos invita emocionada y vuelve a tocarme—. Gracias Marianne, por el nieto que nos vas a dar a mi padre y a mí, nos ha hecho muy feliz la noticia. —Se

despide diciendo adiós con la mano.

Sigue sin gustarme. Quizá estoy sugestionada y todo lo veo mal; suspiro profundo y continuamos nuestro camino a la tienda. Cuando entramos, nos encontramos con Bastian y Lucy, muy acaramelados frente a las cavas de vino. Seguro están eligiendo alguno para celebrar que acaban de cumplir un par de meses juntos. Lo lamento por Mei, quien se ha separado un poco de ellos para darles espacio y no hacer mal tercio. Deseo que pronto encuentre al amor que tanto ha soñado.

—¡Chicos! —les hablo emocionada, casi no nos hemos visto desde que fue la boda de Aeryn y George. Se separan de su dulce beso y van hacia nosotros para saludarnos.

—¡Marianne! —responde emocionada Lucy, quien se acerca a darme un abrazo, o el intento de uno, ya que no alcanza a rodearme con sus brazos por la bebé que se interpone entre nosotras—. ¿Cómo han estado? Les hemos extrañado.

—Muy bien. Ya faltan dos semanas para el nacimiento, espero contar con ustedes. Se han desaparecido mucho, enamorados.

—Lo sentimos mucho, hermana, pero también hemos querido darles su espacio —dice Sebastian con tono de chiste.

—Calla, hipócrita, que no has de pensar ni un segundo en nosotros, ni en tu sobrina —reclamo en el mismo tono, señalándole con el dedo como madre regañando a su hijo.

—Hoy tendremos un pícnic en el riachuelo, por si les apetece acompañarnos —les invita Michael mirándome para sentir mi aprobación, ya que había sido un plan para estar tranquilos y solos.

—¡Vamos! —Le pide Lucy con ojos llenos de coquetería; así es mi querida amiga, lo sabe manipular con unos simples pestañeos.

—¿Están seguros de que no invadiremos su espacio? Eran sus planes —pregunta Sebastian abochornado, la cara de bromista se le ha borrado. Ahora que está de novio creo que ha entendido el concepto de «espacio». Me alegro por ellos.

—Ustedes son bien recibidos siempre —aseguro.

Aceptan la invitación y, entre todos, hacemos las compras, eligiendo cada quien lo que más nos gusta aparte de lo que ya teníamos planeado: aceitunas verdes y negras, pan, queso para untar y a mí me han comprado un Tetra Pack de jugo de arándano, para que consuma antioxidantes. Será una gran tarde, estoy segura.

Poco después nos encontramos a las orillas del riachuelo. Hemos ido en el *jeep* para poder transportar la mesa y sillas plegables, las mantas para reposar, las guitarras y la gran canasta de alimentos.

—Este es uno de nuestros lugares preferidos, bienvenidos —Michael los invita a conocer el lugar y besa mi frente.

Baja la mesa del *jeep*. Sebastian le ayuda inmediatamente mientras que Lucy y yo abrimos las sillas de teca. Saco el mantel a cuadros rojo con blanco y lo coloco sobre esta; Michael va por la canasta y la pone en una silla para sacar los alimentos, los platos y las copas, abre una botella de vino tinto y sirve tres copas. Pongo cara de pocos amigos y me sirve un dedo de la bebida, dice que me está cuidando.

La pasamos muy agradable comiendo chapatas, quesos y botanas. Cuando hemos terminado nuestros alimentos, Michael me entrega mi guitarra y toma la suya; las afinamos mientras Sebastian y Lucy se sientan en la manta, abrazándose y regalándose besos de vez en cuando.

Michael me pide que inicie con alguna canción; la verdad, no sé cual en este momento. Elevo los hombros y Lucy sale en mi ayuda inmediatamente.

—Canta la de *Anyway*, la de Martina McBride, siempre me gustaba que lo hicieras cuando nos veías decaídos. ¡Anda!

—¡Pero aquí nadie está triste! —señalo y comienzo a afinar la guitarra para empezar a tocarla.

Ahora sí que me ha dejado asombrada por su petición. Tal vez no sea una canción que hubiera elegido en este momento, pero sé que por algo son las cosas. Tal vez me recuerde que siempre debo pensar que habrá algo mejor a pesar de lo negativo que pueda ver las cosas, como por ejemplo, el encuentro con la madre de Michael; quizá no sea como yo lo hubiera soñado, tal vez me habría encantado tener una madre espiritual y no ha sido así, pero no deberé entristecerme por ello, así que entono la melodía con fervor, cantándole más que nada a mi corazón. Siempre oraré y no descansaré de

soñar...

Cuando termino, me aplauden y Michael se acerca a besar mis labios. Amo que haga eso. Me pide que lo acompañe con la guitarra mientras me canta *Only You Can Love me This Way*, de Keith Urban. Adoro cómo me mira mientras dice cada palabra. Termina y no da tregua a sus sentimientos, creo que ha hecho una recopilación de canciones para dedicármelas. *She's my Kind of Rain*, de Tim McGraw, es la siguiente. Sebastian y Lucy se encuentran más que contentos al ver nuestra felicidad.

Una vez que ha acabado extiende la guitarra hacia Sebastian, quien la toma y, junto a Lucy y en secreto, eligen una canción. Jamás me imaginé escuchar a mis amigos cantando *Loves Looking Good on You*, de Lady Antebellum. Dejo la guitarra en la mesa mientras Sebastian toca y ambos cantan; con las palmas les seguimos el ritmo. Iris se encuentra feliz moviéndose en mi interior. Aplaudimos frenéticos cuando tocan la última nota y se besan, muy enamorados.

Sebastian regresa la guitarra a Michael y de su boca sale una mis canciones preferidas de Josh Turner, *In My Dreams*.

—«En mis sueños veo una pequeña casa azul cielo junto a un pequeño arroyo... Un porche delantero, una puerta con tela metálica... El sonido de los pies descalzos corriendo y los dibujos animados... En mis sueños, tus sueños se hacen realidad...».

Efectivamente, mis sueños se han hecho realidad, tengo todo lo que había soñado desde los catorce años. Tengo al hombre que amo y me gusta, me vuelve loca cuando sonrío o eleva su ceja. El hombre de profundos ojos azules que hacen que me pierda en ellos cuando me ama por las noches. El padre de mi pequeña Iris. Tengo una hermosa casa, con un hermoso jardín y un bello porche en el que lo espero sentada en el columpio que acaba de colocar para cuando nuestra pequeña esté más grande y pueda jugar. Tengo este pequeño riachuelo que algún día fue una división entre nuestras propiedades y que, después de la entrega del testamento del señor Keeps, ya no existe tal separación. Hemos pensado cambiar el nombre de los ranchos, unificarlo, una idea que nos ha surgido es «Rancho Hope» o dejarlos simplemente como están, sabiendo que finalmente son uno solo... Después de que nazca Iris lo decidiremos y, hablando de Iris, es otro de mis sueños hechos realidad. Sentir la maternidad me ha hecho infinitamente feliz. Sueño

con tenerla en mis brazos, ver su hermosa carita sonrosada, escuchar sus llantos a todo pulmón. Mi abuelo estaría loco por ella, mis padres también. Mi consuelo es que, desde el cielo, ellos velan por nosotros.

Está anocheciendo, así que entre Michael y Sebastian encienden una fogata y seguimos cantando hasta el amanecer. Ha sido una gran velada hasta que, por fin, ellos deciden despedirse. Recogemos todo y nos dirigimos a la casa para que se vayan en su camioneta Lobo.

Después de todo, ha sido un día maravilloso. Las gotas de lluvia comienzan a caer mientras los despedimos desde el porche de la casa y el viento golpea con fuerza las ventanas.

—Entremos, parece que viene una tormenta —Michael me toma de la mano y nos metemos a la casa. Cierra todas las ventanas y puertas, y nos vamos a la habitación para descansar. Estoy agotada pero sumamente feliz.

—Gracias por todo, mi amor —le sonrío y él se acerca hasta a mí.

—Te ayudo a quitarte el overol, no sé cómo has aguantado tantas horas afuera.

—Estaba tan contenta que no me hacía falta nada, ni me molestaba nada. Tenerte es suficiente para estar completa. Te amo.

—Yo más... Ven, quiero dormir contigo esta noche, acariciarlas hasta el amanecer.

Las amo tanto.

—Y nosotras a ti. Mucho.

Capítulo 14

Rancho Phillips

—Han anunciado una fuerte tormenta. Dicen que puede afectar los campos y me preocupa perder la cosecha —dice Michael al entrar mojado a la casa, donde me encuentro horneando un pastel de cerezas.

Frunzo el ceño. Desde anoche no ha dejado de llover, hacía mucho tiempo que no había un temporal de esta magnitud. Anunciaron que, probablemente, sufriríamos daños en los sembradíos; espero que sea solo una falsa alarma.

—Esperemos que no se pierda demasiado —respondo con pesar en la voz, todo nuestro trabajo se puede malograr en cuestión de horas.

—Ojalá. Bob y yo hemos resguardado el ganado, al menos por el momento está seguro. Voy a salir a casa del abuelo para ayudarles en lo que necesiten. Por favor, no salgas bajo ninguna circunstancia; aunque veas que no llego, no lo hagas —se acerca preocupado y toma mi rostro con sus manos—. ¿Lo prometes? No quiero que les vaya a pasar algo.

—Lo prometo, pero también prométeme que regresarás con bien. Si ves que es peligroso, no vuelvas; solo márcame, por favor —le ruego, ya que sé que corre peligro.

—Lo juro —pone su mano en su corazón, se acerca para besarme en los labios, se hinca y besa mi vientre; su hija inmediatamente siente su presencia y se mueve.

—Está contenta de que la hayas besado —le digo mientras acaricio su húmeda cabellera.

—Te amo, Iris, sueño con verte, mi pequeña, deseo tenerte entre mis brazos. ¿Sabes? Adoro a tu mami porque me ha permitido ver el milagro de la vida; ella es mi mundo, mi vida, mi cielo, mi todo, mi todo y tú también...

—La vuelve a besar y se pone de pie para regalarme otro cálido beso—. Me voy. Te amo —susurra mientras se aleja. Le veo salir por la puerta y, desde la

ventana, un relámpago lo ilumina mientras sube al *jeep*, lo enciende y sale de la propiedad.

Doy un suspiro y me acerco al horno para revisar el pastel, que huele delicioso en este momento. Está listo, así que lo apago y me pongo los guantes para sacarlo; lo coloco en la mesa de la cocina y cierro la puerta.

Otro rayo se deja oír y la luz se va. Dios, no me gusta tanta oscuridad. Bob y Jen ya se encuentran en su casa, les he dado la tarde libre debido a la tormenta, así que no me queda más remedio que enfrentarme a este momento y buscar con precaución la lámpara de emergencia que tenemos en una de las despensas de la cocina.

Otro relámpago se deja ver y el trueno me hace saltar. Todo se ilumina así que aprovecho para acercarme a la puerta del mueble y sacar la lámpara. De pronto, una voz conocida me llama por mi nombre.

—Hola, Marianne —giro hacia donde la escucho, pero no veo nada. No logro encender la lámpara porque me tiemblan las manos del susto.

—¿Qué haces aquí, Linda? —inquiero cuando otro relámpago me permite verla con el revólver de mi abuelo. Lo peor es que no me preocupé por descargarlo... ¿Estuvo en casa el tiempo suficiente para haberlo encontrado y no me había percatado de su presencia? Me entretuve demasiado con el pastel como para no haberla escuchado dentro.

¡Dios! Mi cuerpo comienza a temblar como una hoja. Logro encender la lámpara y la coloco en la mesa sin dejar de observar sus movimientos.

—Querida, creí que me recibirías con mucho cariño y parece que te molesta mi presencia —afirma cínicamente.

—¿Qué estás haciendo con ese revólver? —Trato de contener el aliento para que no note que estoy muerta de miedo. Una vez mató sin piedad, no creo que esta vez sea diferente; ahora que me encuentro indefensa y sola, no tendrá piedad de mí.

—¿No lo imaginas? Creí que ya sabías de qué soy capaz —se acerca un par de pasos, los mismos que retrocedo y choco contra el horno que aún se siente caliente, así que debo avanzar uno, desgraciadamente.

—Ese revólver me pertenece. Entrégamelo, por favor —extiendo la mano para que me lo devuelva, pero lo único que obtengo es que se ría

fríamente y me apunte con más decisión que antes.

—¿Pensabas que me ibas a quitar a mi hijo? ¿Crees que, con tus veladas y canciones en el riachuelo, lo harás feliz? —Suelta una carcajada y me mira como en aquella ocasión en que la vi por vez primera, de arriba abajo como si fuera poca cosa. Nos estuvo espiando cuando hicimos nuestro pícnic y no nos percatamos de su presencia—. Jamás te dejaré estar cerca de él, ¿lo oyes? Y esa niña será nuestra, una Keeps. Me las llevaré para que te hagan una cesárea y me la entreguen en cuanto nazca.

—¿Qué estás diciendo? ¿Te has vuelto loca? —Ahora sí que no puedo evitar sentir terror. Me quiere arrebatarse a mi hija y no hay quien nos defienda.

—Loca siempre he estado. Eso dicen. Pero terminaré de una vez por todas con los Phillips y los problemas desaparecerán. Nadie me arrebatará lo que es mío. Me acabo de enterar de que mi padre le heredó la propiedad a Michael y no permitiré que me roben lo que me pertenece. Solo has venido a dividir a mi familia —el rostro de Linda se ve diabólico, con la poca luz que hay en la habitación.

—Déjanos ir, nada te he hecho y mucho menos mi hija —comienzo a dar pasos hacia mi derecha para buscar la salida y correr hacia la puerta. Solo está estacionada la motocicleta de Michael, así que buscaré acercarme a la casa de los empleados para pedir ayuda.

El teléfono celular suena y ambas saltamos por el timbre. Estiro la mano para responder: es Michael quien me llama, pero ella quita el seguro del arma y me grita:

—¡Déjalo donde está o no respondo! ¡Vamos a tu habitación! Necesitas llevar la ropa de la niña.

No tiene un plan estructurado, simplemente está haciendo las cosas sin pensar. Sabe que no tiene mucho tiempo. Se acerca hasta donde estoy y me apunta directamente a la cabeza; mi cuerpo tiembla y, sin poder evitarlo, las lágrimas empiezan a correr por mis mejillas. Tengo miedo de que algo le suceda a Iris, así que camino, obedeciéndola, ya que no puedo provocar una desgracia; ella está armada y yo no. Ojalá Michael intuya que algo está sucediendo y por eso no le he contestado el móvil.

Empiezo a subir las escaleras mientras ella lleva el arma y la lámpara. Suena otro trueno y vuelvo a saltar, tengo los nervios de punta. Entro a la habitación y saco la maleta que tengo preparada para el hospital y veo en el buró la foto en la que nos encontramos Michael y yo en el club, el día que me pidió matrimonio, él de rodillas, y yo mirándolo, emocionada, con la mano en la boca para evitar llorar a mares frente a los estudiantes... No puedo evitar derramar más lágrimas, el sueño se ha convertido en una pesadilla en estos momentos. Escucho la carcajada de Linda y giro para verla.

—¡Qué conmovedor! Olvídate de todo esto, mi hijo jamás se casará contigo —dice con sorna y me apura apuntándome con la pistola—. ¡Anda! Se darán cuenta que no estoy en casa y vendrán.

Salgo de la habitación y bajo las escaleras lo más lento posible para dar oportunidad de que alguien llegue a salvarnos; tengo la esperanza de que un milagro suceda. He alcanzado a oler el aliento de Linda y se encuentra ebria, pero no al grado de perder la consciencia; sabe perfectamente lo que está haciendo. Aproveché el temporal, que le cayó como anillo al dedo.

Abro la puerta para salir al porche y logro ver las luces del *jeep* que entra a toda velocidad a la casa; la lluvia está cayendo más fuerte y, con trabajo, descienden del auto Michael y su abuelo. Cuando mi amor me ve en el porche, paralizada, corre hacia mí pero, en ese momento, Linda sale de la oscuridad y me toma del brazo, apuntándome con el arma. Siento que las piernas me tiemblan y el vientre se me ha endurecido como jamás lo había sentido. Michael y su abuelo se detienen, congelados, al ver que Linda trae el arma apuntándome.

—¡Suelta a Marianne, Linda! —Le ordena el señor Keeps, quien se halla empapado y con el riesgo de que la tormenta lo tumbe por la velocidad que tiene.

—¡Cállate! ¡No eres quién para darme órdenes! ¡Nunca más haré algo de lo que ustedes me pidan! —Eleva la voz para ser escuchada mientras coloca el revolver en mi sien. Me vuelve a dar otra punzada en el vientre y entonces veo como Michael corre hacia nosotras y trata de arrebatarle el arma mientras caigo al suelo.

—¡Suéltala! —grita aterrado y observo que empiezan a forcejear,

mientras el señor Keeps corre hacia mí para ayudarme a ponerme de pie, para protegerme.

El arma se dispara y él y yo nos quedamos horrorizados ante lo que estamos presenciando: Michael cae al suelo como un costal, sin fuerza, ni nada que lo detenga. Grito desesperada al ver, a través de la luz de otro relámpago, el charco de sangre cubriendo la madera del porche. Corro hacia donde se encuentra y le llamo por su nombre en repetidas ocasiones para que reaccione, pero no obtengo resultado. El señor Keeps le arrebató la pistola a su hija y la avienta lejos de ella.

—¡Mi hijo! —grita cargada de dolor una Linda cuyo su rostro ha pasado del desafío al temor; aquella mujer amenazante se encuentra sobre sus rodillas tomando la mano de un Michael que se encuentra inmóvil.

El personal de la casa se acerca corriendo hacia donde nos encontramos, Bob está hablando por teléfono y, minutos más tarde, la ambulancia y la policía llegan al lugar.

El señor Keeps tiene detenida a su hija con las manos hacia atrás y, cuando el alguacil se acerca, la entrega. Ella llora desconsolada e indefensa, toda su soberbia se ha escabullido de su vida; ahora es una Linda derrotada y trastornada por lo que acaba de cometer. El delito más grande que puede hacer un ser humano, si es que se le puede llamar así: asesinar por odio y sin piedad.

—Mi hija fue quien disparó —la voz del señor Keeps está cargada de dolor al entregar a su hija, pero lo que a continuación confiesa me deja atónita, a pesar de que me encuentro al pendiente de los paramédicos, que están atendiendo al inconsciente Michael—. También asesinó a los padres de Marianne y yo le ayudé a salir de la cárcel pagando su fianza, así que soy tan culpable como ella y me entrego a ustedes.

Los sentimientos que albergo en este momento son contradictorios. Cualquiera podría decir que me haría feliz el saber que la asesina de mis padres está siendo detenida y que por fin se va a hacer justicia, que el abuelo de Michael ha confesado haberla ayudado para que saliera impune y se ha entregado. Pero lo que siento es algo peor que el dolor más grande que he vivido en toda mi vida. No es lo que me hubiera gustado que pasara, siento que yo también soy una asesina. Por mi culpa, ahora todos irán a la cárcel y Michael está a punto de morir; la bala se ha alojado en su abdomen y no hay

buenos pronósticos. Veo como se llevan esposada a Linda y también al señor Keeps, quien me mira con cariño cuando le suben a la patrulla. El alguacil se acerca hasta a mí y me pregunta cómo me encuentro físicamente; no sé a qué se refiere, porque en realidad no siento nada, solo quiero subirme a la ambulancia y acompañar a Michael.

—Estás sangrando, Marianne —con la mirada perdida lo veo y me señala la falda blanca que llevo puesta.

—Es la sangre de Michael —respondo como si estuviera hipnotizada. Camino hacia la ambulancia y el dolor que sentí hace unos minutos ahora es más fuerte, lo que provoca que me doble. El alguacil corre hacia mi lado para sostenerme.

—Estás teniendo contracciones; te llevaremos en la patrulla y en el hospital verás a Michael.

—¡No! ¡Déjeme ir con él! —Elevó la voz, desesperada. Bob se acerca junto con su esposa, Jen, y me toman cada uno del brazo.

—Vamos, niña —me pide Bob con su peculiar voz tranquila—. Nosotros la llevaremos al hospital, alguacil; descuide, le vemos allá.

Subimos al *jeep* y los dolores son cada vez más intensos. Jamás esperé tener un parto en un día de tormenta, con mi amado Michael al borde de la muerte perdiéndose el momento más soñado por él y, aunado a todo esto, sin poder estar a su lado. No puedo dejar de llorar mientras, en el vehículo, los dolores son cada vez más fuertes. La esposa de Bob me sostiene fuertemente de la mano cada vez que siento una contracción y me enseña cómo debo respirar para ayudar a Iris a llegar al mundo. Mi pequeña esperanza llega como la leyenda de la diosa Iris: en un día de tormenta, ofreciendo un momento de luz ante la adversidad.

Llegamos al hospital y me suben a una camilla. Alcanzo a ver como bajan de la ambulancia a Michael y un equipo de médicos ya lo está esperando; corren hacia él y lo llevan hacia el quirófano. A mí me llevan al área de Tococirugía, a la sala de labor. No puedo parar de llorar; tengo miedo, mucho miedo, hacía muchos años que no me sentía así.

Le ruego a Dios que no me quite a Michael y que Iris nazca con bien, no quiero perder a otro ser amado. Ahora que todo era hermoso y feliz, que nos teníamos el uno al otro, sucedió esto.

Horas más tarde, Iris nace anunciando a todo pulmón que está completamente sana; la enfermera me la acerca y no puedo dejar de besar su espesa cabellera castaña, tan oscura como la de su padre. Abre uno de sus pequeños ojos y me mira. Las lágrimas corren sin cesar, nuestra amada hija se parece a Michael, es toda su cara. Hermosa y sonrosada como su papá. El médico se acerca y me dice con empatía:

—Me han informado que su esposo ha salido bien de la operación; está inconsciente todavía y no saben cuánto tiempo estará así. Tenga fe, es tiempo de orar.

Asiento con la cabeza y vuelvo a besar la coronilla de mi pequeña. La enfermera la toma entre sus brazos para llevársela a hacerle sus estudios y pruebas de Apgar y tamiz neonatal; a mí me trasladan a una habitación privada con cunero para que esté al lado de mi hija. Bob y Jen entran a verme regalándome unas sinceras sonrisas, agradezco al cielo que les tengo; inmediatamente, entra la señora Cooper con su esposo. No puedo evitar llorar al verla, creí que se había distanciado por no haberle hecho caso cuando me aconsejó que me alejara de los Keeps. Probablemente, ese fue su pensar; sin embargo, se encuentra aquí, dándome su apoyo sincero.

—La tormenta ha cedido un poco. Nos enteramos cuando unos trabajadores de nuestra propiedad vieron salir la patrulla y la ambulancia. Mi esposo le llamó a Bob y aquí estamos. Te informo que la comunidad está orando por ustedes. Ya verás que todo saldrá bien —me dice mientras acaricia mi cabello como si fuera mi madre.

—Vamos, mujer, dejemos a Marianne platicar con los Cooper —le pide Bob a Jen y se retiran a la sala de espera.

—Dicen los médicos que hay esperanzas. No debes bajar la guardia, Marianne, siempre has sido una chica fuerte, ahora es cuando más te necesitan Michael y tu hija.

—Sí, señora Cooper —asiento y cierro momentáneamente los ojos. Quisiera creer que todo esto ha sido una pesadilla de la que deseo despertar, pero no es así. Escucho el llanto de mi pequeña cuando la llevan a mi lado; desea comer y está desesperada, así que el señor Cooper se despide, informándome que estará en la sala de espera para estar pendiente de la evolución de Michael. Me entregan a la pequeña e, instintivamente, sé cómo

cargarla y amamantarla.

—Eres una excelente madre, así como lo fue la tuya. Sé que protegerás a tu hija con tu vida.

—Gracias por estar aquí, señora Cooper. La última vez que estuve en su casa no fui muy educada y ahora entiendo que usted solo quería ayudarme... Después del entierro del abuelo no volví a acercarme... Lo siento —digo apenada y ella se acerca, con un pañuelo que extrae de su bolso para limpiarme las lágrimas.

—Estabas en tu derecho de molestarte conmigo. Tampoco fui tan prudente en decirte las cosas, pero ya pasó; ahora hay que seguir adelante y recuperarte para que estés al lado del hombre que te necesita.

—Gracias por todo.

Días más tarde me encuentro sentada al lado de la cama de Michael. Sigue sin responder; los médicos dicen que, probablemente, el golpe que se dio en la cabeza en el momento en que cayó sea la causa y realizarán exámenes para descartar. Como médica veterinaria pienso que es muy probable, ya que en condiciones normales ya hubiera recobrado el conocimiento. La señora Cooper cree que su corazón se encuentra tan triste que no quiere despertar para no enfrentarse a la realidad.

Mi amado no reacciona ante mis palabras. Le he platicado que Iris se encuentra entre nosotros y ni así mueve un dedo para darme una señal de que me escucha. Comienzo a cantarle *As You Turn Away*. No puedo evitar sentir que él me quiere dejar, y yo le pido que no lo haga, que entienda que muero sin él, que le ruego que vuelva, que no quiero que se vaya, que me estoy quebrando lentamente... Lloro, lloro y lloro, me recuesto en su pierna para no hacerle daño y no paro de llorar, ya no sé qué más hacer...

—No te des por vencida —la voz de George me hace levantar el rostro y, cuando le miro a los ojos, me echo a correr hacia él. Me abraza como su hermana y me permite llorar en su hombro. Aeryn se encuentra a su lado, mirándome con pesar; no interrumpe mi momento junto a su esposo, me lo presta para que me apoye emocionalmente—. ¿Te han permitido traer a Iris?

Niego con la cabeza; entonces es cuando mi corazón se llena de ilusión. Tal vez esa sea la solución, quizá escuchar el llanto de su amada hija lo haga

reaccionar. Me separo de George y salgo corriendo hasta la sala de espera donde se encuentra la señora Jen con mi pequeña en brazos.

—¡Préstemela! —La tomo y la llevo corriendo hacia la habitación, con su padre.

—Señora Keeps, no puede entrar a la habitación con la niña, no está permitido —dice una afligida enfermera, llamándome como si ya estuviera casada con Michael y a la que ignoro totalmente. Me acerco a la cama con la niña, a quien coloco al lado del rostro de Michael.

George y Aeryn me dejan a solas; saben que este es un momento familiar y que deben darnos nuestro espacio.

—Mi amor, te presento a Iris, es nuestra pequeña...

La bebé comienza a mover sus bracitos y piernas que rozan el rostro de Michael; él sigue sin reaccionar, pero no me daré por vencida: he decidido que mi hija y yo estaremos con él hasta que decida despertar.

El médico de guardia me ha permitido tener a la niña en la habitación, ha comprendido que es probable que eso ayude para que Michael tenga un motivo para vivir y salir de su estado.

Han pasado dos días más y no hay reacción. No he comido bien y me siento agotada; a pesar de eso, no me alejaré ni un minuto de aquí. Los señores Cooper me han comentado que a Linda la han trasladado al reclusorio femenino mientras sigue su proceso y que al padre de esta le han dado su libertad bajo fianza esta mañana.

Me da gusto por él, es un hombre grande y enfermo al que no deseo ver ni un día más encerrado; ha sufrido mucho durante demasiados años, viviendo enojado constantemente y ahora, con la situación de Michael, no ha de sentirse bien emocionalmente.

Me pongo los audífonos del reproductor de música mientras Iris se encuentra plácidamente dormida. ¿Quién como ella que no se percata del dolor que este mundo nos puede traer? Elijo una lista de algunas canciones que tengo guardadas en una carpeta que hace mucho que no escucho; no entiendo por qué la he elegido ahora, tal vez porque quiero encontrarme con algo que me entretenga del pesar que siento. Qué equivocada estoy, no recordaba que en esa lista había guardado canciones que me recordaban, de alguna manera, a mis padres, ya que comienza a sonar *With out You*, de King

& Country. Comienzo a llorar al escuchar la letra, pero algo más poderoso me motiva a cantarla cuando llego a la parte donde dice: «Yo no quiero vivir... Sin ti... No estoy lista para vivir... Sin ti... Así que bailemos un poco, riamos un poco y esperemos un poco...».

—«Porque yo no quiero irme... Sin ti...».

Giro mi rostro, conmocionada: Michael ha vuelto. Me levanto y me quito los audífonos; su mirada está perdida en el techo y corren lágrimas por su sien. Como si supiera que su padre ha despertado, Iris comienza a llorar y la tomo entre mis brazos para acercársela.

—Es tu hija, Iris —digo sin parar de llorar. Él gira su rostro lentamente y nos observa, su mirada es diferente, no sé cómo describirla. Me lleno de miedo, no sé si nos reconoce.

—«Oí una voz desde el otro lado cantando... Aférrate, el amor perdura...».

—Así es, mi amor, gracias por abrir los ojos —abrazo a Iris, quien ha parado de llorar y ahora balbucea mientras la acuesto al lado de Michael.

—¿Cuánto tiempo he estado aquí? —inquire y me llama a su lado extendiendo la mano.

—Cinco días. —Continuamos llorando; me aferro a su presencia, no deseo que vuelva a cerrar los ojos otra vez.

—Pensé que no volvería a verte... Cuando llegué a casa del abuelo y me dijo que mi madre había desaparecido y que había encontrado botellas vacías en su habitación, un terrible presentimiento se apoderó de mí; por eso te llamé al móvil para saber si estabas bien... —Suspira profundo mientras me cuenta lo que pasó en casa de su abuelo cuando yo estaba siendo amenazada por su madre.

—Todo está bien... Todo está bien... Tranquilo. No recuerdes eso.

—Pensé que morirían... —Gime angustiado al recordar lo vivido aquella trágica noche.

—Estamos bien... Te estamos esperando para ir a casa... —Deposito todos los besos que me son posibles en su mano; quisiera estar pegada a él, pero sé que no puedo.

—Te amo... Escuché el dolor en tu voz al cantar, como en un sueño, como cuando le cantaste a tu abuelo en el servicio religioso. Recordar tu rostro lleno de pesar me hizo volver... Me sentía perdido... Pero tu sufrimiento me despertó... No podía seguir lejos... Te prometí que las cuidaría... Mereces todo el amor, mi hija merece todo el amor.

—Yo te amo más... Descansa...

Gira su rostro hacia Iris, quien sigue jugueteando con sus bracitos y piernas, estirándolas y encogiéndolas una y otra vez; se acerca a su pequeña cabeza y besa su coronilla.

—Mi esperanza... Has llegado antes de tiempo, mi amor... No me esperaste.

—Tal vez es igual a su padre... Se aparece y desaparece cuando menos lo esperamos...

Sonríe y cierra los ojos unos instantes; cuando los abre los veo cargados de amor y felicidad.

—En cuanto me recupere quiero que seas mi esposa. No quiero esperar.

—Así será.

Epílogo

Rancho Phillips

Cinco meses después...

—¡Vamos, que ya es hora de que salga la novia! —grita Aeryn, emocionada, desde la planta baja de la casa. Es mi dama de honor, junto con Lucy y Mei.

No sé por qué tanta insistencia, si en realidad faltan unos minutos para la ceremonia; conociendo a Aeryn, creo que algo se trae entre manos.

Veo a Mei con un chico afroamericano tomada del brazo; no le reconozco, pero lleva un *boutonniere* con un bello iris en la solapa del *smoking* y su sombrero texano, lo que significa que acompañará a Michael como padrino y a Mei hacia el altar para esperarme.

—¡Te ves espectacular! —afirma Lucy, interrumpiendo mis pensamientos. Llevo un sencillo vestido *strapless* con una falda en capas que le dan volumen a la misma; de tocado, llevo una corona de iris con un largo velo blanco y de calzado... De calzado he elegido unas botas vaqueras color marrón, ya que nuestra boda será de temática vaquera, para recordar buenos tiempos. Mis damas de honor también llevan puestas sus botas y un hermoso *corsage*¹ en la mano izquierda con las mismas flores que llevo en la cabeza.

Mei se acerca con el chico que está a su lado y, levantando la barbilla orgullosamente, dice:

—Logan Jones, mi novio.

Abro los ojos más grandes de lo que los tengo; la emoción me embarga al saber que, por fin, mi querida hermana del alma ha encontrado al amor de su vida. Siempre ha sido diferente a nosotros y por eso no me causa extrañeza que haya elegido a Logan como pareja; decía que su familia jamás le permitiría tener una relación con alguien de diferente color. Es un hombre realmente atractivo y se les ve felices. Eso es lo que importa, a fin de cuentas: que se amen. Me da gusto que haya vencido los prejuicios raciales y haya ido por sus sueños.

—Mucho gusto, Logan. Marianne Phillips.

—Un placer —asiente con la cabeza y me giro hacia Aeyrin y Lucy, quien lleva a Iris en sus brazos, seguida de Lucy.

—Vas a arruinar tu vestido —señalo el hermoso vestido amarillo pastel que lleva puesto.

—No te preocupes, debo practicar, algún día seré madre.

—¡Tendré sobrinos! ¡Me alegra! —Aplaudo alegremente.

—Hacen falta más niños para que jueguen con Iris —dice sonrojándose la bella Aeryn—. El regalo de bodas que te daremos George y yo es decirte que vamos a ser padres —comienza a brincar de alegría y las cuatro nos abrazamos como colegialas, felices ante la noticia.

Esta mañana, Michael fue a visitar a su madre al reclusorio. Le quiso compartir la noticia de nuestra boda y le llevó una foto de Iris, para que la conservara en su celda. Por primera vez después de tanto tiempo, he visto que Michael no llora al platicar de ella; al contrario, creo que esto le ha hecho madurar también a él. Le ha permitido ser libre y dejar de buscar desesperadamente que su madre cambie. Me dijo que tenía razón al haberle dicho aquel día que ella debía tocar fondo para que decidiera, realmente, hacer algo por su vida. Le dijo, en la reunión que sostuvieron, que le agradecía a su padre, el señor Keeps, el haberla entregado a las autoridades; que, si no lo hubiera hecho de esa forma, jamás iba a dejar de hacer daño y ya era hora de asumir las consecuencias de sus actos.

El hombre al que amo se encuentra esperándome frente al altar, decorado bellamente con barriles y pacas de paja, flores de iris por doquier y un arco cubierto de pequeñas rosas blancas e iris que enmarca el sitio.

El reverendo me mira a lo lejos y me regala una generosa sonrisa; voy del brazo de mi querido Bob, el capataz del rancho. Le he elegido como mi acompañante ya que le conozco desde que era una cría y ha cuidado siempre de mí, junto con su bella esposa.

El señor Richardson se encuentra de pie junto a su hermosa esposa y su hija, la media hermana de Michael a quien tanto quiere; me observan con una gran sonrisa en su rostro. Les amo desde el día en que Michael me contó su vida al lado de ellos y estoy agradecida por el gran hombre que formaron. El señor Keeps se encuentra al otro lado y sostiene a Iris entre sus brazos,

despierta.

Michael irradia felicidad, tiene la mejor de las sonrisas que le he visto desde que lo conocí; las notas musicales de la marcha nupcial inician y voy lentamente hacia su encuentro. Cuando llegamos, Bob le entrega mi mano al hombre que elegí como esposo cuando apenas tenía catorce años... Aquel día que pensé en decirle al abuelo que ese bello hombre, que hoy está vestido con su elegante *smoking* hecho a medida al estilo vaquero, con su texana puesta y que se encuentra frente a mí, sería mi esposo. Hoy está sucediendo y me siento dichosa.

El reverendo da inicio a la ceremonia y, cuando llega el momento de dar nuestros votos matrimoniales, Michael toma la guitarra y ambos cantamos *When God Made You*, de NewSong. Es nuestra manera de decirnos por qué estamos juntos y de dar las gracias a Dios por unirnos en matrimonio, por hacernos el uno para el otro y por regalarnos a nuestra hermosa Iris.

Es el momento de entregar los anillos y Sebastian nos deleita con su maravillosa voz cantando *This Ring*; todo es felicidad y dicha. Nos declaran marido y mujer, el párroco dice sus tradicionales palabras «puede besar a la novia» y, sin dudarlo, lo hacemos. Los invitados se encuentran contentos, los Cooper regalándonos abrazos y deseándonos un matrimonio duradero, así como todos aquellos que nos aman. Hasta los Roberts fueron invitados después de que la señora Roberts me haya pedido perdón por haberme ofendido, aquella ocasión en su casa.

Me he puesto una chamarra de mezclilla, ya que ha bajado la temperatura, y Michael se ha quitado la chaqueta del *smoking*, dejándose el chaleco y presumiendo de sus botas vaqueras. Nuestro primer baile de casados lo elegimos muy al estilo *country*, como debe ser en esta región: *Dance With Me*, que George interpreta animadamente, mientras nosotros no dejamos de mirarnos y bailar sin parar.

Y como toda fiesta *country*, no puede faltar mi canción preferida para bailar junto a mi esposo y mis amigos. Levantamos nuestros vestidos y dejamos ver nuestras botas vaqueras mientras *Achy Breaky Heart* es interpretada por la banda de Michael.

Terminamos de bailar y Michael me envuelve entre sus brazos, depositando suaves besos en mis labios; me mira con dulzura y me dice, con la voz entrecortada:

—Hace años me salvaste la vida. El haberme aceptado a tu lado después de tanto tiempo de esconderme fue la oportunidad para redimirme y darte todo de mí. Te amé desde el primer día que vi tu hermoso rostro, «la niña de dorada caballera y ojos de cielo»; ahora te amo más por haberme vuelto a traer a este mundo y permitirme conocer a nuestra hermosa hija. Eres la luz que disipó la oscuridad que había en mi interior, soy feliz con mirarte, irradian los colores del arcoíris que llenan de alegría mi existir; eres quien me ha dado todo, hasta el perdón sin merecerlo, tu alma es tan pura y buena que en ella no hay cabida al rencor. Gracias, Marianne, por ser, por amarme, por existir...

Ambos estamos derramando lágrimas, pero ahora son de felicidad, celebrando la dicha de tenernos el uno para el otro, de gozar la bendición de contar con nuestra hermosa Iris, de haber reunido a nuestras familias en santa paz.

El tiempo ha llegado para nosotros: somos libres, somos felices, vamos con todo y por todo por la vida. Un existir nuevo y diferente, una vida plena y llena de amor, con corazones limpios y abiertos a recibir lo mejor que Dios nos tiene reservado, otorgando el perdón a nuestros ofensores. Eso lo aprendí de mi madre: siempre que me enojaba cuando me molestaban en el colegio me decía, acariciando los mechones de mi cabello: «Perdonar por misericordia es lo que te hace más humilde, no siempre se debe querer tener la razón». Esa corta frase provocó que mi corazón viera la vida de una manera diferente. Aprendí que perdonar me regala libertad ya que, si no lo hiciera, la prisionera sería yo y el daño sería para mi alma y mi espíritu, así que lo hice con convicción y amor; esta decisión me ha regalado paz en medio de la tormenta.

Y hablando de tormentas... El abuelo tenía razón: «después de la tormenta viene la calma». Indiscutiblemente, llorar riega nuestra alma y permite que los campos florezcan. Teníamos que pasar por todo esto para recibir la bendición de estar unidos para siempre. Los problemas existirán, pero sabemos que tenemos la esperanza de atravesarlos y ver el arcoíris.

FIN

Notes

[←1]

Adorno de flores que se lleva en la muñeca. Típico de las bodas y las fiestas de graduación.